LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



NICOLÁS MAQUIAVELO

El príncipe

Traducción española anónima

LECTURA COMPLETA · Nº 80

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

NICOLÁS MAQUIAVELO

El príncipe

Traducción española anónima

El príncipe, de Nicolás Maquiavelo. Traducción española anónima (Edición española de 1854). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia CC BY-SA 4.0. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Santi di Tito, «Retrato de Nicolás Maquiavelo» (segunda mitad del siglo XVI), Palazzo Vecchio de Florencia. Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/el-principe-maquiavelo/.

Sobre esta obra

El príncipe es el tratado que Nicolás Maquiavelo escribió en 1513, apartado de la política florentina, y dedicó a Lorenzo de Médici. En veintiséis capítulos breves explica cómo se adquieren y se conservan los distintos tipos de principados: hereditarios, nuevos, conquistados con armas propias o ajenas, por fortuna o por virtud, eclesiásticos. Su modelo es César Borgia, que supo usar la astucia y la fuerza.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Biografía de Maquiavelo
2. Cartas sobre el Anti-Maquiavelo
3. Prefacio del Anti-Maquiavelo
4. Dedicatoria
5. Capítulo I. De cuántas clases son los principados y de qué modos se adquieren
6. Capítulo II. De los principados hereditarios
7. Capítulo III. De los principados mixtos
8. Capítulo IV. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra sus sucesores
9. Capítulo V. De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que vivían con sus propias leyes

10. Capítulo VI. De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal
11. Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros
12. Capítulo VIII. De los que llegaron al principado mediante crímenes
13. Capítulo IX. Del principado civil
14. Capítulo X. Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados
15. Capítulo XI. De los principados eclesiásticos
16. Capítulo XII. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios
17. Capítulo XIII. De los soldados auxiliares, mixtos y propios
18. Capítulo XIV. De los deberes de un príncipe para con la milicia
19. Capítulo XV. De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o censurados
20. Capítulo XVI. De la prodigalidad y de la avaricia
21. Capítulo XVII. De la crueldad y la clemencia, y si es mejor ser amado que temido
22. Capítulo XVIII. De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas
23. Capítulo XIX. De qué modo debe evitarse ser despreciado y odiado
24. Capítulo XX. Si las fortalezas y otras cosas que hacen los príncipes son útiles o no
25. Capítulo XXI. Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado
26. Capítulo XXII. De los secretarios del príncipe

27. Capítulo XXIII. Cómo huir de los aduladores
28. Capítulo XXIV. Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados
29. Capítulo XXV. Del poder de la fortuna en las cosas humanas y de cómo resistirla
30. Capítulo XXVI. Exhortación a liberar Italia de los bárbaros

01

Biografía de Maquiavelo

Empieza: «BIOGRAFIA DE MAQUIAVELO.[[1]]»

BIOGRAFIA DE MAQUIAVELO.[1]

El célebre publicista Nicolas Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 de una familia cuyo orijen se remontaba a los antiguos marqueses de Toscana y particularmente al marqués Hugo, que vivía por el año 850. Los Maquiavelos eran señores de Monte-Sportoli; mas, prefiriendo el derecho de ciudadanos de Venecia, a la conservacion inútil de unas prerogativas que la república naciente les disputaba todos los dias, se sometieron a sus leyes para alcanzar empleos en la alta majistratura. Esta familia fué una de las del partido Güelfo, que abandonaron a Florencia en 1260 después de la derrota de Monte-Aperti. Mas tarde, vuelta a su patria, dió trece gonfalonieros de justicia y cincuenta y tres priores, dignidades entonces consideradas como las mas importantes de la república.

El padre de Maquiavelo era jurisconsulto, y el estado de su fortuna no muy lisonjero. Su madre amaba la poesía y hacía versos con facilidad.

Dícese que en 1494 se puso bajo la direccion del sabio Marcello di Virjilio, profesor de literatura griega y latina y traductor de Dioscorides, y otros aseguran que fué su amanuense. Cinco años

después, cuando apenas tenía 29, fué preferido entre cuatro opositores para la plaza de canciller de la segunda cancillería de signori. Muy luego fué nombrado secretario del Oficio de los Diez majistrados de libertad y paz, que constituía el gobierno de la república, y estuvo desempeñando este destino catorce años y cinco meses, hasta el advenimiento de la dinastía de los Médicis, que lo destituyó. Su ocupacion ordinaria en este empleo era la correspondencia oficial que exijía la política esterior e interior, la redaccion de las actas de las sesiones y la de los tratados internacionales. Pero como el gobierno florentino conoció luego los talentos de Maquiavelo, no tardó en estender sus atribuciones, encargándole sucesivamente de veinte y tres legaciones estranjeras y frecuentes comisiones cerca de las ciudades dependientes de la república. Las mas notables fueron las de Roma, Jénova y Francia. En 1511 tuvo la cuarta legacion en Paris cerca de Luis XII; y, si no pudo asegurar la independencia de su patria, nadie puede negarle la gloria de haber trabajado en esta noble empresa con todo el poder de su jenio y sus relaciones. Atemorizado por los males que amenazaban a su pais, y reconociendo que uno de los mayores embarazos de las circunstancias era la supuesta necesidad de confiar la seguridad del Estado a manos mercenarias, que inspiraban miedo mas que seguridad, imajinó sustituir a las tropas venales con milicias sacadas del seno de la nacion, medida entonces nueva y atrevida, que aconsejó y ejecutó por sí mismo.

Pero el furor de los partidos estaba en grande efervescencia; el papa y el emperador querían restablecer a los Médicis, y el momento era favorable. Florencia se veía gobernada por el gonfaloniero Soderini, hombre presuntuoso y sin convicciones, que se había unido obstinadamente a la Francia, sin conocer que

esta potencia no podría favorecerle. Maquiavelo decía, haciendo alusion a esta política: « La buena fortuna de la Francia nos ha costado la mitad de la nacion, y su mala fortuna nos hará perder la libertad. » La prediccion no tardó en realizarse; pues así que las armas francesas perdieron su superioridad en Italia, todas las tempestades se desataron sobre Florencia, que abrió al fin sus puertas a los Médicis. Esta revolucion produjo la ruina del gonfaloniero y causó tambien la caida del secretario. El nuevo señoría lanzó contra él dos decretos: el primero, deponiéndole, privando y despojándole de sus oficios de secretario de la cancillería de los Diez majistrados de libertad y paz; y el segundo, desterrándole por un año de la ciudad de Florencia, sin salir de su territorio, bajo pena de la indignacion del señoría. Verdad es que este rigor se mitigó luego, permitiéndole entrar en el palacio del señoría en diferentes ocasiones; por lo que llegó a sospecharse que andaba en tratos con los Médicis, y que no estaba completamente alejado del nuevo gobierno.

Sea de esto lo que quiera, no tardó en correr graves peligros por haber sido acusado de complicidad en la conspiracion formada por Capponi y Boscoli contra el cardenal de Médicis, después Leon X. Fué preso, y se le aplicó el tormento, con cuyo motivo decía él mismo: « He estado próximo a perder la vida, que solo Dios y mi inocencia han salvado. » Esta persecucion duró hasta el advenimiento de Leon X, que le comprendió en una amnistía. Durante su encierro, buscó el alivio de su suerte en el estudio y las letras, siendo entonces cuando escribió sus obras mas conocidas: El Príncipe, los Discorsi dell Arte della guerra, las historias y las comedias, que son consideradas como uno de los principales monumentos de la literatura moderna. Leon X hizo mas, pues a la

muerte de Lorenzo de Médicis llamó a Maquiavelo, y le consultó sobre los medios de reformar la administracion; en 1521 le confió una mision cerca de los frailes menores de Carpi; en seguida recibió órden de fortificar de nuevo la ciudad, y de tratar varios asuntos con Francisco Guicciardini, gobernador en la Romanía; y después fué empleado en el ejército de la Liga contra Carlos V, que fué la última ocupacion notable de su vida.

Vuelto a Florencia a fines de mayo de 1527, quiso tomar un medicamento en que tenía gran confianza para sus dolencias del estómago; y bien pronto, sorprendido por violentos cólicos, espiró (el 22 de Junio) a la edad de 58 años, después de haber recibido los socorros espirituales.

Fué enterrado en la iglesia de Sta. Cruz, en el panteon de su familia, donde reposó mas de dos siglos sin distincion alguna, hasta que lord Nassau Clavering, conde de Cowper, removiendo sus frias cenizas y protejiendo la ereccion de un monumento, enseñó a Florencia que tenía la gloria de haber producido un hombre de que se habría gloriado la sabia Grecia y la política Roma. Este monumento, colocado en la iglesia de Sta. Cruz, es obra de Inocente Spinazzi y lleva esta inscripcion: Tanto nomini nullum par elogium, Nicolaus Macchiavelli obiit. a. p. v. MDXXVII. Una figura representando a la vez la Política y la Historia, con los atributos de las dos ciencias, tiene en la mano derecha un bajo relieve con el busto de Maquiavelo.

Era de una estatura regular, color algo verdoso, y fisonomía espresiva, que anunciaba la fuerza de su espíritu. En la conversacion era gracioso y sencillo, y en la réplica pronto y picante. Hablando un dia con Claudio Tolomeo le dijo este: « En

Florencia son los hombres menos ilustrados que en Siena, escepto vos; » y Maquiavelo le respondió: « En Siena los hombres son mas necios, sin esceptuaros a vos. » Haciéndole notar un dia que había enseñado a los príncipes a ser tiranos, respondió: « Yo he enseñado a los príncipes a ser tiranos, pero tambien he enseñado al pueblo a destruir los tiranos. »

Muchos escritos del secretario florentino son mirados como producciones estimables de un talento superior, y otros son considerados como perniciosos y llenos de abominables doctrinas. En el número de estos últimos se cuentan Il modo tenuto da Valentino, etc., apolojía del duque de Valentino, cuando hizo asesinar a Vitellazo-Vitelli, el tratado del Príncipe y algunas opiniones sembradas en los Discursos sobre Tito Livio. Los siete libros de la guerra suponen en Maquiavelo un estudio profundo de la ciencia militar, que un escritor italiano encuentra, no solamente maravilloso en un hombre dedicado a las ocupaciones civiles, sinó estraordinario en un viejo jeneral. Segun el autor del prefacio de la edicion de 1813, Maquiavelo había adquirido este profundo conocimiento meditando sobre las operaciones de los antiguos romanos, que, sin contradiccion, son mirados como los primeros maestros del arte. Federico II puso en práctica algunos de sus preceptos, y en Francia hay una obra titulada: Instruccion sobre materias de guerra, estractada de los libros de Polivio, Frontin, Vegecio, Maquiavelo y muchos otros buenos autores, Paris, 1553. Los Discursos sobre Tito Livio, escritos en 1516, en la época de su desgracia, encierran un estudio profundo de este célebre historiador y de Tácito, pudiendo decirse que aprendió con este a leer y esplicar a Tito Livio. La Storie fiorentine, en que el autor describe además los acontecimientos que destruyeron el imperio

romano, es una composicion admirable, que da a Maquiavelo un lugar entre los grandes historiadores, de tanto mas valor, cuanto los mismos antiguos nada habían dejado para modelo en este jénero. Bossuet la colmaba de elojios. El carácter del estilo de Maquiavelo, sobre todo en la Storie y en la Vida de Castruccio Castracani, es elegante y sencillo, lleno de gracias sin artificio, agradable sin insipidez, claro sin ser difuso, y conciso sin oscuridad y sin pretensiones de misterioso.

Aun cuando la celebridad de Maquiavelo sea como político, tambien tiene derecho a un puesto honroso entre los autores dramáticos. La Mandragola, segun Voltaire, le coloca sobre Aristófanes. Compuso además la Clicia, la Máscara, el Andria, etc., la graciosa novela de Belphegor y el Asino d' oro e I Capitoli, que recuerdan el estilo de Dante. Leyéndolas, es apenas concebible como un hombre tan profundamente versado en los cálculos políticos, ha podido entretenerse, y con tanto brillo, con las musas, adquiriendo laureles en el jénero épico y en el lírico.

Pero la obra de Maquiavelo que mas ha escitado la atencion universal es el tratado del Príncipe, reimpreso varias vezes en todos los idiomas europeos. Jamás libro alguno fué mas combatido, ni dió márjen a mas opuestos pareceres: unos vieron en él un código de la tiranía, mientras otros supusieron que habia sido inspirado por el deseo de hacerla mas odiosa. Rousseau, que es de esta opinion, llega a decir en su Contrato social que « El Príncipe es el libro de los republicanos. » Voltaire, por el contrario, se esplica así en una carta dirijida al príncipe real de Prusia (luego Federico II) el 20 de mayo de 1738: « La primera cosa de que tengo que hablaros es del modo con que juzgais a Maquiavelo. ¿Cómo no os indignaríais con su lectura como os indignais contra mí porque he

elojiado el estilo de ese malvado? Los Borgias, padre e hijo, y todos los pequeños príncipes que tenían necesidad de crímenes y de sangre para elevarse, pudieron estudiar esa política infernal; pero es propio de un príncipe como vos detestarla con todos vuestros sentidos. Ese arte, que debe colocarse al lado del de los Locustos y Brinvillers, ha podido dar a algunos príncipes una soberanía pasajera como la herencia que debe procurarse con el veneno; pero nunca ha podido hacer grandes hombres, ni hombres dichosos. ¿Sabeis a donde puede llegarse con esa política desastrosa? A la perdicion de todos y a la perdicion propia. Decid si puede ser ese el catecismo de vuestra bella alma. » El príncipe contestó a este homenaje lisonjero, con algunas frases eminentemente francesas y las mas apropósito para escitar la mas viva satisfaccion en el corazon de Voltaire: « Lo que he meditado contra el maquiavelismo es precisamente una continuacion de la Henriada. Sobre los grandes sentimientos de Enrique IV he forjado el rayo, que aniquilará a César Borgia. » En efecto el jóven Federico escribió un libro, sobre el cual le decía Voltaire el 27 de diciembre: « Habeis escrito un libro digno de un príncipe, y yo no dudo que una edicion del Maquiavelo con ese contraveneno al fin de cada capitulo, será uno de los mas preciosos monumentos literarios. El Anti-Maquiavelo debería ser el catecismo de los reyes y de los ministros. » No seguiremos haciendo mencion de la infinidad de críticas y de apolojías, de acusaciones y de elojios que se han prodigado en todos los idiomas a Maquiavelo; limitándonos a presentar un juicio difícil de refutar. Este juicio es del mismo secretario florentino: después de concluir su tratado del Príncipe, escribía a su amigo Francisco Vettori una carta, que se encuentra en la biblioteca Barberini de Roma, y que trasladamos íntegra a continuacion, copiada del mismo manuscrito orijinal, porque, valiéndonos de la

frase de Buffon, la carta es Maquiavelo mismo: «Magnífico señor: las gracias divinas no fueron jamás tardias [2]. Digo esto, porque me parecía estar, sinó olvidado, al menos, apartado de vuestra amistad. Mucho tiempo habeis guardado silencio, y he procurado adivinar la causa, sin poderla encontrar en las razones que se me ofrecían; solamente imajinaba que los deseos de escribirme habían desaparecido de vos, sin duda porque no me creíais fiel depositario de vuestras cartas, que solo han visto con mi consentimiento Felipe y Pedro. Vuestra carta del 23 me ha consolado, y estoy lleno de placer viendo con que órden y con que calma ejerceis vuestra dignidad. Yo os ruego continueis así, porque el abandonar sus placeres por los ajenos, pierde los suyos sin disfrutar nada con los de otros, y puesto que la fortuna quiere hacerlo todo, debe dejársela obrar tranquilamente y sin fatigarla, esperando solamente el dia en que deje algo que hacer a los hombres. Entonces tendreis mas cuidados, tendreis que dedicaros a los negocios, y yo saldré de mi retiro para deciros: ¿quereis mis servicios? Yo no puedo, sin embargo, deciros en esta carta sinó cual es mi vida, y si juzgais que puede cambiarse con la vuestra, estaré contento con ella. Yo me estoy en este retiro, desde los últimos acontecimientos, habiéndolo abandonado solamente para ir a Florencia el 20 de junio. Me levanto con el dia, visito mis gallinas, y después me marcho con mis libros bajo el brazo, semejando a Geta [3] cuando vuelve con los libros de Amfitrion. Me voy a un bosque que he comprado, y paso las horas con los trabajadores, que siempre tienen pendiente alguna disputa, bien entre ellos, bien con los vecinos. Mucho podría deciros sobre este bosque, pues me han sucedido sobre él mil cosas con Frosino de Panzano y con otros que lo querían. Frosino, por ejemplo, me ha cojido una porcion de madera, sin decirme una palabra, para el pago, segun dice, de diez

libras que le debo y que me ganó en casa de Antonio Guicciardini jugando a la cricca [4]. Comenzé a darme al diablo, y quise acusar de ladron al pilluelo que me había mandado; pero Juan Maquiavelo ha mediado, y nos ha puesto en paz. Mientras soplaba esta tramontana Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bene y otros, me han pedido tambien su parte, de modo que llegará dia en que tenga que decir Ya no tengo bosque. Cuando salgo de él, me dirijo a la fuente con el libro que llevo, que suele ser el Dante, Petrarca o alguno de los mas célebres poetas; leo sus amores y sus apasionadas ternuras, recuerdo los mios, y me complazco algun tiempo con los pensamientos que me sujieren. Vuelvo en seguida al pueblo, y me voy á la posada, donde hablo con todos, y les pido noticias de su pais; oigo diferentes cosas, y encuentro diferentes gustos y diversas imajinaciones. Cuando llega la hora de comer lo hago con mi brigada, segun mi pobre campo y mi escaso patrimonio me lo permiten. Después de haber comido, vuelvo a la posada, donde encuentro al mesonero, al buhonero, un molinero y dos albañiles, con los cuales me encanallo jugando a la cricca y al trictrac, de donde nacen mil disputas y quimeras, acompañadas de palabras injuriosas, cuyo asunto suele ser un ochavo, y por el cual nos oye gritar todo San Casiano. Metido en tal villanía, impido a mi cerebro que se envanezca, y escito la malignidad de la fortuna, satisfecho de que me haya colocado tan abajo para ver si se avergüenza de verme así. Llegada la noche, me vuelvo a mi casa y entro en mi gabinete; a la puerta me despojo de este vestido de paisano lleno de barro o de polvo, y equipado con traje limpio y de etiqueta, me acerco a los círculos de los hombres antiguos. Acojido por ellos con amor, me lleno de este alimento, el único que me conviene y para el que he nacido; no temo conversar con ellos y pedirles razon de sus acciones, y ellos llenos de humanidad me

contestan. Durante cuatro horas no siento, olvido todas las penas, me separo de la pobreza, y ni aun me espanta la muerte; me adhiero a ellos completamente, y como Dante dice que no se tendrá ciencia si no se retiene lo que se haya oido, yo he notado que tenía un capital en sus conversaciones, y he compuesto una obra sobre los principados, estendiéndome lo mas que he podido por el profundo conocimiento que he adquirido del asunto. Examino lo que es un principado, en qué consiste, y sus especies; como se adquieren, como se conservan y como se pierden. Si alguna vez os han agradado mis caprichos, este seguramente no os desagradará: debe ser grato a un príncipe, y sobre todo a un príncipe nuevo. Por eso lo he dedicado a la magnificencia de Julian. Felipe Casavecchia ha visto mi tratado, y podrá instruiros detalladamente de lo que es y de las discusiones que con él he tenido y segun las que, como siempre, he hecho algunas correcciones. Vós deseais, magnífico embajador, que yo deje mi vida actual para gozar la vuestra: de buena gana lo haría; mas me retienen, sin embargo, ciertos asuntos que no podré terminar hasta dentro de seis semanas. Lo único que me tiene indeciso es que tendré que hablar a Soderini; y sentiría que, en lugar de volver a mi casa, me hicieran descender a una prision, porque, sin embargo de que el Estado tiene sólidos fundamentos, es nuevo y por consiguiente movedizo, y nunca faltará algun intrigante que, por conseguir un buen escote, me haga pagar a mí. Os ruego me libreis de este temor, y de cualquier manera yo iré a veros en el tiempo dicho. He hablado con Felipe acerca de mi opúsculo (el Príncipe) y le he preguntado si le parecía bien que lo diese a luz o que no lo diese, y en caso de darlo, si convendría mejor que yo lo llevase o que os lo mandase. El dejarlo de publicar me hacía pensar naturalmente que Julian no lo leería, y que Ardinghelli se honraría con este último de mis trabajos. La

necesidad es lo que me obliga a darlo, porque me arruino, y no puedo estar así mucho tiempo sin que la pobreza se me haga insoportable. Yo desearía que esos señores Médicis empezasen a emplearme, aun cuando fuera en hacer rodar una piedra; y si no alcanzase su benevolencia, me quejaría de mí mismo. Por esta produccion, si fuera elojiada, se vería que durante quince años que he pasado estudiando el arte de gobernar, no he perdido el tiempo en dormir y divertirme, y todos pagarían por adquirir la esperiencia a costa del prójimo. No deberían dudar de mi fé, porque, habiéndola guardado siempre, mal puedo aprender ahora a romperla. El que ha sido fiel y bueno durante 43 años (esta es mi edad) no debe cambiar ya de naturaleza. Mi indijencia atestigua mi fidelidad y honradez. Yo desearía que me escribieseis sobre este punto, y me recomiendo a vos. Sed dichoso. —10 de octubre de 1513, Florencia.—Nicolás Maquiavelo.-

Esta carta no necesita comentarios ni esplicacion. En ella pinta Maquiavelo el estado de su alma, su despecho, su miedo a la miseria, su vergüenza del estado mas que despreciable a que estaba reducido: el lector atento en contrará en ella la clave del Príncipe. Los literatos italianos no juzgan esta obra sin citar su carta a Vetori. Puede consultarse acerca de este punto y sobre otros importantes la escelente disertacion del caballero Baldelli. Tampoco debe olvidarse que el Príncipe fué impreso con un privilejio del papa Clemente VII, dado el 20 de agosto de 1531. En fin, en la dedicatoria de la misma obra se encuentran estas significativas palabras: «Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista a estas rejiones y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conocereis, señor, cuan severa e implacable ha sido conmigo la fortuna.»

Sin embargo, no todo es igualmente reprensible en este libro; pues a menudo se hallan las máximas mas opuestas. En el artículo VII, por ejemplo, al paso que pone por modelo al abominable Borgia, le dice: «vos no podeis llamar virtud a degollar a sus conciudadanos, vender a sus amigos, vivir sin fe, sin piedad, sin relijion: esto podrá dar un reino; pero no gloria; y en el capítulo VIII ataca con vigor las confiscaciones.»

Pero, con todo, nosotros encontramos muy justas las observaciones que sobre la obra y su autor hace un escritor moderno. «Su vida, dice, fué por demás licenciosa y estravagante, señalándose siempre entre los amigos de la disipacion y haciendo el amor aun a una edad muy avanzada. Le escribían de Florencia: Como no estais aquí, ya no se trata de juegos, tabernas, mujeres y demás pasatiempos. Era, sin embargo, individuo de las hermandades mas devotas de Florencia; y con motivo de la fiesta de una de ellas, predicó una vez un sermon lacrimoso, tomando por testo el De profundis, y concluyó exhortando a sus oyentes a que hicieran penitencia e imitasen a San Francisco y San Jerónimo. Tal vez al acabar de predicar de esta manera iba a cantar a la reja de su querida alguna cancion lasciva. Un hombre de estas cualidades no puede ser, como algunos han querido, un republicano ardiente y severo, sinó un escritor eminente, que, como tantos otros, vendía su injenio al que mejor se lo pagaba, para poder entregarse a su vida de licencia o libertinaje.

Con la intencion sin duda de abrirse el camino de los honores y de ganarse la confianza de Julian de Médicis, fué por lo que escribió su tratado del Principe, destinado a indicarle por qué medios puede conservarse un poder nuevo. Su libro está lleno de una sabiduría enteramente romana, llena de egoismo y de una lójica inexorable,

fundada siempre en la necesidad de conservacion. «El tirano debe tener siempre en la boca las palabras de clemencia y relijion; pero no debe inquietarse por faltar a ellas cuando lo exija su interés. Las crueldades son necesarias muchas vezes, porque el objeto de un gobierno es durar, y esto no es posible sinó con la ayuda del rigor.» Nada mas lójico ni necesario en el arte de gobernar de aquella época; pero nada mas inmoral ni vituperable a los ojos de la razon, de la humanidad y de la filosofía, hoy que la ciencia del gobierno tiende por todas partes a establecerse sobre los principios salvadores del cristianismo: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los que han imajinado que Maquiavelo escribió su libro irónicamente, con el objeto de hacer odiosa a los pueblos la autoridad y el poder de uno solo, como hizo Sunderland con Jacobo II, o no han visto del Príncipe mas que el título y desconocen enteramente la historia de aquel tiempo, o han escuchado mas el sentimiento humano que la verdad de las cosas y su union. Maquiavelo no trató mas que de reasumir en máximas y observaciones el arte de gobernar de entonces. Sus máximas son pinturas fieles de la época, y fuera de que un fin humanitario y liberal estaba en contradiccion con su vida, sus amistades y carrera, le hubiera sido tambien imposible desarrollarlo en aquellos tiempos bajo la forma del Príncipe, porque nadie le hubiera comprendido. La traicion y la perfidia, la mala fe y los torpes manejos, eran medios de gobierno admitidos entonces por todos los Estados. La política no era la ciencia de los derechos; apoyábase en los hechos, en las prácticas; era el arte de dominar, con honradez o sin ella, de sostenerse a todo precio. Entre los reyes y pontífices de aquel siglo, lo mismo que en los siglos anteriores, el arte de gobernar no enseñaba mas que los medios de evitar la astucia con la astucia y un asesinato con otro. ¿Y como Maquiavelo,

el hombre licencioso y escéptico, que ya servía a la república florentina, ya se vendía a los Médicis y los abandonaba en su desgracia para obtener empleos del nuevo gobierno; cómo el amigo de los príncipes, el compañero de mesa de los magnates, había de encerrar bajo tan vil carácter el corazon de un republicano? ¿Donde hay una sola frase de su libro en que se halle manifiesta la ironía? ¿Y porqué se ha de querer disculpar del justo y verdadero castigo que le ha impuesto la posteridad al confidente de los políticos abyectos, de los traidores a su patria, al libertino, que consideraba como el colmo de la miseria el vivir humilde y oscuro; que adula a Leon X, a Clemente VII y al incapaz Lorenzo; que, puesto en el tormento, canta las alabanzas de sus opresores, hoy los adula y mañana los insulta; y todo por una mesa espléndida y unas cuantas queridas? De todas las prostituciones ninguna mas repugnante que la del jenio que se vende a la maldad por un puñado de oro.

NOTAS

1. Está tomada casi literalmente del gran diccionario biográfico publicado por Michaud. ↩
2. Petrarca: Triunfo de la Divinidad, verso 13.Ma tarde non fur mal gracie divine. ↩
3. Personaje de una comedia de Terencio. ↩
4. Juego de naipes parecido a la treinta y una española. ↩

02

Cartas sobre el Anti-Maquiavelo

Empieza: «CARTAS SOBRE EL ANTI-MAQUIAVELO.»

CARTAS SOBRE EL ANTI-MAQUIAVELO.

A Mr. Van Duren, librero, en el Haya.

Muy señor mio: Me ha remitido V. las poesías latinas de algunos individuos de la Academia Francesa, que a la verdad me interesan muy poco, y se ha olvidado V. de remitirme la Química de Stahl, que me está haciendo mucha falta. Hágame V. el obsequio de enviarmela por el mismo conducto.

Tengo en mi poder un manuscrito singular, de uno de los hombres mas distinguidos de Europa: es una especie de refutacion de Maquiavelo, capítulo por capítulo; obra llena de atrevidos pensamientos y de hechos interesantes, que avivan la curiosidad del lector en provecho del librero. Se me ha encargado que la revise y la dé a la imprenta. No tengo inconveniente en remitir a V. el manuscrito orijinal con tal que mande sacar copia y me lo devuelva; advirtiendo que tengo que añadirle un prefacio. La única condicion que impongo a V. es que ha de procurar se imprima con todo esmero, enviando después dos docenas de ejemplares, magníficamente encuadernados, a la corte de Alemania, con direccion a la persona que diré a V. en tiempo oportuno. Tambien a mi me mandará V. otras dos docenas en pasta. Quisiera además

que el libro del Príncipe de Maquiavelo, en francés o en italiano, se imprimiese al lado de la refutacion, todo con buena letra y mucho marjen.

Acabo de saber que corren impresos tres folletos contra el Príncipe de Maquiavelo, con diversos títulos; bueno sería que los buscase V. y me los mandase cuanto antes. Si no se encuentran, tampoco harán mucha falta: la obra de que se trata no necesita ayuda tan insignificante.

Su atento y fino servidor.

Es necesario que me dé V. una respuesta pronta y terminante. Si supiera V. de quien es el manuscrito en cuestion, me estaría V. muy particularmente agradecido, y no tardaria en aprovecharse de esta buena oportunidad: no puedo, por ahora, decir a V. mas. Si no recibo su inmediata contestacion, no estrañe V. que sea otro librero el favorecido.

Su humilde servidor.

Remito a V. por el correo lo que hay ya copiado de la refutacion de Maquiavelo, y creo que es interés de V. el que se imprima sin tardanza. Le aconsejo que la tirada de los 24 ejemplares para la corte de Alemania se haga sobre el mejor papel posible y con márjenes espaciosas; y para satisfacer de una vez la curiosidad de V. le diré que habrá de remitirlos A S. M. el Rey de Prusia, en mano propia. Esto le valdrá a V. probablemente, además de un buen regalo, el honor de ser librero de S. M. No se olvide V. de buscar tafilete marroquí superior para la encuadernacion, que deberá llevar grabadas las armas reales. Ante todo, la edicion de lujo.

Imprima V. al lado de la refutacion el testo del libro del Príncipe, traducido por Amelot de la Houssave, y mandeme V. un ejemplar de esta traduccion para tenerla presente al escribir el prólogo que se me ha encomendado. Envíeme V. tambien diez ejemplares en octavo de mis obras.

He leido con sumo gusto el primer tomo de la Historia de Luis XIV. ¿Cuando se publicará el 2.º? Tambien me gusta mucho la nueva edicion de Morery, aunque todavía tiene muchas erratas.

He recibido su última duplicada. Acúseme V. recibo del orijinal que le envié anteayer.

Hoy remito a V. hasta el capítulo 18, inclusive. Creo que debe V. estarme agradecido por haberle proporcionado tan buen negocio. No me cansaré de aconsejarle que sea espléndido en punto a la impresion de la obra, a fin de que pueda este trabajo honrar a V. tanto como honrará a su ilustre y respetable autor. La reputacion de probidad e intelijencia de que V. goza, me ha inducido a preferirle a los demás.

Recomiendo a V. la mayor actividad posible; y tan luego como se imprima el primer pliego, mándemelo V. por el correo.

Aguardo los diez ejemplares de mis obras y uno de la traduccion de Maquiavelo por Amelot.

Recibí la suya del 12; y por su parte debe de haber recibido dos paquetes que contenían la continuacion del Anti-Maquiavelo hasta el capítulo 18.

Ahora le incluyo los capitulos, 19, 20 y 21. No son mas que 26, de modo que no hay que perder tiempo.

Haga V. lo posible por encontrar el Maquiavelo, de Amelot; y si apesar de todo no se encuentra, imprímalo V. en italiano al lado de la refutacion. El Maquiavelo es un libro que será eternamente leido por todos los estadistas y hombres políticos: todos estos entienden el idioma italiano, y además la reunion de dos idiomas en una sola obra será una novedad en materia de literatura. Hay una edicion italiana en tres volúmenes, que tal vez V. mismo habrá reimpreso, y que contiene las obras políticas de Maquiavelo: facilmente puede V. arrancar la parte del libro del Príncipe y enviármela. De todos modos, dígame V. lo que determine hacer, para que pueda yo arreglar el prólogo segun convenga. No revele V. a nadie que el prólogo ha de ser mio; así como yo tampoco revelo por ahora el nombre el autor.

Recibo en este momento la suya del 24 con el prefacio de la traduccion de Amelot, por el cual voy a escribir el que se me ha encargado. Incluyo a V. los últimos capítulos de la obra bajo dos cubiertas distintas: la una marcada A debió haberle sido remitida por el corsario de ayer; la que lleva la marca B no ha podido estar lista hasta hoy.

Puesto que al fin se halló la traduccion de Amelot, no deje V. de imprimirla al lado de la refutacion. Mi prefacio deberá ir colocado antes del de Amelot y del de Maquiavelo, y en él haré una reseña de todo lo contenido en el libro.

Hágame V. el obsequio de enviarme el primer pliego impreso.

Tengo que acusar a V. recibo de los diez ejemplares de mis obras, que han llegado felizmente a mis manos.

Estoy muy inquieto porque no tengo noticias de V. Por el correo del 27 debe V. haber recibido una carta de aviso y dos envoltorios que contenían los últimos capítulos del Anti-Maquiavelo; y hoy esperaba que me acusaría V. su recibo, y me mandaría el primer pliego impreso de la obra.

El prefacio está ya escrito; pero aguardo la venia indispensable para publicarlo. Le aconsejo a V. que trabaje con suma dilijencia, si quiere V. proveer de libros la biblioteca del ilustre personaje, que habrá de ser con el tiempo una de las mas notables de Europa.

Todo va bien. Dese V. prisa; pero bueno será que su corrector ponga mas cuidado en lo que hace, porque veo un error gravísimo en la página 10, donde dice: «No se oian ni se veían mas que lágrimas, etc.» Esto de oir lágrimas es el colmo del ridiculo; debe decir en el orijinal: «No se oían sinó lamentos, ni se veian mas que lágrimas, etc.»

Por lo demás no hay que perder un momento, a fin de que la obra pueda ser presentada en tiempo oportuno a la persona a quien está destinada. Creo que podrá pasar la encuadernacion sin que lleve las armas reales, con tal que sea bueno el tafilete de la cubierta. Alguna moldurilla dorada no le vendrá mal.

Estoy aguardando a que me devuelvan el prefacio para enviarlo a V. en seguida.

Nota.La última carta que poseemos de Voltaire contiene la correccion de las pruebas que le enviaban de la imprenta; lectura pesada y sin interés, por lo que juzgamos conveniente omitirla.

0 3

Prefacio del Anti-Maquiavelo

Empieza: «PREFACIO DEL ANTI-MAQUIAVELO.»

PREFACIO DEL ANTI-MAQUIAVELO.

Al dar publicidad al Anti-Maquiavelo creo, en conciencia, hacer un beneficio a la humanidad. El ilustre autor de esta refutacion es una de esas almas grandes que suele crear el cielo a fin de atraer a los hombres a la senda de la virtud con sus preceptos y ejemplos. Hace algunos años que escribió estas reflexiones, con el solo objeto de meditar mejor las verdades que su corazon le dictaba: era muy jóven aun, y quería acostumbrarse en edad temprana a la sabiduría y a la virtud. Pero las lecciones que creía tan solo darse a sí mismo, merecen servir de norma a los reyes todos del mundo, y pueden muy bien ser orijen de futura felizidad para los pueblos: por esta razon, cuando quiso honrarme poniendo en mi poder su manuscrito, he creido que debia pedirle permiso para publicarlo. El veneno de Maquiavelo circuló demasiado para que yo no me esforzase en prodigar el antídoto. El público se disputaba ya con ansiedad las copias del manuscrito, entre las cuales corrían algunas plagadas de errores; y a fin de evitar que la obra apareciese desfigurada, he querido dar a luz una copia exacta del orijinal en la edicion presente, con la que espero se conformarán los demás editores.

El lector se admirará, sin duda, cuando sepa que el que escribió este libro en idioma francés, en un estilo tan noble, tan enérjico y tan puro a vezes, es un jóven estranjero, que aun no había puesto los pies en tierra de Francia; y no faltará quien crea que se esplica mucho mejor que Amelot, intérprete de Maquiavelo, cuya traduccion precede por capítulos a la impugnacion de nuestro autor. El hecho es inaudito, lo confieso; pero observaré de paso que en todas sus empresas ha obtenido siempre igual éxito la persona a quien me refiero. En fin, poco importa que sea inglés, español o italiano: se trata de su libro, no de su patria; y digo que, en mi opinion, está mejor pensado y mejor escrito que el libro de Maquiavelo, y es una felizidad para el jénero humano el ver que, al fin, se le presenta la virtud mejor adornada que el vicio.

Dueño de este precioso depósito, he creido deber omitir ciertas espresiones que no son de puro oríjen francés, aunque merecen serlo; y me atrevo a decir que esta obra, tal cual la ofrezco al público, puede servir de modelo en nuestro idioma y de ejemplo a nuestras costumbres. Por lo demás debo advertir que no todos sus capítulos son impugnaciones de los respectivos de Maquiavelo, porque no en todos ellos predica el crimen el escritor italiano. En tales casos puede decirse que nuestro autor no refuta, sino comenta; y tal vez hubiera sido mejor dar a su libro el título de Exámen o Análisis de las doctrinas de Maquiavelo.

El ilustre autor ha dado amplia respuesta a su adversario: a mi me toca ahora contestar brevemente al prefacio de Amelot, traductor de Maquiavelo.

Amelot ha querido pasar por un profundo político; si no lo ha conseguido, yo por mi parte puedo asegurar que el autor del Anti-

Maquiavelo es positivamente lo que Amelot aparentaba ser.

Amelot era uno de esos autores que escriben para comer, y el mayor favor que puedo hacerle es decir que, si tradujo a Maquiavelo y sostuvo sus doctrinas, fué con la intencion de vender el libro, y no de persuadir a sus lectores. En su Epístola dedicatoria habla mucho de razones de estado y de cuestiones vitales; y yo diré, con su permiso, que el hombre, como él, que no supo mejorar su estado miserable, ni pudo nunca pasar de un mal vivir, mal puede entender las cuestiones vitales ni las razones de estado.

Amelot quiere justificar a su autor protejido, citando el testimonio de Justo Lipsio que, dice él, era tan devoto y relijioso como sabio y político. A esto respondo: —1.° que ni Justo Lipsio, ni los sabios todos del mundo son suficiente autoridad para deponer en favor de una doctrina funesta al jénero humano. —2.° que la piedad y la relijion, de que hace tan intempestivo alarde, enseñan precisamente una doctrina diametralmente opuesta a la de Maquiavelo. —3.° que Justo Lipsio nació católico, se hizo luterano, luego calvinista, y en fin volvió a convertirse al catolicismo; visto lo cual, nunca pasó por hombre relijioso, apesar de haber compuesto unas poesías detestables, que dedicó a la Vírjen María. —4.° que su voluminoso Libro de Política es la mas despreciable y despreciada de sus obras, apesar de haberlo dedicado a los reyes, principes y emperadores. —5.° que, aparte de todo esto, Justo Lipsio dice, hablando de Maquiavelo, todo lo contrario de lo que Amelot quiere que diga. «Pluguiera a Dios, (dice Justo Lipsio en la pájina 9 de su obra citada) que Maquiavelo hubiese logrado enseñar a su príncipe la senda verdadera que conduce al templo del honor y de la virtud; pero, atento solo a lo que es útil, se ha olvidado de lo que es justo y honorífico.» Amelot ha suprimido espresamente estas palabras del

testo que cita. Verdad es que la moda pedantesca de su época le prescribía citar a tontas y a locas; pero alterar de ese modo un punto tan esencial, no es ya pedantería sinó calumnia. El grande hombre que me ha designado para ser su editor no cita nunca; pero, o mucho me engaño, o creo que su obra será citada eternamente por los partidarios de la razon y de la justicia.

Amelot se empeña en probar que Maquiavelo no es impío: ¡buena ocasion por cierto para hablar de su piedad! ¡El hombre que se ha atrevido a dar al mundo lecciones de asesinato y de envenenamiento, encuentra un traductor que se digna informarnos de que era devoto!

Amelot se cansa en balde; no se engaña al público de ese modo. Por mucho que diga que Maquiavelo habló ventajosamente de los Jacobinos y Franciscanos se le contestará que no se trata ahora de frailes, sinó de reyes, de príncipes, a quienes quiso enseñar el arte de ser malos, cosa ya muy sabida antes que Maquiavelo la enseñase.

¿Quedarían justificados Cartouche, Miriwits o Ravaillac con decir que eran relijiosos? ¿Es posible que haya de emplearse siempre la sagrada palabra de relijion para mancillar la probidad y justificar la corrupcion y el crímen?

Cesar Borgia, dice Amelot, es un buen modelo para los príncipes bisoños.» Sin duda quiso decir para los usurpadores. Pero, en primer lugar, no todos los príncipes bisoños son usurpadores: los Médicis no lo eran apesar de ser bisoños en el arte de reinar; y en segundo lugar, César Borgia, el bastardo del papa Alejandro VI, detestado de todos, y al fin perseguido por la desgracia, es un malísimo modelo para un jóven príncipe.

Amelot, para concluir, afirma que Maquiavelo aborrecía la tiranía. Lo creo: no hay nombre en el mundo que no la abomine; pero, en tal caso, Maquiavelo es un escritor vil y despreciable, pues que aborrecía la tiranía, y sin embargo la enseñaba.

No diré mas, porque podría debilitar los sentimientos y espresiones del ilustre autor de este libro. Lealo el publico y juzgue.

Yo, el infrascrito, he entregado el manuscrito orijinal, en manos de Mr. Cirilo Le-Petit, censor eclesiástico de la Iglesia Galicana en el Haya, cuyo manuscrito orijinal está en un todo conforme con el testo del libro titulado Anti-Maquiavelo o exámen del Príncipe de Maquiavelo; y tengo por defectuosa cualquiera otra edicion, debiendo los editores arreglarse en lo sucesivo al testo de la presente.

0 4

Dedicatoria

Empieza: «NICOLAS MAQUIAVELO,»

NICOLAS MAQUIAVELO,

CIUDADANO Y SECRETARIO DE FLORENCIA,

AL

Magnífico Señor

LORENZO DE MEDICIS,

DUQUE DE URBINO, SEÑOR DE PÉSARO,

Los que desean captarse la voluntad de un príncipe suelen ofrecerle presentes de raro mérito, o aquellas cosas que son conocidamente de su agrado: unos le presentan armas o caballos, otros telas de oro, piedras preciosas, alhajas, en fin, dignas de su grandeza. Deseando yo, pues, ofreceros una prueba de mi adhesion y respetuosa obediencia, he encontrado que la alhaja de mas valor, y tal vez la única que poseo, es el conocimiento de lo que han hecho los grandes hombres; conocimiento que he adquirido con una larga esperiencia de la política moderna, y una lectura continua de la que seguían los antiguos. De todo esto, meditado y examinado con detencion escrupulosa, he formado un pequeño volúmen, que os envío, pues, aunque creo que mi obra es indigna de tamaño honor, sin embargo, confío en que será acojida con benevolencia,

considerando que no puedo ofreceros mayor regalo que el conocimiento instantaneo de lo que tantos años y peligros me ha costado aprender. No he engalanado esta obra con flores retóricas, ni con palabras altisonantes, porque he creído que la gravedad de la materia bastaba para darle lustre y hacerla agradable. Tampoco quiero que se me acuse de presuntuoso, si desde la humilde esfera en que me hallo situado, me atrevo a examinar y a dar consejos a los gobiernos de los príncipes; porque, así como el artista se coloca en los llanos para pintar con mas facilidad los montes y colinas, y, por el contrario, sube a las colinas para obtener mejor vista de los llanos y praderas, del mismo modo, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es preciso ser príncipe, y, para comprender la de los príncipes, es necesario ser hijo del pueblo. Recibid, pues, este corto presente con la misma buena voluntad con que yo os lo ofrezco, y en él hallareis una prueba del ardientísimo deseo que tengo de veros elevado a la grandeza que os prometen vuestras riquezas y vuestros talentos. Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conocereis, Señor, cuan severa e implacable ha sido y es conmigo la fortuna.

05

Capítulo I. De cuántas clases son los principados y de qué modos se adquieren

Empieza: «Todos los estados, todas las soberanías que tienen o que han tenido autoridad sobre los hombres, han sido y son, o repúblicas,...»

Todos los estados, todas las soberanías que tienen o que han tenido autoridad sobre los hombres, han sido y son, o repúblicas, o principados.

Los principados son, o hereditarios en una familia, cuyos antecesores han sido príncipes desde la antigüedad, o bien son nuevos sin estas condiciones.

Entre los principados nuevos, los unos, o son enteramente nuevos, como lo era el de Francisco Esforcia en Milan [6], o son como miembros reunidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere: tal es el reino de Nápoles con respecto al rey de España [7]. Esta clase de estados, o viven bajo el dominio de otro príncipe, o gozan de entera libertad; y para adquirirlos, pueden emplearse armas propias y ajenas, o abandonarse a la fortuna, o hacer alarde del oro, del talento o del valor.

NOTAS

6. Hijo natural de Esforcia (Attendolo): nació en 1401, siguió a su padre en muchas campañas, y con su buena maña hizo suyo el ejército que aquel había formado, a cuyo frente peleó en la Lombardía con el célebre Carmañola. Tomó la Marca de Ancona en 1434 al papa Eujenio IV, y la constituyó en estado independiente; y por último, de protector que era, llegó a ser conquistador del ducado de Milan. Falleció en 1466. (N. del T.) ↩

7. Sabido es que la corona de Nápoles perteneció a España durante los siglos XVI y XVII. (N. del T.) ↩

06

Capítulo II. De los principados hereditarios

Empieza: «CAPITULO II.»

CAPITULO II.

No hablaré ahora de las repúblicas, habiéndolo hecho ya en otra obra con estension [8], y solo fijaré la consideracion en los principados, siguiendo las divisiones que acabo de indicar, para examinar el modo de gobernar y de conservar estos diferentes estados.

Es preciso convenir desde luego en que es mucho menos difícil mantener los estados hereditarios, acostumbrados a la familia de su príncipe, que los estados nuevos. En efecto, el príncipe hereditario no necesita mas que una capazidad regular para mantenerse siempre en sus estados; y no hay duda que lo conseguirá, sometiéndose a la imperiosa necesidad de los tiempos en que vive, y no saliendo voluntariamente del órden y método establecidos por sus predecesores, a no venir a despojarle una fuerza infinitamente superior: aun en este último caso podrá volver a recobrarlos a pocos reveses de fortuna que sufra el que los ocupe después de él. Tenemos un ejemplo de esto dentro de Italia en la persona del duque de Ferrara [9], el cual pudo resistir a los Venecianos en el año de 1484, y al papa Julio II, en el de 1510,

solamente porque era un soberano antiguo en este ducado. El príncipe natural debe ser mas amado, no teniendo tanta ocasion y necesidad de vejar a sus súbditos; y es regular tambien que estos le tengan inclinacion, no haciéndose aborrecible por vicios estraordinarios. La misma antigüedad y duracion de un gobierno desvanece los deseos y disminuye las ocasiones de mudarle, porque toda mudanza tiene sus inconvenientes, y deja sentados los cimientos para otra nueva.

NOTAS

8. En sus discursos sobre Tito Livio. ↩

9. Alfonso de Este, a quien Julio II escomulgó y quiso despojar de su ducado ↩

07

Capítulo III. De los principados mixtos

Empieza: «CAPITULO III»

CAPITULO III

Síguese, pues, que las dificultades mas grandes se encuentran en el principado nuevo, al cual podrá llamarse soberanía mista, cuando no es nuevo absolutamente, sinó como un miembro incorporado a otra soberanía. Estas mismas dificultades nacen de las variaciones que ocurren naturalmente en los principados nuevos; porque, si al principio los vasallos se prestan con gusto a mudar de señores, creyendo que el cambio es ganancioso, y, llevados de esta opinion, toman las armas contra aquel que los gobierna, suelen engañarse, y no tardar luego en reconocer que su situacion empeora cada día, siendo muchas vezes los males que esperimentan consecuencia necesaria de la mudanza. En efecto, todo príncipe nuevo se ve precisado a vejar mas o menos a sus nuevos súbditos, ya sea con la permanencia de las tropas que necesita mantener en el pais, ya con otra infinidad de incomodidades que acarrea siempre la nueva adquisicion [10]. Así es que este príncipe tiene por enemigos a todos aquellos que ha perjudicado con la ocupacion del señorío, y no puede conservar en su amistad a los que le han colocado en él; porque ni puede llenar las esperanzas que tenían concebidas, ni valerse abiertamente de medios violentos contra aquellos mismos a quienes debe estar reconocido; puesto que un príncipe aunque

tenga fuerzas, necesita del favor y benevolencia de los habitantes para entrar y mantenerse en el pais adquirido. Por esta razon Luis XII de Francia perdió el estado de Milan tan presto como lo ganó; y Luis Esforcia lo recuperó, la primera vez, solo con presentarse delante de las puertas de aquella ciudad: como que el pueblo, que se las había abierto al rey, desengañado bien pronto de la esperanza que tenía concebida de mejorar su suerte, se cansó al instante del príncipe nuevo.

Es cierto tambien que no se pierde con tanta facilidad un pais rebelde, después de haber sido reconquistado, porque el príncipe, a pretesto de la rebelión, no repara tanto en usar de aquellos medios que pueden asegurarle la conquista; y asi castiga a los culpables, atiende mas a contener los sospechosos, y se fortifica hasta en los lugares de menor peligro. Por esta razon, si la primera vez Luis Esforcia no necesitó mas que acercarse a las fronteras del Milanesado para quitárselo a los franceses, la segunda, para apoderarse del mismo estado, tuvo necesidad de juntarse con otros soberanos, y de destruir los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos que acabamos de indicar.

Resta ahora examinar las causas que motivaron la segunda desgracia del rey de Francia, y tratar de los medios que hubiera debido emplear aquel príncipe para no perder su nuevo estado; medios que son aplicables a cualquier otro príncipe que se hallare en circunstancias semejantes.

Supongo desde luego que un soberano quiere reunir a sus antiguos dominios otro estado nuevamente adquirido. Lo primero que se debe considerar es si este último confina con los otros, y se habla

en ambos la misma lengua o no. En el primer caso, es muy fácil conservarlo, sobre todo si los habitantes no están acostumbrados a vivir libres; porque entonces, para asegurar la posesion, basta haberse estinguido la línea de sus antiguos príncipes, y por lo demás, conservar sin alteracion sus usos y costumbres. De este modo se mantendrán tranquilos bajo el dominio de su nuevo señor, a no existir entre ellos y sus vecinos una antipatía nacional. Así hemos visto fundirse sucesivamente en la Francia, la Borgoña, la Bretaña, la Gascuña y la Normandía; porque, aunque hubiese alguna diferencia en la lengua de estos pueblos, podían conciliarse entre sí, siendo muy parecidos en sus usos y costumbres. El soberano que adquiere esta clase de estados necesita atender a dos cosas solamente, si quiere conservarlos: la primera es, como queda dicho, el que se haya estinguido la antigua dinastía; y la otra, que no altere sus leyes, ni aumente las contribuciones. De este modo se reunen y confunden insensiblemente los estados nuevos con el antiguo, y en poco tiempo no forman mas que uno solo.

Las mayores dificultades se encuentran cuando en el pais nuevamente adquirido, la lengua, las costumbres y las inclinaciones de los habitantes son diferentes de las de los súbditos antiguos: entonces, para conservarlo, se necesita tener tanta fortuna como habilidad y prudencia.

Uno de los arbitrios mas eficazes y preferibles con que el nuevo soberano hará mas durable y segura la posesion de semejantes estados, será fijar en ellos su residencia. De este medio se valió el Turco con respecto a la Grecia; pais que jamás hubiera podido mantener bajo su dominio, por mas precauciones que hubiera tomado, si no se hubiese decidido a vivir en él. Con efecto, cuando el soberano está presente, ve nacer los desórdenes, y los remedia al

instante; pero, estando ausente, muchas vezes no los conoce hasta que son tan grandes que ya no puede remediarlos. Además de esto, la nueva provincia se ve de esta suerte libre de los robos y vejaciones irritantes de los gobernadores, y en todo caso logra las ventajas de un pronto recurso a su señor, el cual tiene asi mas ocasiones de hacerse amar por los nuevos súbditos, si se propone obrar bien, o de hacerse temer, si quiere portarse mal. Agréguese que, cuando un estranjero quisiere invadir el nuevo estado, se hallaría detenido por la dificultad suma de quitárselo a un príncipe vijilante, que reside en él.

Será otro modo escelente enviar colonias de súbditos antiguos a una o dos plazas, que seran como la llave del pais conquistado: medida indispensable, a no mantener allí un número crecido de tropas. Estas colonias cuestan poco al príncipe, y solo serán gravosas a aquellos individuos particulares que le inspirasen rezelos, o que tratase de castigar, despojándoles de sus haciendas y dándoselas a otros moradores nuevos mas seguros. De este modo, como siempre es corto el número de los despojados, y estos en adelante no podrán causar daño por haber quedado pobres y dispersos, se logra mas facilmente que se mantengan sosegados todos los demás, como suelen estarlo por lo regular, no habiendo sufrido perjuicio alguno, y temiendo, si llegan a inquietarse, la suerte de los primeros. Concluyo, pues, que estas colonias son menos costosas y mas fieles al príncipe, sin necesidad de mas castigos, ni despojos que los que al principio hiciese, como hemos dicho. Y aquí debo advertir que es necesario ganar la voluntad de los hombres, o deshacerse de ellos porque, si se les causa ofensa lijera, podran luego vengarla; pero arruinándolos, aniquilándolos, quedan imposibilitados de tomar venganza. La seguridad del

príncipe exije que la persona agraviada quede reducida al estremo de no poder inspirar rezelos en lo sucesivo.

Pero si, en lugar de colonias, mantiene el soberano un número crecido de tropas en el nuevo estado, gastará infinitamente mas y consumirá todas las rentas del pais en su defensa; de suerte que la adquisicion le traerá mas pérdida que ganancia. Los daños que causa este último arbitrio son tanto mayores cuanto se estienden indistintamente a la universalidad de los habitantes, molestándoles con las marchas, alojamientos y tránsito continuo de los militares: incomodidad que alcanza a todos, y que, al cabo, hace a todos enemigos del príncipe; y enemigos peligrosos, porque, aunque estén sujetos y subyugados, permanecen en sus propios hogares. En fin, no hay razon que no persuada de que es tan útil este último sistema de defensa, como ventajoso el de las colonias que hemos propuesto.

Debe tambien el nuevo soberano de un estado distante, y diferente del suyo, constituirse en defensor y jefe de los príncipes vecinos mas endebles, estudiar como ha de debilitar al estado vecino que sea mas poderoso; impidiendo sobre todo que ponga allí los pies cualquier estranjero que tenga tanto poder como él; porque sucederá a las vezes que llamen a alguno los mismos descontentos, o por miedo, o por ambicion, como los de Etolia llamaron a la Grecia a los Romanos, y como siempre fueron llamados estos últimos por los habitantes del pais en todas las provincias donde entraron. La razon es muy sencilla, pues al estranjero recien venido se le reunen siempre los menos fuertes, por cierto motivo de envidia que les anima contra el más poderoso. De modo que, sin esfuerzo alguno, logra el invasor atraerlos a su partido.

El príncipe que se hallase en este caso, deberá atender unicamente a que sus nuevos amigos no tomen mucha fuerza, al paso que con sus tropas procurará debilitar y abatir a los fuertes y poderosos: de esta suerte conservará su independencia, y no tendrá partícipes en la soberanía, si llega a adquirirla. El que no sepa valerse de estos arbitrios, bien pronto perderá cuanto hubiere adquirido, y esperimentará innumerables dificultades y trabajos mientras lo conservare.

Con gran cuidado empleaban los Romanos en las provincias de que se hacían dueños, los medios que acabamos de apuntar: a ellas enviaron colonias; sin acrecentar sus fuerzas, sostuvieron a los príncipes menos poderosos; disminuyeron las de aquellos que podían infundirles temor, y nunca permitieron que un estranjero poderoso adquiriese en ellas la menor influencia. Tomando por ejemplo la provincia de Grecia, observamos desde luego como sostuvieron en ella a los pueblos de Etolia y de Acaya; debilitaron el poder de los Macedonios; lanzaron de allí a Antioco; por mas servicios que recibieran de los Aqueos y Etolios, jamás les permitían el menor aumento de dominacion; desatendieron constantemente todos los medios de persuasion que empleó Filipo, no queriendo admitir la amistad suya, sinó para debilitar su poder; y siempre temieron demasiado a Antioco, para consentirle que conservase señorío alguno en aquella provincia.

Hicieron, pues, los Romanos en esta ocasion lo que debe hacer todo príncipe prudente; el cual no solo acude al remedio de los males presentes, sinó que tambien precave los que están por venir. Cuando los males se preven anticipadamente, admiten remedio con facilidad; pero si se espera a qué esten encima para curarlos, no siempre se logra el remedio, haciendose a vezes incurable la

enfermedad. En los principios la tisis es facil de curar, y difícil de conocer; mas, si no se conoce, ni cura en su oríjen, con el tiempo viene a hacerse una enfermedad tan fácil de conocer, como difícil de curar. Este ejemplo, sacado de la medicina, puede aplicarse exactamente a los negocios de estado, porque, habiendo la debida prevision, talento que unicamente tienen los hombres hábiles, los males que pueden sobrevenir se remedian pronto; pero cuando; por no haberlos previsto al principio, llegan luego a tomar tanto incremento, que todo el mundo los advierte y conoce, ya no tienen remedio.

Por eso los Romanos que preveían los peligros antes que llegaran, se aplicaban a precaverlos con celeridad, sin dejarlos agravarse o empeorarse por evitar una guerra. Sabían muy bien que una guerra en amago, al fin no se evita, sinó que se dilata con gran ventaja siempre del enemigo. Ajustados a estos principios, decretaron prontamente la guerra contra Filipo y contra Antioco en Grecia, por no tener que defenderse de estos mismos soberanos en Italia. Es cierto que pudieron entonces no tenerla con ninguno de los dos; pero no quisieron tomar ese partido, ni seguir la máxima de ganar tiempo, que tanto recomiendan los sabios de nuestros dias. Usaron unicamente de su prudencia y de su valor, porque, con efecto, el tiempo todo lo arrastra, y puede traer tras de sí tanto el bien como el mal, y el mal como el bien.

Volvamos ahora a la Francia y examinemos si en algun modo siguió los principios que acabamos de esponer. No hablaré de Carlos VIII, sinó de Luis XII, que, por haber dominado mas largo tiempo en Italia, nos dejó vestijios mejor señalados para que podamos llevar mas adelante la observacion de su conducta en la que echaremos

luego de ver que hizo cabalmente lo contrario de lo que convenía para conservar un estado tan distinto del suyo.

Luis fué llamado a Italia por la ambicion de los Venecianos que intentaban servirse de él para apoderarse de la mitad de la Lombardía. No reprobaré yo esta entrada del rey en Italia, ni el partido que entonces tomó; porque a la sazon, no teniendo amigos en aquel país, y habiéndole cerrado todas las puertas la mala conducta de su antecesor Carlos, tal vez le sería indispensable aprovecharse de aquella alianza que se le presentaba, para volver a entrar en Italia como quería; y hubiera sido favorable el éxito de su empresa, si hubiese sabido conducirse despues. Con efecto, este monarca recobró al instante la Lombardia, y con ella el crédito que habia perdido Carlos. Génova se sometió, los Florentinos desearon y obtuvieron su amistad, y todos los demás estados pequeños se apresuraron a pedírsela y como el marqués de Mántua, el duque de Ferrara, los Bentivoglios (señores de Bolonia) la condesa de Forli, los señores de Faenza, Pésaro, Rímini, Camerino, Piombino, y los de Luca, Pisa y Sena.

Entonces los Venecianos llegaron a conocer su imprudencia y el partido temerario que habían abrazado; como que, por adquirir dos plazas en Lombardía, daban al rey de Francia el dominio de las dos terceras partes de Italia.

Y ¿cuan fácilmente hubiera podido el rey, conociendo y sabiendo seguir las reglas anteriormente indicadas, mantenerse poderoso en Italia, y conservar y defender a sus amigos? Estos, aunque numerosos y fuertes, temían a la Iglesia y a los Venecianos, y debían por su propio interés mantenerse unidos a él: Luis podía

tambien con sus socorros fortificarse fácilmente para rechazar a cualquiera otra potencia peligrosa.

Mas, apenas entró en Milan, siguió el sistema opuesto, dando socorro al papa Alejandro para invadir la Romanía. No conoció que, obrando así, se debilitaba a sí mismo; que se privaba de los amigos que se habian arrojado a sus brazos; y que engrandecía a la Iglesia añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un estado tan considerable. Cometida esta falta primera, tuvo luego necesidad de llevarla adelante hasta el punto de verse precisado a volver a Italia para poner límites a la ambicion del mismo Alejandro, e impedir qué se apoderarse de la Toscana.

No contento con haber aumentado el poder de la Iglesia, y despues de haber perdido sus aliados naturales con el deseo de enseñorearse del reino de Nápoles, hizo la locura de partirlo con el rey de España; y así, siendo él antes arbitro único de Italia, se creó en ella un rival, un concurrente, a quien pudiesen recurrir los descontentos y los ambiciosos; y pudiendo haber dejado en este reino un rey que hubiese sido tributario suyo, le echó de allí, para poner otro en su lugar con bastante poder para echarle a el mismo.

Es tan natural como comun el deseo de adquirir, y los hombres mas bien son alabados que reprendidos cuando pueden contentarlo; pero aquel que solo tiene deseos y carece de medios para adquirir, es un ignorante y digno de desprecio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas atacar al reino de Nápoles, debía hacerlo; pero, si no podía, a lo menos no lo debía dividir; pues, aunque el repartimiento de la Lombardía con los Venecianos merezca alguna escusa, porque estos le habian proporcionado el

medio de entrar en Italia, el repartimiento de Nápoles solo merece censura, porque no había motivo que lo aconsejara.

Cometió, pues, el rey Luis cinco faltas absurdas en Italia: aumentó la fuerza de una potencia grande, y destruyo las potencias pequeñas, llamó a un estranjeró muy poderoso; no vino a vivir en la Italia, ni hizo usó de las colonias. A pesar de estos errores, todavia hubiera podido sostenerse, a no haber prometido el sesto, que fue despojar a los Venecianos. Es verdad que, si no hubiera engrandecido el estado de la Iglesia, ni llamado a Italia a los Españoles, hubiera sido necesario debilitar los estados de Venecia; pero jamás debía consentir su ruina, habiendo tomado el primer partido. Manteniéndose los Venecianos poderosos, hubieran impedido que los otros soberanos formasen designios contra la Lombardía, ya porque no lo hubieran consentido, no pudiendo ellos mismos apoderarse de ella, ya porque no hubieran querido los otros quitársela a la Francia para dársela a aquellos, o que no fuesen tan audazes que vinieran a atacar a estas dos potencias.

Si se replica que el rey Luis cedió la Romanía a Alejandro VI y un trono a la España por evitar una guerra, responderé con lo que ya tengo dicho: que nunca debe dejarse empeorar un mal por evitar una guerra, pues al cabo no se evita, y solamente se dilata en daño propio. Si alegan otros la promesa que Luís había hecho al papa de concluir por él esta empresa, con la condicion de que quitaría todo el impedimento para su matrimonio [11] por medio de una dispensa, y que daría el capelo al arzobispo de Ruan [12]; mi respuesta se halla en un artículo inmediato, donde hablaré de la palabra del príncipe y de como debe guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía, por no haber observado ninguna precaución de aquellas que toman otros al apoderarse de una soberanía que se quiere conservar. Nada menos estraño que semejante suceso, y nada al contrario mas natural, mas regular y consiguiente. Del mismo modo me espliqué en Nantes con el cardenal de Amboise, cuando el duque de Valentino (así era llamado comunmente el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romanía. Diciéndome este cardenal que los Italianos hacían la guerra sin conocimiento, le respondí que los Franceses no entendían maldita la cosa de política, porque, entendiendo algo, jamás hubieran consentido que la Iglesia llegase a semejante estado de grandeza. Luego se ha visto palpablemente que el acrecentamiento de esta potencia y el de la España en Italia, se le debe a la Francia; y no proviene de otra causa la ruina de la misma Francia en Italia. De aquí se deduce una regla jeneral que nunca o rara vez falla, y es la siguiente: El príncipe que procura el engrandecimiento de otro labra su ruina, porque claro está que para ello ha de emplear sus propias fuerzas o su habilidad, y estos dos medios que ostenta, siembran celos y sospechas en el ánimo de aquel que por ellos ha llegado a ser mas poderoso.

NOTAS

10. Bien sabidos son los versos que Virjilio pone en boca de la reina Dido, confirmando esta verdad. Res dura el regni novitas me talia coguni Holiri, el late fines custode tueri. ↩

11. Con Ana de Bretaña. Nardi dice con esto motivo que el papa Alejandro VI y el rey Luis XII, se servían mutuamente de lo espiritual para adquirir lo temporal: Alejandro a fin de conseguir la Romanía para su hijo, y Luis para unir la Bretaña a su corona. Véase la historia de Florencia. (N del T.) ↩

12. Jorje de Amboise, que administró la Francia reinando Luis XII, por el poderoso influjo que tuvo en las determinaciones de este monarca. Habiéndose propuesto suceder en el pontificado al papa Alejandro VI, y queriéndo valerse para este fin del crédito de César Borgia, hijo del mismo papa, indujo al rey a que le diese a este último el ducado de Valentino con una pension considerable, y se mostró en todo muy solicito favorecedor de los designios de su Santidad. Alejandro se valió de él para conseguir que Luis le ayudase a arruinar enteramente la familia de los Orsinis, que no merecía ser maltratada por la Francia; pero el cardenal persuadió al rey que no llegaría, como deseaba a recobrar el reino de Nápoles, si no daba aquel gusto al papa. Los Orsinis fueron luego sacrificados a las miras de una política tan torpe como insidiosa, y no por eso logró las suyas el cardenal después de la muerte del papa Alejandro. (N. del T.) ↩

0 8

Capítulo IV. Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra sus sucesores

Empieza: «CAPITULO IV»

CAPITULO IV

Cuando se consideran las dificultades que se encuentran para conservar un estado recientemente conquistado causa jeneralmente admiracion ver que el imperio del Asia, del que se hizo dueño en pocos años Alejandro el Grande, habiendo muerto este tan pronto que apenas tuvo tiempo para tomar posesion de él, no padeció una revolucion completa. Se mantuvieron, no obstante, sus sucesores en aquel estado, sin esperimentar mas dificultad para conservarlo, que la que entre ellos mismos produjo su propia y particular ambicion.

Yo responderé a esto, que todos los principados de que se conserva alguna noticia por la historia, han sido gobernados de dos diferentes modos: o por un príncipe absoluto, ante el cual fueron esclavos todos los demás hombres, y a quienes se concediera, como ministros y por una gracia especial, la facultad de que le ayudasen a gobernar su reino; o por un príncipe y por los grandes de aquel mismo estado, no gobernando estos últimos por favor particular del primero, sinó solamente en virtud de un favor inherente a la

antigüedad de su familia, y teniendo tambien señoríos y vasallos particulares que les reconocieran por sus dueños, y les consagraran una devocion personal.

En los paises gobernados por un principe y por esclavos, tiene el príncipe infinitamente mucha mas autoridad; porque, con efecto, nadie reconoce en sus estados otro soberano mas que a él; y aun cuando obedezcan a otros individuos, lo hacen como a ministros u oficiales del primero, sin tenerles afecto particular. La Turquía y la Francia nos presentan en el dia ejemplos de estas dos especies de gobierno. Toda la monarquía turca se gobierna por un señor, en cuya presencia son esclavos todos los demás hombres: divide, pues, su reino en diferentes provincias, y a cada una envía administradores, mudándoles o quitándoles a su arbitrio; pero el rey de Francia se ve rodeado de una multitud de personas ilustres por la antigüedad de su familia, que tiene vasallos que la reconozcan y estimen como a su señora, y que disfruta en suma de varias prerogativas que el rey mismo no podría quitarles sin correr algun riesgo.

Si queremos examinar estas dos soberanías, verémos que se necesita vencer grandes dificultades para apoderarse de un reino gobernado como la Turquía; pero que tampoco hay cosa tan fácil como conservarlo, una vez conquistado. Ciertamente es dificultoso apoderarse de un estado semejante, porque cualquiera que lo intente, no podrá contar con que le llamen los grandes de aquel reino, ni aguardar a que se rebele, ni confiar en los socorros que lé prestarán los que estén al lado del príncipe; por la sencilla razon, que ya hemos dicho al tratar de la organizacion de tales estados. Como en efecto, todos son esclavos del príncipe y allegados suyos, es dificultoso corromperles; y aun cuando se les ganase, se

conseguiría poca ayuda, no pudiendo los mismos inclinar al pueblo a su partido por las razones que dejamos manifestadas. Y así cualquiera que acometa a los Turcos entienda que ha de encontrarles unidos, y mas bien ha de hacer la cuenta con sus propias fuerzas, que con la facilidad que le proporcionaría la division de ellos. Pero, una vez vencidos y derrotados sus ejércitos, en términos que no pudieran volver a reponerse, ya no habría que temer mas que a la familia del príncipe, estinguida la cual, no quedaría otra entre las demás del estado que tuviese crédito para con el pueblo; y del mismo modo que el vencedor nada podría esperar de ellas antes del combate, tampoco podría temer nada después de la victoria.

Todo lo contrario sucede en reinos gobernados como la Francia: en ellos se puede entrar fácilmente, una vez ganados algunos grandes, encontrándose siempre descontentos y personas que deseen una mudanza. Estos, pues, abrirán las puertas y facilitarán la conquista del estado; pero, queriendo luego conservarlo, se esperimentarán infinitas dificultades, tanto de parte de los conquistados, como de los que prestaron auxilio. No basta aquí estinguir la familia del príncipe, porque quedan despues los grandes del estado, que se hacen cabeza de partidos nuevos; y como ni es posible contentarles ni destruirles, fácilmente se pierde la conquista a la primera o mas mínima ocasion.

Ahora pues, considerando de qué naturaleza era el gobierno de Darío, le encontramos semejante al del Turco. Alejandro tuvo que acometerlo por todas partes hasta enseñorearse del territorio; pero, una vez vencido y muerto Dario, quedó el estado en poder del conquistador, sin que debiera temerse su pérdida por las razones que ya hemos apuntado. Con la misma tranquilidad lo hubieran

poseido sus sucesores habiendo estado unidos, porque efectivamente no se vieron mas alborotos en este imperio que los que ellos mismos suscitaron.

No se espere una posesion tan quieta de estados gobernados como la Francia. Los frecuentes levantamientos de la España, de las Galias y de la Grecia contra los Romanos provenian todos del gran número de reyezuelos que había en estos paises. Mientras subsistieron semejantes señores, fue para los Romanos instable y peligrosa la posesion de este territorio; pero, una vez destruidos, y borrada hasta la memoria de su poder, fijaron los Romanos su dominio valiéndose de sus propias fuerzas, a medida que los naturales fueron acostumbrándose a su imperio.

Cuando los Romanos batallaban unos contra otros en aquellas provincias, cada partido, segun la autoridad que hubiera ejercido en ellas, podía contar fácilmente con su ausilio, porque, acabada la familia delos señores territoriales, no reconocían las mismas otro dominio que el de los Romanos. Reflexionando, pues, sobre todas estas diferencias, nadie se admirará de la facilidad con que Alejandro conservó los estados del Asia que conquistó, ni de las dificultades que esperimentaron otros conquistadores, como Pirro, en conservar sus conquistas: lo que no debe atribuirse a la buena o mala conducta del vencedor, sinó a la diferencia de gobierno de los dominios conquistados.

09

Capítulo V. De qué modo hay que gobernar las ciudades o principados que vivían con sus propias leyes

Empieza: «CAPITULO V»

CAPITULO V

Tres medios tiene el conquistador para conservar los estados adquiridos en que concurren las circunstancias ya esplicadas, y que están acostumbrados a gobernarse por sus leyes particulares, bajo un gobierno liberal: el 1.° es destruirlos; el 2.° fijar su residencia en ellos; el 3.º dejarles sus leyes, exijirles un tributo y constituir un gobierno, compuesto de corto número de personas de confianza que mantengan en paz el país. Este gobierno, recien creado por el príncipe, sabe que no puede subsistir sin su poder y favor, y por consiguiente tiene interés en emplear esfuerzos de todas clases para mantenerse en la posesion del territorio. Se logra tambien mucho mas facilmente conservar una ciudad acostumbrada a gobernarse por sus propias leyes, destinando para su gobierno un corto número de sus propios ciudadanos, que por cualquier otro medio. Los Lacedemonios y los Romanos nos han dejado ejemplos de estos diferentes modos de contener a un estado.

Los primeros gobernaron a Atenas y a Tebas, estableciendo un gobierno compuesto de pocos: sin embargo, volvieron a perder estas dos ciudades.

Los Romanos para asegurarse de Capua, de Cartago y de Numancia, las destruyeron, y volvieron a perderlas.

Quisieron, por el contrario, poseer la Grecia, como la habían poseído los Espartanos, concediéndole su libertad y dejándole sus leyes; pero nada adelantaron por este medio, y al cabo se vieron en la precision de destruir muchas ciudades de aquella provincia para sujetarla; como que no hay ciertamente otro arbitrio mas seguro.

Cualquiera, pues, que llegue a hacerse dueño de una ciudad acostumbrada a gozar de su libertad, y no la destruya, debe temer que será destruido por ella. Le servirá de bandera en todas sus revoluciones el recuerdo de sus antiguos fueros y el grito de la libertad, que no se borra con el trascurso del tiempo ni por recientes beneficios: de manera que, por mas precauciones que se tomen, no dividiendo o dispersando a los habitantes, nunca se desarraigará de su corazon, ni soltará su memoria el nombre de libertad, y la inclinacion a sus antiguas instituciones; estando por lo mismo prontos todos a reunirse para recobrarla con la mas lijera ocasion. Buen ejemplo de esto nos presenta Pisa, después de haber vivido tantos años bajo el yugo de los Florentinos.

Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir sujetas a un príncipe, cuya dinastía se halla estinguido, como ya se hallan acostumbradas a la obediencia, y por otra parte privadas de su soberano lejítimo, no son capaces de avenirse para elejir otro nuevo, ni tienen disposicion para llegar a proclamarse libres; siendo, por consiguiente, mas lentas y remisas en tomar las

armas, y presentando al príncipe nuevo mas medios de granjearse su amor, al paso que afianza la posesion del territorio.

En las repúblicas es, por el contrario, mas fuerte y activo el aborrecimiento, y mas vivo el deseo de venganza; y la memoria de su libertad antigua no les deja ni puede dejar un solo momento tranquilo, de suerte que los medios mas seguros de conservarlas son, o destruirlas, o fijar en ellas su residencia.

10

Capítulo VI. De los principados nuevos que se adquieren con las armas propias y el talento personal

Empieza: «CAPITULO VI»

CAPITULO VI

No se estrañe que en la relacion que voy a hacer de los principados nuevos, del príncipe y del estado, me valga solamente de los ejemplos que ofrecen las personas mas célebres. Casi siempre caminan los hombres por sendas trilladas antes por otros, y casi no obran por sí sinó por imitacion; pero como esta no puede ser exacta en un todo, ni suele ser posible llegar a la altura de aquellos que se toman por modelos, el hombre sabio debe únicamente seguir los caminos que abrieron otros, tenidos por superiores, e imitar bien a los que han sobresalido, a fin de que, si no se consigue igualarles, se le acerque a lo menos en alguna cosa. Cada uno, pues, deberá portarse como el ballestero prudente, que, cuando advierte que el blanco a que dirije sus tiros, se halla demasiado distante, considera la fuerza de su arco y apunta mas alto que el blanco, con el objeto de llegar siquiera a tocarlo.

Paso ahora a decir que las dificultades mayores o menores que se esperimentan para mantenerse en un principado absolutamente nuevo, dependen mucho de las prendas personales del que lo ha

adquirido; así como llegar a ser príncipe desde simple particular, supone antes, o mucha fortuna, o gran talento, y con uno de estos dos medios debe allanarse la mayor parte de las dificultades. Sin embargo, se ha visto tambien sostenerse mejor aquel que ha contado menos con su fortuna; y tampoco hay duda de que proporciona ventajas al principe que no tenía otros estados el venir a domiciliarse en aquel de que se ha hecho Soberano.

Si hemos de hablar de los que llegaron a ser príncipes por su valor o por su talento, deben citarse en primer lugar Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo, etc.; pues, aunque parece al pronto que no debería hacerse mencion de Moisés, porque no fué mas que el ejecutor de las órdenes del cielo, merece, no obstante, nuestra admiracion, por haber sido escojido por Dios para manifestar su voluntad a los hombres.

Si examinamos con atencion la conducta de Ciro y de otros que adquirieron o fundaron reinos, la hallaremos digna de todo elojio; y se advertirá tambien que la direccion que siguió cada uno de ellos, no era diferente de la de Moises, aunque este tuvo tan grande maestro. Su vida y sus acciones probarán tambien que toda su fortuna consistió en presentárseles una ocasion favorable para introducir la forma de gobierno que parecía mas convenjente a sus nuevos estados, y en haberse sabido aprovechar de ella. Hubieran sido inútiles su valor y talento, si no se les hubiese presentado la ocasion de emplearlos, o si la hubieran malogrado por falta de las prendas personales correspondientes.

Era muy necesario, pues, que Moises encontrara a los israelitas esclavos en Ejipto, y aun oprimidos por los naturales de aquel país, para disponerlos a que le siguieran, por salir de esclavitud. Era

necesario tambien que no encontrara Rómulo quien le criara en Alba, y que fuese abandonado desde su nacimiento, para que pudiese llegar a ser rey de Roma, fundando esta ciudad, que hizo patria suya. Ciro debió encontrar a los Persas mal contentos con el imperio de los Medos, y a los Medos afeminados por una larga paz. Ultimamente, Teseo no hubiera podido dar muestras de su valor a no haber hallado dispersos a los Atenienses. Estas ocasiones son las que proporcionaron a aquellos hombres ilustres el buen éxito de sus empresas, y de las que supo su talento aprovecharse para que hicieran célebre su patria y la engrandecieran.

Los que llegan al rango eminente de príncipes por medios semejantes a los de estos héroes, adquieren la soberanía superando arduas dificultades; pero la conservan tambien sin trabajo. Las dificultades que esperimentan, nacen en parte de las mudanzas que necesitan introducir para establecer su gobierno, y afianzar la seguridad de su dominio; como que nada es mas difícil, ni de éxito tan dudoso y arriesgado en la práctica como la introduccion de leyes nuevas. Aquel que la emprende tiene por enemigos a cuantos se hallaban bien con las leyes antiguas, y no puede contar sinó con aquellos a quienes las nuevas serían ventajosas: defensores débiles, cuya tibieza nace en parte del miedo de sus contrarios, a quienes asiste el poderoso influjo del antiguo órden de cosas, y en parte de la incredulidad de los hombres, que naturalmente desconfían de toda mudanza, mientras no la ha confirmado una larga esperiencia. De aquí se sigue que siempre que los enemigos del nuevo órden tienen ocasion de oponerse a él, forman partido, y los otros defienden el suyo con flojedad; de suerte que el príncipe se espone a tantos riesgos por la calidad de sus enemigos, como por la de sus defensores.

Para apurar esta cuestion conviene examinar si estos innovadores pueden intentar las mudanzas por sí mismos, o si dependen de otro: quiero decir si, para llevar adelante sus proyectos, tienen que emplear el medio de la persuacion o tienen sin ella la fuerza necesaria para forzar su voluntad. En el primer caso jamás salen con su intento; pero, siendo temibles e independientes, rara vez dejarán de conseguirlo.

De aquí proviene que triunfaran todos los profetas armados, al paso que decayesen los inermes: la causa de esto no solo se esplica por las razones indicadas, sinó que dimana del carácter voluble de los pueblos, tan pronto a decidirse por una opinion nueva, como flojos para mantenerse en ella; de forma que es necesario tomar disposiciones para forzar al pueblo a que crea desde el momento en que principia a no creer. Moises, Ciro, Teseo y Rómulo, estando desarmados, no hubieran podido conseguir que durase mucho tiempo la observancia de sus constituciones: como le ha sucedido cabalmente en nuestros dias al reverendísimo Jerónimo Savenarola, que vió caer por tierra sus proyectos, al momento en que, perdiendo la confianza de la multitud, le faltaron medios para obligarla a mantenérsela, y para inspirársela a los mas incrédulos. Grandes obstáculos, en verdad, y frecuentes peligros esperimentaron los primeros, necesitando para superarlos mucho talento y mucho valor; mas, una vez allanadas estas dificultades, se principia a adquirir cierta veneracion, cae desalentada la envidia, y el poder y la honra se arraigan y fortalezen.

Después de presentados los ejemplos que ofrece la historia de personas tan ilustres, me ceñiré a citar otro, en la realidad menor, pero que tiene analojía con los precedentes, y es el del siracusano Hierón. De simple particular llego a ser principe de Siracusa, y no

debió su fortuna sinó a haber sabido aprovecharse de una ocasion. En efecto, hallándose muy apretados los Siracusanos, le tomaron por capitan, y mereció luego ser su príncipe, por haber sido tal su conducta privada, que cuantos han escrito de el, dicen que no le faltaba mas que un reino para reinar dignamente. Reformó la milicia antigua, y organizó otra enteramente nueva; rompió las alianzas antiguas, contrayendo otras mas convenientes; y como podía contar con sus amigos y con sus soldados, le fué facil sentar sobre semejantes cimientos su fortuna; de manera que, habiéndole costado mucho trabajo adquirir, pudo costarle muy poco la conservacion de lo adquirido.

11

Capítulo VII. De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros

Empieza: «CAPITULO VII»

CAPITULO VII

Poco trabajo cuesta conseguir un principado a aquellos que de simples particulares son levantados a él por especial favor de la fortuna, y sin presentár el menor obstáculo; pero, si han de conservarle después de alzanzado, tendrán que vencer muchas y grandes contrariedades. En este caso se hallan los que adquieren un estado, o por medio de dinero, o por gracia de aquel que se les concede, como sucedió a las personas que constituyó Dario por soberanos en ciudades griegas de la Jonia y del Helesponto, atendiendo a su propia gloria y mayor seguridad; y como lo fueron en Roma los simples militares que se elevaban al imperio sobornando a los soldados. Todos estos se sostienen únicamente por la fortuna y por la voluntad del que los ensalza: dos fundamentos tan mudables como poco seguros; además que ni ellos saben, ni pueden mantenerse en semejante dignidad. No saben, porque cualquiera que ha vivido como particular, ignora por lo comun el arte de mandar, a no ser hombre de muy señalado talento o de un espíritu muy superior: tampoco pueden mantenerse

en aquel rango, porque carecen de tropas con cuyo afecto y fidelidad puedan contar. Por otra parte, los estados que se forman tan repentinamente, a semejanza de todo cuanto en la naturaieza nace y crece con igual prontitud, no arraigan ni se consolidan de manera que puedan resistir el embate del primer viento contrario, o de la primera tempestad que sobrevenga; a menos que, como ya hemos dicho, no se hallen bien adornados de grandes prendas y de una fuerza de injenio sobresaliente para valerse de los medios propios de conservar lo que les ha concedido la fortuna; y que después de ser príncipes, busquen y encuentren aquellos apoyos que los otros procuran adquirir antes de llegar a serlo.

Sobre estos dos modos de ascender a la soberanía, o por un efecto de la fortuna, o por el talento, quiero proponer dos ejemplos de nuestros dias, a saber, el de Francisco Esforcia y el de Cesar Borja.

El primero, por medios lejítimos y por su grande habilidad, llegó a ser duque de Milan, y conservó sin mucho trabajo lo que tanto le había costado adquirir.

Cesar Borja, llamado comunmente el duque de Valentino, logró una soberanía por fortuna de su padre, y la perdió luego que le faltó este; aunque empleó todos los medios de que puede valerse un hombre hábil y prudente para conservarla, y no omitió nada de lo que deben hacer aquellos que adquieren estados nuevos por las armas o la fortuna de otro, tratando de mantenerse en la posesion.

Posible es, sin duda, al hombre de superior mérito, que aun no ha sentado los cimientos de su poder, fijarlos despues de haberlo adquirido; pero esto no se hace sinó a costa de mucho trabajo por parte del arquitecto y de grandes peligros por la del edificio. Si se quiere examinar la carrera y progresos de la fortuna del duque de

Valentino, se verá lo que tenía hecho para cimentar su poder futuro; y este exámen no será superfluo, porque no acertaría yo a proponer a un príncipe nuevo otro modelo mas digno de ser imitado que el mismo duque. Si este, pues, a pesar de todas las medidas que tenía tomadas no consiguió su intento, mas fué por un efecto de su mala suerte, constante en serle contraria, que por culpa suya.

Cuando Alejandro VI quiso dar a su hijo una soberanía en Italia, debió luego esperimentar grandes obstáculos, y prever que serían mayores en lo sucesivo. No encontraba al pronto medio alguno de hacerle soberano de un estado que no perteneciese a la Iglesia, y sabía tambien que cualquiera de ellos que determina desmembrar, no lo consentirian el duque de Milan ni los Venecianos; como que Faenza y Rimini, en que fijó al principio la atencion, estaban ya bajo la proteccion de Venecia. Veia además que las armas de Italia, y especialmente aquellas de que hubiera podido servirse, se hallaban en manos de los Orsinis, los Colonnas y sus partidarios, con quienes no podía contar, porque temian el engrandecimiento del papa.

Era indispensable, pues, destruir este órden de cosas y trastornar los estados de la Italia para apoderarse de la soberanía de una parte; lo que no fué difícil. Los Venecianos habían resuelto por otros motivos llamar a los Franceses a Italia; proyecto a que no se opuso el papa, antes bien lo favoreció, prestándose a anular el primer matrimonio de Luis XII. Entra, pues, este rey en Italia, ayudado por los Venecianos y con el consentimiento de Alejandro; pero, apenas había llegado a Milan, consiguió el papa que le diese tropas para apoderarse de la Romania, y así se hizo dueño de ella a favor de la reputacion de las armas del rey su aliado.

Habiendo el duque adquirido por este medio la Romanía y abatido a los Colonnas, quería a un tiempo conservar su principado y aumentarlo; pero no tenía confianza en las tropas de los Orsinis de que se había servido, ni estaba muy seguro de la voluntad de la Francia; por lo que temía que las fuerzas le faltasen al mejor tiempo, y que no solo le estorbaran para llevar adelante sus proyectos de engrandecimiento, sinó que le quitasen tambien lo que tenía conquistado.

Los mismos recelos le inspiraba la Francia que los Orsinis: estos le dieron una prueba del poco caudal que debía hacer de ellos, cuando, despues de la toma de Faenza, atacó a Bolonia, y vió que se portaron con flojedad; y en cuanto a la primera, pudo juzgar de sus intenciones el duque, cuando, ya tomado el ducado de Urbino, hizo una invasion en Toscana, de la que el rey le obligó a desistir. Puesto en esta situacion, resolvió el duque que no obraría en adelante con dependencia de la fortuna o de las armas de otro.

Comenzó su empresa debilitando el partido de los Orsinis y de los Colonnas en Roma, y atrayendo al suyo todos los nobles unidos a estas dos casas, cuya voluntad iba ganando, ya con dinero, ya con la provision de gobiernos y empleos, segun la clase de cada uno; de forma que en pocos meses se les entibió la devocion que tenían a los primeros, y se la consagraron enteramente al duque. Ya que con mucha facilidad y destreza había dispersado a los Colonnas y atraídolos a sí, aguardó ocasion oportuna para perder a los Orsinis. Mas, conociendo estos, aunque algo tarde, que el poder del duque y el de la Iglesia producirían su ruina, celebraron una dieta en Majiona del Perusino, de la cual resultaron luego la rebelion de Urbino, los alborotos de la Romania y peligros innumerables que corrió la persona del duque, y de que se libró con el ausilio de los

Franceses. Con todo eso no quiso volverse a fiar de ella ni de ninguna otra fuerza estranjera, luego que pudo dar cierta consistencia a sus negocios: a fin de no arriesgar nada en adelante, empleó únicamente la astucia; y de tal manera supo disimular sus intenciones, que los Orsinis llegaron a reconciliarse con él por la mediacion del señor Paolo. No hubo obsequio que no prodigara para ganarlos; les regalaba vestidos ricos, dinero, caballos, y ellos fueron tan simples que se dejaron engañar hasta venir a caer en sus manos en Sinigaglia. Quedando, pues, esterminados los jefes de esta familia, y luego reducidos a buena amistad sus mismos partidarios, el duque fijó su poder sobre cimientos mas sólidos, porque, no solo poseía ya toda la Romania y el ducado de Urbino, sinó que de tal modo se había ganado el afecto de los pueblos de estos dos estados, y especialmente el del primero, que se hallaban muy contentos con su gobierno. Es muy digna de atencion esta última circunstancia; y mereciendo por ella el duque ser imitado, no quiero pasarla en silencio.

Luego que se apoderó de la Romania, vió que habia estado manejada por una infinidad de principillos, que se habian empleado en robar a sus súbditos mas bien que en gobernarlos; y que, no teniendo fuerzas para protegerlos, mas bien habian contribuido a perturbarlos, que a mantenerlos en paz. Hallábase así aquel país infestado de salteadores, despedazado por facciones y entregado a todo jénero de desórdenes y escesos. Conoció al instante que era necesario un gobierno vigoroso para restablecer la tranquilidad y el órden, y para someter los habitantes a la autoridad del príncipe. Puso para esto por gobernador a Ramiro de Orco, hombre cruel, pero activo, concediéndole facultades ilimitadas. Apaciguó Ramiro en poco tiempo los alborotos, concilió

todos los partidos, y se granjeó la reputacion de pacificador del pais. Sin embargo, muy pronto reconoció el duque que ya no era necesario emplear tanto rigor, y que convenia mas templar una autoridad tan exhorbitante que hubiera llegado a ser odiosa [13]. A este fin estableció un tribunal civil en el centro de la provincia, presidido por un hombre estimado generalmente, y dispuso que cada ciudad enviase allá su procurador o abogado. Conocia bien que las crueldades de Ramiro le habian acarreado algun aborrecimiento; y para purificarse de todo cargo ante los ojos del pueblo, ganando su amor, determinó manifestar que no debían imputársele las crueldades cometidas, sinó atribuirse todas al feroz carácter de su ministro [14]. En seguida se aprovechó de la primera ocasion favorable que tuvo, y una mañana mandó hender de arriba abajo a Ramiro, y que se pusiera su cuerpo sobre un palo, en medio de la plaza de Cesana, con un cuchillo ensangrentado junto a él. El horror de semejante espectáculo dejó contentos los ánimos enconados, al paso que los llenó de espanto y de un frio estupor.

Pero volvamos a nuestro asunto. Encontrábase ya el duque muy poderoso y en gran parte exento del temor de sus enemigos, habiendo empleado contra ellos las armas que le parecieron mas convenientes, y destruido los vecinos poderosos que podian ofenderle. Faltábale únicamente, para asegurar la posesion de sus conquistas y poder aumentarlas, ponerse en estado de no temer al rey de Francia; pues sabia muy bien que este príncipe sufriría su engrandecimiento, habiendo reconocido, aunque tarde, el yerro que habia cometido. Con este fin procuró formar nuevas alianzas, al tiempo que se dirijian los franceses a Nápoles contra los españoles, que sitiaban a Gaeta. Era su intento fortificarse contra

aquellos, como sin duda lo hubiera logrado si aun hubiese vivido Alejandro VI.

Tal fue su conducta en la provision de los negocios presentes; pero aun debia temer otros muchos peligros para lo venidero, como era el que le fuese contrario el papa nuevo y procurara quitarle lo que le había dado Alejandro su padre. Trató, pues, de ponerse a cubierto de semejantes peligros, y para esto en primer lugar acabó con el linaje de todos los señores a quienes había despojado de sus dominios, quitando así al papa futuro un pretesto y los auxilios que aquellos hubieran podido suministrarle, para que le despojase a él mismo. En segundo lugar, procuró granjearse la aficion de todos los nobles de Roma, a fin de valerse de ellos para contener al papa en su misma capital. En tercer lugar introdujo en el sacro colejio a cuantas hechuras suyas pudo; y por último adquirió tantos estados, tanta soberanía y poder, antes que muriese su padre, que se hallaba ya fuerte y prevenido para resistir el primer asalto que se le diera.

Al tiempo de la muerte de Alejandro, habia ya el duque empleado con buen éxito tres de estos cuatro medios, y lo tenia todo dispuesto para valerse igualmente del último. Habia quitado la vida a la mayor parte de los señores que dejaba despojados, libertándose muy pocos de sus manos; tenia ganada la voluntad de los nobles de Roma, y grande partido en el colejio de los cardenales; y en cuanto a sus adquisiciones, pensaba hacerse dueño de la Toscana, estando ya en posesion de Perusa y Piombino, y faltándole únicamente la formalidad de tomar la de Pisa, que se habia puesto bajo su proteccion. Tampoco tenia ya que contemplar a los franceses; pues habian sido lanzados del reino de Nápoles por los españoles, y cada uno de estos dos pueblos tenia que solicitar su amistad. Echándose sobre Pisa, Luca y Sena, no podian menos de

ceder muy pronto, en parte por ódio de los Florentines, y en parte por miedo; y los Florentines no podian defenderse, estando faltos de fuerzas. Si todos estos proyectos hubieran podido estar ejecutados al fallecimiento de Alejandro, no hay duda que el duque hubiera tenido bastante fuerza y consideracion para sostenerse por sí mismo, e independientemente de la fortuna y del poder de otro.

Cinco años despues que el duque habia desenvainado la espada, murió Alejandro dejándole únicamente bien consolidado en el estado de la Romania, y todas sus demas conquistas en el aire entre dos potencias armadas. Hallábase tambien Borja a la sazon atacado de una enfermedad mortal; y con todo era tanta su habilidad, tan distinguido su valor, y sabia tan bien que hombres debia destruir y cuales atraer a su amistad; en fin, supo en tan poco tiempo asentar su poder sobre cimientos tan sólidos, que, a no haber tenido delante dos ejércitos enemigos, o si hubiese estado bueno, no hay duda que hubiera vencido todas las demas dificultades. La prueba de que sus principios eran muy seguros está en que por mas de un mes se le mantuvo fiel y tranquila la Romania; y en que, aun estando medio muerto, nada tuvo que temer de parte de Roma, ni se atrevieron a perseguirle los Baglioni, los Vitelli y los Orsini, sin embargo de que se trasladaron a la misma ciudad. Consiguió, a lo menos, que, ya que no fuese electo papa el cardenal que él quería, tampoco lo fuese aquel que de ningun modo le acomodaba: en fin, todo le hubiera sido muy fácil, no habiéndose hallado enfermo al tiempo que murió Alejandro. Díjome el dia mismo que fué electo pontífice Julio II, que había reflexionado mucho en todo lo que podría ocurrir a la muerte de su padre, buscando algun remedio acomodado a cada incidente; pero que nunca le habia ocurrido que

él propio podría hallarse en peligro de perder la vida cuando su padre muriese.

Resumiendo todas las acciones del duque, no encuentro falta alguna que imputarle, y me parece que puedo, como lo he hecho, proponerle por modelo a todos aquellos que, por la fortuna o por las armas de otro, hayan ascendido a la soberanía con miras grandes y proyectos todavía mayores. Su conducta no podia ser mejor; y el único tropiezo que encontraron sus designios fue la muerte demasiado temprana de Alejandro, y la enfermedad que a la sazon él mismo padecía.

A cualquiera, pues, que juzgue serle necesario en un señorío nuevo asegurarse de la fe de sus enemigos, adquirir partidarios, vencer o por la fuerza, o por la astucia, hacerse amar y temer de los pueblos, hacerse seguir y respetar por el soldado, destruir a todos los que pudieren o debieren causarle daño, sustituir leyes nuevas a las antiguas, ser a un tiempo severo y benigno, magnánimo y liberal, deshacerse de una milicia en que no pudiera tener confianza y formar otra nueva, conservar la amistad de los príncipes y de los reyes, de modo que deseen hacerle bien y teman tenerle por contrario; de todo esto, digo, no puede ofrecerse un ejemplo mas reciente ni mas acabado que el que presenta Cesar Borja, a lo menos hasta la muerte de su padre.

Solamente es reprensible este duque en cuanto a la eleccion de Julio II para el pontificado. Verdad es, como ya hemos dicho, que no pudo hacer que recayese el nombramiento en la persona que quisiera; pero a lo menos pudo lograr y debió querer que se escluyese a la que no le convenia, pues por ningun título debió consentir la exaltacion de cualquiera de aquellos cardenales a

quienes tenia ofendidos, y que, llegando a ser pontífices, todavía podrían temerle, porque los hombres nos ofenden, o por ódio o por miedo. Los cardenales a quienes el duque debía temer por haberles ofendido, eran entre otros el de san Pedro Advíncula, el de Colonna, san Jorge y Ascanio. Todos los demas que pudieran haber sido electos, tenian motivos tambien para temerle, escepto el cardenal de Amboise, harto poderoso por la proteccion de la Francia y los españoles, que se hallaban unidos a él por relaciones de parentesco y de mutuos servicios.

Debió el duque desde luego haber procurado que se nombrase un español; y habiéndolo conseguido, le era mas conveniente haberse prestado a favorecer el nombramiento del arzobispo de Ruan, que del cardenal de san Pedro Advíncula; pues es un error creer que se olvidan las ofensas antiguas por los beneficios recientes entre las personas de primer órden. No hay duda que en esta eleccion cometió el duque una falta gravísima, que ocasionó despues su propia ruina.

NOTAS

13. Moderen, pues, su ambicion los ministros de los tiranos, teniendo presente aquella máxima de Tácito: Levi post admissum seelus gratiá, dein graviús ódio. «Concédeles el príncipe un favor pasajero, cuando le sirven para un crimen; pero con ánimo de dejarles luego abandonados a los efectos de un odio profundísimo.» (Ann. 14). ↩

14. No ígnoraba Borja lo que previene Tácito a los príncipes nuevos y viejos: Nec unquan salifida potentia, ubi nimia est. «No esté nunca seguro de mantenerse el poder que toque en los estremos.» ↩

12

Capítulo VIII. De los que llegaron al principado mediante crímenes

Empieza: «CAPITULO VIII»

CAPITULO VIII

Paréceme conveniente ahora hablar de otros dos modos que hay de adquirir la soberanía, independientes en parte de la fortuna y del mérito, sin embargo de que el exámen de uno de ellos ocuparia un lugar mas propio en el artículo de las repúblicas. El primero consiste en ascender a la soberanía por medio de alguna gran maldad; y el segundo se efectua cuando un simple particular es elevado a la dignidad de príncipe de su patria por el voto jeneral de sus conciudadanos. Dos ejemplos del primer caso voy a citar, el uno antiguo y el otro moderno, los cuales sin mas aprecio ni exámen, podrán servir de modelo a cualquiera que se halle en la necesidad de imitarlos. El siciliano Agatocles, que de simple particular de la mas ínfima estraccion subió al trono de Siracusa, y siendo hijo de un alfarero fue dejando señales de sus delitos en todos los pasos de su fortuna; se portó, no obstante, con tanta habilidad, con tanto valor y enerjía de alma, que, siguiendo la carrera de las armas, pasó por todos los grados inferiores de la milicia y llegó hasta la dignidad de pretor de Siracusa. Luego que subió a un puesto tan elevado, quiso conservarlo, desde allí alzarse con la soberanía, y retener por la fuerza y con absoluta

independencia la autoridad que voluntariamente se le habia concedido. Para este fin Agatocles, estando antes de intelijencia y concierto con Amilcar, que mandaba a la sazon el ejército de los cartajineses en Sicilia, juntó una mañana al pueblo y senado de Siracusa, con el pretesto de conferenciar sobre los negocios públicos; y a una cierta señal, hizo a sus soldados degollar a todos los senadores y a los mas ricos del pueblo: muertos los cuales se apoderó sin trabajo de la soberanía, y la disfrutó sin la menor oposicion de parte de los ciudadanos. Derrotado luego dos vezes por los cartajineses, y sitiado finalmente por los mismos en Siracusa, no tan solo se defendió allí, sinó que, dejando en la ciudad una parte de sus tropas, pasó al África con las otras; y de tal modo apretó a los cartajineses, que se vieron muy pronto obligados a levantar el sitio, y en tanto apuro que hubieron de contentarse con el África, abandonandole definitivamente la Sicilia.

Si se examina la conducta de Agatocles, muy poco o nada se encontrará que pueda atribuirse á la fortuna; porque ni llegó a la soberanía por favor de nadie, sinó pasando sucesivamente, como ya he dicho, por todos los grados militares, a costa de mil contratiempos, ni se sostuvo en ella sinó en fuerza de una multitud de acciones tan peligrosas como esforzadas. Tampoco podria decirse que fuera virtuoso un hombre que degolló a sus conciudadanos, que se deshizo de sus amigos, que no guardó fe, ni tuvo piedad ni relijion; medios todos que acaso podrán conducir a la soberanía, pero de ningun modo a la gloria.

Mas, si por otra parte consideramos la intrepidez de Agatocles en arrostrar los peligros, y su habilidad para salvarse de ellos, la firmeza y robustez de su ánimo para sufrir o superar la adversidad, no se encuentra razon para que se le escluya del número de los

capitanes mas célebres; sin embargo de que su inhumanidad, su crueldad feroz y los delitos innumerables que cometió tampoco permitan que se le cuente entre los hombres grandes. Lo cierto es que no pudiera atribuirse a su virtud ni a su fortuna todo lo que llegó a conseguir sin ellas.

Oliveroto de Fermo, en nuestro tiempo, y viviendo todavía el papa Alejandro VI, se quedó en la niñez huérfano de padre y madre: criole su tio materno Juan Fogliani, quien le encomendó a Pablo Vitelli para que le enseñara el arte de la guerra y le hiciera llegar a un grado distinguido. Despues de muerto Pablo, sirvió bajo el mando de su hermano Vitellozo, y por su habilidad y valor fue en muy poco tiempo el primer capitan de aquel ejército. Sonrojándose luego de servir y de hallarse confundido con el vulgo de los oficiales, pensó en apoderarse de Fermo, su patria, con el auxilio de Vitellozo y de otros ciudadanos que malamente preferian la esclavitud a la libertad de aquel pais. Escribió, pues, a Juan Fogliani diciéndole que, por haber estado largo tiempo ausente de su casa, queria pasar a visitarle y a ver al mismo tiempo su pais, que en cierto modo podia reconocer como patrimonio suyo; que, habiendo trabajado tanto por granjearse alguna reputacion, deseaba tambien que sus conciudadanos se convenciesen por sí mismos de que no habia malgastado el tiempo, y por consiguiente queria presentarse a ellos con cierta brillantez, acompañado de cien jinetes, amigos suyos, y de algunos servidores; que para hacer mas suntuoso su recibimiento, le suplicaba que indujese a los principales habitantes de Fermo a que le saliesen al encuentro, cuyo acto no solo le serviría a él de placer, sinó que cedería igualmente en honra de su tio que habia cuidado tanto de darle educacion.

Desempeñó exactamente Juan Fogliani los encargos de su sobrino, disponiendo que los habitantes de Fermo le recibieran con la mayor distincion, y hospedándole en su casa. Empleó allí un dia Oliveroto en preparar lo que necesitaba para el exito favorable de sus culpables designios, y con este fin dispuso un magnífico banquete, al cual convidó a Juan Fogliani y a las personas principales de la ciudad. Despues de la comida y entre la alegría que acompaña siempre a semejantes funciones, suscitó de intento Oliveroto la conversacion sobre un asunto serio: habló del poder del papa Alejandro y de su hijo Borja y sus empresas. Juan y los demas iban diciendo por turno su parecer, cuando, levantándose de repente Oliveroto, dijo que de aquella materia debía hablarse en sitio mas secreto, para lo cual pasó a otra sala seguido de su tío y de los demás convidados. Apenas se sentaron, unos soldados que estaban ocultos, salieron y mataron a Juan y a todos los demas. Oliveroto monta luego a caballo, recorre toda la ciudad, sitia el palacio del majistrado supremo, oblígale a obedecer y a que establezca un gobierno, del que se le declara príncipe, dá muerte a todos los descontentos que le hubieran podido incomodar, instituye nuevas leyes civiles y militares, y llega de tal modo a consolidar su poder en el discurso de un año, que, no solamente se mantenía con seguridad en Fermo, sinó que vino a ser temido de todos sus vecinos. Hubiera sido por tanto tan dificultosa su espulsion como la de Agatocles, a no haberse dejado engañar por el duque de Valentino, que, como ya hemos dicho, le enredó en Sinigaglia con los Orsini y los Vitelli, un año despues que cometió su parricidio y fué allí degollado con Vitellozo, su maestro en el arte de la guerra y en el de la perversidad.

Causará sin duda admiracion como Agatocles y otros semejantes a él pudieron vivir en paz largo tiempo en su patria, teniendo que defenderse de enemigos esteriores, y sin que ninguno de sus conciudadanos conspirase contra su vida, cuando otros príncipes nuevos no han podido nunca mantenerse por razon de sus crueldades durante la paz, y todavía menos en tiempo de guerra. Yo creo que esto provenga del uso bueno o malo que se hace de la crueldad. Se la puede llamar bien empleada (si es permitido dar el nombre de bueno a lo que es malo en sí mismo), cuando se ejerce una sola vez dictándolo la necesidad de consolidar el poder, y cuando únicamente por utilidad del pueblo se recurre a un medio violento. Crueldades mal empleadas son aquellas que, aunque poco considerables al principio, van luego creciendo en lugar de acabarse. Los que ejercieren la crueldad de la primera especie, podrán esperar que al cabo Dios y los hombres les perdonen, y tal fué la de Agatocles; pero aquel que la use o emplee de otro modo, cierto es que no podrá sostenerse.

13

Capítulo IX. Del principado civil

Empieza: «CAPITULO IX.»

CAPITULO IX.

El otro modo de adquirir la soberanía, sin emplear la traicion ni la violencia, consiste en hacerse uno príncipe de su pais mediante el favor y ayuda de sus conciudadanos; por lo que a esta especie de principados puede darse el título de civiles. Su adquisicion no siempre supone en el favorecido singular mérito ni una felizidad estraordinaria, sinó mucha maña y el aprovechamiento pleno de una ocasion favorable. Asciéndose, digo, a la majistratura suprema del pais, o a esta soberanía, por la voluntad del pueblo, o por el apoyo de los grandes; porque de estos dos elementos se derivan los diferentes partidos que pueden dividir un estado. Nace el uno de la aversion del pueblo al gobierno opresivo de los nobles, y el otro del deseo que tienen estos de gobernar al pueblo y de oprimirle; resultando de la diversidad de miras e intereses encontrados una lucha, que al fin trae, ya el gobierno de uno, ya el de muchos, ya la licencia y la anarquía.

El principado procede del pueblo o de los grandes, segun lo decide la fortuna; porque cuando los nobles se ven estrechados por el pueblo con esceso, suelen encontrar el medio mas facil de subyugarlo, tomando por caudillo a alguno de su jerarquía y dándole el nombre de príncipe, para satisfacer bajo la sombra de

una autoridad reconocida, la necesidad que tienen de dominar; y tambien el pueblo por su parte, y por no ceder a su enemigo, toma a las vezes el partido de oponerle un plebeyo, en quien igualmente espera apoyo y proteccion.

Con mucho trabajo se sostiene en el principado el que asciende a tanta dignidad por favor de los nobles; porque suele hallarse rodeado de hombres, que, creyendo ser todavía iguales suyos, con dificultad se someten a su autoridad; mas aquel a quien el pueblo eleva por su gusto, campea solo, y con dificultad encuentra entre los que andan a su lado quien se atreva a oponerse a su voluntad.

Es además muy fácil contentar al pueblo sin cometer injusticia, y no lo es tanto contentar a los grandes; porque estos quieren ejercer la tiranía, y el pueblo se limita a evitarla. Por otra parte, puede un príncipe sin mucho trabajo contener en los límites de su deber a los nobles que le son contrarios, por ser corto su número; pero ¿cómo podrá estar seguro de la obediencia y de la fidelidad del pueblo, si llega este a separar sus intereses propios de los del príncipe?

No cabe duda en que el príncipe se verá pronto abandonado de un pueblo que no le tuviere afecto, como lo sería tambien, por los grandes contra cuyo gusto gobernara. Unos y otros van conformes en esto; pero debe el príncipe tener entendido que los grandes, sabiendo calcular mejor y sacar mas partido de las circunstancias favorables, al primer reves que esperimente de la fortuna, le volverán la espalda para servir y hacerse gratos al vencedor. Por último, cuente el príncipe con que tiene que vivir siempre con el mismo pueblo, y no con los mismos nobles, a quienes puede a su arbitrio elevar o abatir, colmar de favores o de desgracias. Mas, a fin de ilustrar cuanto sea posible la materia, paso a examinar los

dos aspectos bajo que debe el príncipe mirar a los grandes, para conocer si están o no enteramente unidos a su causa. Aquellos que dan pruebas de adhesion y celo hacia el príncipe, deben ser honrados y queridos, siempre que no sean hombres entregados al robo. Entre los que rehusan mostrar demasiado interes por la fortuna del príncipe, habrá algunos que se conduzcan mal por debilidad y cobardía, y otros habrá que lo hagan por cálculo y por miras de ambicion. Procure, pues, el príncipe sacar el partido que pueda de los primeros, especialmente si tienen facultades, porque esto cederá siempre en honra suya durante la prosperidad; y cuando el tiempo fuere adverso, rara vez serían temibles los hombres de semejante caracter: pero desconfie tambien de los otros, como de enemigos suyos declarados, que no se contentaran con abandonarle, si la fortuna le fuese contraria, sino que luego podrían tomar las armas contra él.

Un ciudadano que asciende al principado civil por el favor del pueblo, debe cuidar mucho de conservar su afecto, lo que es facil siempre, como que el pueblo no quiere mas que no ser oprimido; pero aquel que llega a ser príncipe por la ayuda de los grandes y contra el voto del pueblo, debe ante todas cosas procurar ganarse la voluntad de este último, y lo conseguirá protejiéndole contra los que intenten dominarle. Cuando los hombres reciben beneficios de la mano misma de que esperaban agravios, se aficionan a su dueño con mas eficazia; y así el pueblo sometido a un príncipe nuevo, que se declara luego bienhechor suyo, se le aficiona todavía mas que si él propio le hubiera espontaneamente elevado a la soberanía. Infiérese, pues, de estoque el príncipe puede granjearse la benovolencia del pueblo por diversos medios; de los cuales sería inútil hablar aqui circunstanciadamente, en atencion a la dificultad

de dar una regla fija y aplicable a las diferentes circunstancias. Solo diré que el príncipe necesita ganarse la voluntad del pueblo, si ha de contar con algun recurso en su adversidad.

Cuando Nabis, príncipe de Esparta, se vió acometido por el ejército victorioso de los Romanos y por los otros estados de la Grecia, solamente tuvo un corto número de enemigos interiores que contener durante el peligro; y de este modo pudo con facilidad defender su patria y su estado; pero ciertamente hubiera sido muy contrario el éxito, habiendo tenido al pueblo por enemigo.

En vano se opondría a mi opinion el manoseado proverbio que dice: Contar con el pueblo es lo mismo que escribir en el agua. El dicho podrá ser cierto respecto a un ciudadano que lucha con enemigos poderosos o contra la opresion de los majistrados, como sucedió a los Gracos en Roma, y a Gregorio Scali en Florencia; pero a un príncipe que no le falta valor y cierta maña, que, lejos de abatirse cuando la fortuna le es contraria, sabe, tanto por su firmeza como por las disposiciones acertadas que toma, mantener el órden en sus estados, jamás le pesará de haber podido contar con el afecto del pueblo.

Un príncipe corre a su ruina cuando quiere llegar a ser absoluto, especialmente si no gobierna por sí mismo; porque entonces depende de aquellos a quienes ha confiado su autoridad, los cuales, o rehusan obedecerle al primer movimiento que se deja sentir, o tal vez se sublevan contra él; y en este caso no es ya tiempo de pensar en hacerse absoluto, lo uno, porque no sabrá de quien fiarse, y lo otro porque ciudadanos y súbditos estan acostumbrados todos a obedecer a los majistrados, y no se acomodarían a reconocer otra autoridad. Es tanto mas embarazosa la situacion del príncipe en

tales circunstancias, cuanto que no puede servirle de regla el estado que tienen las cosas en los tiempos ordinarios, y cuando todos sin cesar tienen que recurrir a su autoridad; porque entonces no hay nadie que no se reuna presurosamente a él, y que no se manifieste dispuesto a morir en su defensa, como que se halla lejos la muerte de que se habla; pero durante los reveses de la fortuna, presentándose la ocasion oportuna de prestar tan oficioso servicio, esperimenta el príncipe de parte del pueblo, y demasiado tarde por su desgracia, que aquel ardor era poco sincero: esperiencia tanto mas triste y peligrosa, cuanto que suele hacerse dos vezes.

Un príncipe sabio debe, por consiguiente, conducirse de modo que en todo tiempo y en cualquier trance estén persuadidos sus súbditos de que le necesitan y no pueden pasar sin él; esta será siempre la mejor garantía del celo y de la fidelidad de los pueblos.

14

Capítulo X. Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados

Empieza: «CAPITULO X»

CAPITULO X

Para la completa intelijencia de los diferentes gobiernos de que acabo de hablar, importa examinar tambien si el príncipe está en el caso de defenderse con sus propias fuerzas y sin recurrir a las de sus aliados, cuando fuere acometido por los enemigos esteriores; y para la mayor claridad de este punto, advierto que solamente pueden sostenerse por sí mismos aquellos que se encuentran con la cantidad suficiente de hombres y de dinero para presentar en campaña un ejército, y librar batalla a cualquiera que los acometa. Es, por el contrario, demasiado triste la situacion de un príncipe que se ve reducido a encerrarse en su ciudad y a esperar en ella al enemigo. Ya he hablado del primer estremo, y no me faltará ocasion de volverlo a tocar.

Acerca del segundo, no puedo menos de prevenir a los príncipes ante todas cosas que mantengan bien abastecidas y fortificadas las ciudades de su residencia; porque, si han sabido captarse el afecto del pueblo, segun ya he dicho y repetiré mas adelante, pienso que nada tienen que temer. No gustan los hombres de embarcarse en empresas dificultosas sin alguna probabilidad de buen éxito; y no

parece prudente y acertado asaltar a un principe que tiene en buen estado de defensa la ciudad donde reside, y que no está aborrecido por el pueblo.

Las ciudades de Alemania, teniendo un territorio muy reducido, gozan de mucha libertad, y solo obedecen al emperador cuando les acomoda, sin temor de que este ni otro ningun vecino poderoso las acometa; porque todas ellas tienen buenas murallas, grandes fosos, artillería y municiones para un año; de suerte que el sitio de estas ciudades sería largo y trabajoso. Ademas, para alimentar al pueblo bajo, sin tocar al tesoro público, tienen siempre de reserva medios de darle trabajo durante el mismo espacio de tiempo; fuera de que tambien las tropas se hallan regularmente ejercitadas en las evoluciones militares, observándose con exactitud sus reglamentos sobre este ramo, que son muy sabios.

Por estas razones el príncipe que tiene una ciudad bien fortificada y está seguro del afecto de sus habitantes, no puede ser acometido con ventaja; porque las cosas de este mundo se hallan de tal modo sujetas a mudanza, que es casi imposible se mantenga el agresor con su ejército rodando un año entero fuera de sus propios estados, y delante de una plaza que esté tan bien defendida.

Pero se dirá: —El pueblo que tiene sus bienes fuera de la ciudad y ve su destruccion, perderá al cabo la paciencia, y no podrá prevalecer tan largo tiempo en su ánimo el amor al príncipe contra el interés de conservar su hacienda y contra las incomodidades de un sitio tan dilatado.— A esto respondo: que un príncipe hábil y juntamente poderoso vence sin dificultad estos obstáculos, ya haciendo creer al pueblo que el sitio no puede ser largo, ya amedrentándole con la perspectiva de la venganza y de la rapazidad del vencedor, y ya

tambien sabiéndose asegurar con habilidad de aquellos que hablen demasiado alto.

Ademas es claro que el enemigo tala el pais luego que entra en él, y cuando los sitiados están mas animosos y dispuestos para defenderse: por consiguiente el príncipe no debe tener el menor miedo; pues, una vez pasado el primer ardor, y viendo los habitantes que todo el daño está ya hecho y sin remedio, tanto mas interés tomarán en la defensa de su señor, cuanto mayores sacrificios tuvieren hechos por él. ¿Quién ignora que los hombres se aficionan a sus semejantes, tanto por el bien que les hacen como por el que reciben?

Todas estas consideraciones me inclinan a creer que, por poca habilidad que tenga un príncipe, conseguirá sin trabajo sostener el valor de los sitiados, siempre que la plaza no esté falta de víveres ni de medios de defensa.

15

Capítulo XI. De los principados eclesiásticos

Empieza: «CAPITULO XI»

CAPITULO XI

Solamente me falta hablar de los principados eclesiásticos, que no se adquieren con tanta facilidad como se conservan. La razon consiste, por una parte, en que no se consiguen si no es por el mérito o por la fortuna; y por otra, en que esta especie de gobierno se funda en las antiguas instituciones relijiosas, cuyo influjo es tan poderoso que el príncipe, de cualquier modo que gobierne, se sostiene sin mucho trabajo. Los príncipes eclesiásticos son los únicos que poseen estados sin estar obligados a defenderlos, y tienen súbditos sin tomarse el trabajo de gobernarlos; son los únicos cuyas tierras se respetan, y en cuyos vasallos no haya voluntad ni medios para substraerse de su dominio; en una palabra, son los únicos estados en que el príncipe encuentra felizidad y seguridad. Pero tambien, como se gobiernan por medios sobrehumanos y superiores al alcanze de nuestra débil razon, sería temeridad y presuncion necia en mí hablar de ellos.

No obstante, si se me pregunta como ha ido creciendo el poder temporal de la Iglesia desde el pontificado de Alejandro VI hasta el punto de infundir temor hoy dia a un rey de Francia, arrojarle de

Italia y destrozar a los venecianos, siendo así que antes de esta época, no tan solo los potentados de este pais, sinó los simples barones y hasta los señores mas débiles, temían tan poco al obispo de Roma, principalmente en cuanto a lo temporal; no me detendré en responder siguiendo la relacion de varios hechos bastante conocidos sobre que no será inutil reflexionar.

Antes que Cárlos VIII, rey de Francia, entrase en Italia, la soberanía de este pais se hallaba repartida entre el rey de Nápoles, el papa, los Venecianos, el duque de Milan y los Florentinos; reduciéndose la política a impedir que ninguno de ellos se engrandeciese, y a que no penetrasen en Italia las potencias estranjeras.

El papá y los venecianos eran los mas respetables de estos estados, y hubiera sido necesario, para contenerlos, nada menos que una liga de todos los demas, como se vió en la defensa de Ferrara. En cuanto al papa, se servían de los barones romanos, que, hallándose divididos en dos facciones, los Ursinis y los Colonnas, tenian siempre las armas en la mano para vengar sus agravios particulares hasta en presencia del pontífice, cuya autoridad no podia menos de padecer entre estos elementos de una guerra intestina. Si alguna vez reinaban papas de un carácter bastante enérjico, como Sixto V, para reprimir semejantes abusos, la corta duracion de su pontificado no permitía que se destruyese la causa. Los esfuerzos de estos pontífices se reducian a humillar por algun tiempo a una de las dos facciones, la cual volvía despues a levantar cabeza en el siguiente reinado. Así es como el poder de los papas gastaba sus fuerzas esterilmente, perdiendo la reputacion en lo interior de su estado y entre los estránjeros.

En semejantes circunstancias fué elevado a la cátedra pontificia Alejandro VI, y ninguno de cuantos le precedieron, ni de los que le han sucedido, ha manifestado como él de cuanto es capaz de hacer un pontífice con hombres y con dinero. Ya dije antes todo lo que hizo por el duque de Valentino, y cuando entraron los franceses en Italia; y aunque no cabe duda en que mas bien buscó el engrandecimiento de su hijo que el de la Iglesia, esta, sin embargo, no dejó de sacar buen partido de sus empresas a la muerte del pontífice y del mismo duque.

Encontró, pues, Julio II, sucesor de Alejandro, el estado de la Iglesia acrecentado con toda la Romanía, y estinguidas las facciones de los barones romanos por el valor y la habilidad de su predecesor, quien le enseñó tambien el arte de atesorar. Julio aventajó en todos estos conceptos a Alejandro; pues agregó á las tierras de la Santa Sede el estado de Bolonia, redujo a los Venecianos a términos de no poderle ofender, y lanzó de Italia a los franceses: sucesos tanto mas gloriosos, cuanto que este papa trabajó por enriquecer a la Iglesia, y no a sus parientes.

Dejó Julio a los Ursinis y Colonnas en el estado en que los habia hallado al tiempo de su exaltacion; y aunque las semillas de las parcialidades antiguas subsistieran todavía, no pudieron brotar bajo el peso de un gobierno poderoso y que tuvo la sabia política de escluir del cardenalato a estas dos casas; con lo cual se agotó la fuente de las disensiones que habian despedazado la Iglesia hasta el pontificado de Alejandro, porque los cardenales suelen aprovecharse del influjo que les da esta dignidad para fomentar turbulencias dentro y fuera de Roma, en que se ven obligados a tomar parte los señores de una y otra faccion; de manera que se

puede asegurar con verdad que la discordia que hay entre los barones siempre proviene de la ambicion de los prelados.

De esta suerte el pontífice reinante ha encontrado la Iglesia en el grado mas alto de prosperidad. Pero si Alejandro y Julio la han consolidado por su valor, todo nos promete que Leon X coronará la obra por su bondad, y por otras mil calidades apreciables.

16

Capítulo XII. De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios

Empieza: «CAPITULO XII»

CAPITULO XII

Habiendo tratado por menor de varias especies de estados políticos de que me habia propuesto dar noticia, y examinadas las causas de su prosperidad y su decadencia, así como los medios con que muchos los adquirieron y conservaron, me falta ahora hablar de los recursos que ofrecen las diferentes clases de milicia, tanto para la guerra ofensiva como para la defensiva.

Ya he dicho que, si los príncipes quieren que su poder sea durable, lo deben apoyar en cimientos sólidos. Consisten, pues, los principales fundamentos de los estados, ya sean antiguos, ya nuevos o mistos, en las buenas leyes y en las buenas tropas; pero, como no pueden existir las buenas leyes sin las buenas tropas, y como estos dos elementos del poder político siempre están unidos, me parece suficiente hablar del uno de los dos.

Las tropas que sirven para la defensa de un estado son o nacionales, o estranjeras, o mistas. Las de la segunda clase son inútiles y peligrosas, ya se las emplee en calidad de ausiliares, o en la de asalariadas; y nunca tendrá seguridad el príncipe que cuente con tales soldados, porque hay poca union entre ellos, son

ambiciosos y no guardan disciplina ni fidelidad: calientes entre los amigos, cobardes en presencia del enemigo, sin temor de Dios y sin buena fé con los hombres; de manera que el príncipe, para retardar su caida, tiene que poner su principal estudio en evitar la ocasion de depender del valor de tales tropas. En una palabra, ellas roban al estado en tiempo de paz, como lo ejecuta el enemigo en tiempo de guerra. ¿Y cómo ha de ser otra cosa? No poniéndose al servicio del estado esta clase de tropas sinó por el interés de un salario, que nunca es tan cuantioso que equivalga al riesgo de perder la vida, solo sirven con gusto en tiempo de paz, y luego que se declara la guerra, es muy difícil sujetarlas a una rigorosa subordinacion. Seria muy fácil de probar este punto, como que la ruina actual de Italia proviene únicamente de la confianza que se puso en las tropas mercenarias [15]. Es verdad que al principio hicieron algunos buenos servicios, y se mostraron animosos peleando contra otras tropas del pais; pero luego que se presentaron los estranjeros, se acabó su valor, y mostraron lo que eran. Asi es que Cárlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con la mayor felizidad, y sin mas trabajo que el de ir en cada lugar señalando alojamiento a sus soldados: y no se engañaban los que decian que nuestros pecados eran la causa de aquella pérdida, porque efectivamente nos acarrearon tal desgracia nuestros propios descuidos, o por mejor decir, los de los príncipes, quienes pagaron bien su merecido.

Para aclarar mas esta materia, advierto que ninguna confianza puede tenerse en los jefes de semejantes cuerpos, sean buenos o malos oficiales. En el primer caso, porque aspiran a elevarse ellos mismos oprimiendo al príncipe que los emplea, u oprimiendo a otros contra los designios del mismo príncipe; y en el segundo,

porque de los oficiales malos solamente puede esperarse la pronta ruina del estado que se vale de ellos.

Se me dirá tal vez que lo mismo sucederá con cualquier otro capitan que tenga tropas a su mando; a lo cual responderé esponiendo como hayan de emplearse estos ejércitos mercenarios por un príncipe, o por una república. En el primer caso debe el príncipe ponerse al frente del ejército; y en el segundo, debe la república dar el mando de sus tropas a uno de sus ciudadanos. Si este no es a propósito, nómbrese otro; y si es buen capitan, téngasele con tal dependencia que no pueda escederse de las órdenes que reciba.

La esperiencia nos enseña que los estados, ya sean o no republicanos, han podido acabar por sí mismos grandes empresas, y que las milicias mercenarias les han causado siempre perjuicio; pero con respecto a las repúblicas, añado que podrán librarse mejor de la opresion del que mande sus tropas, cuando estas sean nacionales, que cuando fueren estranjeras. Roma y Esparta se mantuvieron libres muchos siglos con las milicias de su pais; y en el dia, si son tan libres los Suizos, es porque ellos mismos están bien armados.

En prueba de lo que acabo de decir sobre el peligro de valerse de tropas estranjeras, podrían citarse los Cartajineses y los Tebanos. Los primeros, sin embargo, de tener por capitanes a sus propios ciudadanos, se vieron a pique de caer bajo la tiranía de las milicias estranjeras que tenían a sueldo al fin de su primera guerra con los romanos; y en cuanto a los de Tebas, se sabe que, habiendo conseguido Filipo de Macedonia que le diesen el mando de sus

tropas despues de la muerte de Epaminondas, únicamente domó a los enemigos de esta república para sujetarla.

Juana II, reina de Nápoles, viéndose abandonada de Sforcia, jeneral de sus tropas, tuvo necesidad de ponerse en manos del rey de Aragon, para conservar el trono. ¿Ya Francisco Sforcia, hijo del susodicho, no le vimos unirse a los Venecianos despues de haberlos derrotado en Caravaggio, para oprimir a los Milaneses, que le habian confiado el mando de sus tropas por muerte de su duque, Felipe María Visconti?

Se me replicará tal vez que los Venecianos y los Florentinos han aumentado sus respectivos estados, valiéndose unicamente de las milicias estranjeras mercenarias, y que con todo eso sus generales siempre les han servido bien, sin que ninguno de ellos se haya alzado con la soberanía. A esto respondo que los Florentinos han tenido mucha dicha, porque sus capitanes, cuya ambicion podian temer, o no fueron vencedores, o encontraron obstáculos, o pusieron sus miras en otra parte. Puede contarse entre los primeros a Juan Acuto [16], cuya fidelidad no quedó bien probada; pero es muy claro que, si hubiera sido vencedor, se hallaban a su discrecion los Florentinos.

Si los Braccio y Sforcia no conspiraron contra el estado a que servian, fué porque, siendo rivales, se celaban uno a otro. No obstante, se sabe que el hijo de este último dirijió su ambicion contra la Lombardía, y Braccio contra el estado eclesiastico y el reino de Nápoles; pero volvamos a lo que hemos visto de poco acá.

Dieron los Florentinos el mando de sus tropas a Paulo Vitelli, hombre de comun estraccion, pero prudentísimo, que, estando retirado de los negocios publicos, adquirió una reputacion muy

grande luego que se le elevó a aquel puesto; pero, si este jeneral hubiera tomado a Pisa, habría corrido mucho riesgo de perderse la libertad de los Florentinos o su existencia política; pues para ello bastaba que se hubiese pasado con sus tropas al servicio de los enemigos.

Por lo que toca a los Venecianos, es evidente tambien que jamás han debido sus adelantamientos sinó a sus propias armas, quiero decir, a la guerra marítima; comenzando la época de su decadencia desde que quisieron pelear por tierra y adoptar los usos y costumbres de los otros pueblos de Italia.

Sin embargo, tuvieron poco que temer de la ambicion de sus jenerales, mientras fueron poco considerables sus posesiones en tierra firme, porque se sostenian aun con el esplendor de su poder antiguo. Mas no tardaron en reconocer su error, luego que estendieron sus conquistas bajo el mando del capitan Carmañola. Viendo que un hombre tan hábil y alentado como este, militando por cuenta de ellos eontra el duque de Milan, y despues de haberle derrotado, se dejaba abatir, y procuraba alargar la guerra, juzgaron con razon que no volverian a vencer, porque aquel jeneral no lo queria; y por otra parte, no pudiendo despedirle sin perder lo que habian ganado por su valor, tomaron el partido de quitarlo del mundo.

Tuvieron despues los Venecianos por jenerales a Bartolomé Coleoni de Bergamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y otros semejantes, de quienes podian esperar mas pérdidas que ganancias, como les sucedió en la jornada de Vaila, donde sepultaron el fruto de ochocientos años de fatigas y trabajos. Los adelantamientos que se consiguen con semejante milicia son

endebles y lentos, al paso que las derrotas son rápidas y casi prodijiosas.

Ya que estos ejemplos me han traido a hablar de Italia y de la triste esperiencia que la ha enseñado los peligros de valerse de milicias estranjeras, tomaré las cosas desde mas arriba, a fin de que el conocimiento de su oríjen y progresos sirva a lo menos para precaver efectos mas funestos todavía. Para ello es necesario tener presente que, luego que el imperio perdió el poder y respeto de que hasta entonces había gozado la Italia, y principió a tomar consistencia en ella la autoridad del papa, fué dividido este pais en muchos estados.

La mayor parte de las ciudades grandes tomó las armas contra la nobleza, que, apoyada por el emperador, las tenía jimiendo en la opresion mas cruel; ayudólas el papa en estas empresas, y por este medio acrecentó su poder temporal.

Otras cayeron bajo la dominacion de sus mismos ciudadanos; de suerte que la Italia vino a ser súbdita de la Iglesia y de algunas repúblicas.

Los príncipes eclesiásticos, ignorantes del arte de la guerra, fueron los primeros que se sirvieron de tropas mercenarias; y Alberico de Gonio, natural de la Romania, fué quien dió mas crédito a esta especie de milicia. Formáronse en su escuela los Braccio y Sforcia, que fueron enconces arbitros de la Italia, y a estos han sucedido todos aquellos que hasta el dia han mandado los ejércitos en este pais.

De sus famosas hazañas proviene que la hermosa Italia haya sido invadida por Carlos VIII, saqueada y devastada por Luis XII,

oprimida por Fernando e insultada por los Suizos. Los jefes de estas milicias errantes comenzaron luego a despreciar la infantería, lo uno para hacerse ellos mismos mas necesarios, y lo otro porque, no teniendo estados y subsistiendo unicamente de su industria, nada podian emprender con un cuerpo pequeño de infantería, ni tampoco mantener otro mas considerable. Vieron, pues, que la cuenta les salía mejor con la caballería, y proporcionaban el número de los jinetes con los recursos del pais que había de alimentarla; llegando el caso de contarse apenas dos mil infantes en un ejército de veinte mil hombres. Agrégase a esto que, para hacer menos penoso su oficio, y de menor peligro sobre todo, se habian puesto sobre el pie de no matarse unos a otros en las escaramuzas, ciñéndose a hacer prisioneros, que tambien se devolvían sin rescate. Nunca daban un asalto por la noche, ni el sitiado tampoco hacía salida alguna de su plaza en aquellas horas; no acampaban sinó es en el buen tiempo, y en fin no formaban atrincheramientos en sus campos. Con una disciplina tan estravagante, e inventada de propósito para huir del peligro, no podía tardar la Italia en verse esclavizada, y en perder enteramente la reputacion de que hasta entonces había gozado.

NOTAS

15. Los grandes capitanes de la Italia en los siglos XV y XVI solían andar al frente de tropas que habían levantado a sus espensas, y ponerse a servir con ellas por un sueldo, ya a un príncipe, ya a otro; de modo que durante una misma guerra se les veía servir alternativamente a los dos partidos contrarios: tales fueron Bartolomé Colconi, Jacobo Sforcia, Piccinino, etc. ↩

16. Capitan inglés que al frente de cuatro mil hombres de su nacion, combatía por cuenta de los Gibelinos de la Toscana. ↩

17

Capítulo XIII. De los soldados auxiliares, mixtos y propios

Empieza: «CAPITULO XIII»

CAPITULO XIII

Llamanse tropas auxiliares las que un príncipe recibe prestadas de sus aliados para su socorro y defensa. Habiendo esperimentado a pesar suyo el papa Julio II en la empresa de Ferrara el peligro de valerse de milicias mercenarias, recurrió a Fernando, rey de España, quien se obligó por un tratado a enviarle tropas de socorro.

Esta especie de milicia puede ser útil a quien la envia; pero siempre es funesta al príncipe que se sirve de ella, porque, si es vencida, él es quien sufre la pérdida, y si vencedora, queda a su discrecion. Llena está la historia antigua de ejemplos que lo confirman; pero me limitaré a contar uno reciente. Queriendo Julio II apoderarse de Ferrara, pensó encargar el cuidado de esta espedicion a un estranjero; mas por fortuna suya ocurrió un incidente que le salvó de haber pagado bien cara semejante imprudencia. Fue el caso que, habiendo sido derrotadas sus tropas auxiliares en Ravena, se vió el vencedor acometido inopinadamente por los Suizos, que le pusieron en huida; y de esta suerte se libró el pontífice, no solo del

enemigo, que fué vencido posteriormente, sinó de sus tropas auxiliares, que tan poca parte tuvieron en la victoria alcanzada.

Habiendo determinado los Florentinos poner sitio a Pisa, y careciendo de milicias nacionales, tomaron a su servicio diez mil franceses; falta que les acarreó mayores males que los que hasta entonces habian padecido. El emperador de Constantinopla, amenazado por sus vecinos, metió en la Grecia diez mil turcos, a quienes no pudo echar de allí concluida la guerra, y quedó esta provincia sujeta a los infieles.

Aquel, pues, que quiera ponerse en estado de nunca ser vencedor, no necesita mas que valerse de estas milicias, que es aun peor que las tropas mercenarias, porque forman un cuerpo, solamente sujeto a la obediencia de un estraño. Por el contrario, si se levanta esta última clase de milicias por quien las emplea y paga, y forman un cuerpo separado, no será tanta la continjencia de que sean perjudiciales una vez vencido el enemigo; porque, siendo nombrado el jefe por el mismo príncipe, no puede de un golpe adquirir bastante autoridad sobre el ejército para hacerle que convierta las armas contra el que le paga. En fin, yo creo que tanto debe temerse el valor de las tropas ausiliares, como la cobardía de las mercenarias; y que un príncipe prudente mas bien querrá esponerse a ser batido con sus propias tropas, que vencer con las estranjeras; además de que no es verdadera victoria la que se consigue por medio de un socorro estraño.

En prueba de esta proposicion no puedo menos de citar el ejemplo de Cesar Borja. Se apoderó de Imola y de Forli, valiéndose del auxilio de las trancesas: viendo desde luego que no podía contar con su fidelidad, recurrió a la milicia mercenaria que capitaneaban

los Ursini y los Vitelli, como menos temible; y encontrando despues este príncipe tan poca seguridad en unas como en otras, tomó el partido de deshacerse de todas ellas, y no volvió a servirse sinó de sus propios soldados.

Si se quiere conocer la gran diferencia que hay entre estas dos especies de milicia, compárense las campañas del mismo duque, teniendo a sueldo suyo a los Ursini y los Vitelli, con las que hizo al frente de sus propias tropas; por que nunca pudo conocerse bastante su talento hasta que fué absoluto dueño de sus soldados.

Bien quisiera ceñirme a los ejemplos sacados de la historia moderna de Italia; pero viene tan al caso el de Hierón, tirano de Siracusa, de quien ya he hablado, que no lo puedo omitir. Habíale confiado esta ciudad el mando de sus tropas, compuestas de estranjeros mercenarios; y no tardando aquel jeneral en reconocer cuan poco podía prometerse de semejante milicia asalariada, cuyos jefes se conducian casi como nuestros italianos; viendo ya claramente que sin peligro no podía servirse de ella ni licenciarla, tomó la violenta resolucion de destruirla, y sostuvo despues la guerra con sus propios soldados.

Tambien citaré otro pasaje histórico sacado del viejo Testamento. Habiéndose ofrecido David a salir a pelear contra el temible filisteo Goliat, el rey Saúl, para encender su ánimo, le armó con su espada, su morrion y su coraza; pero, viendo David que mas le servian de embarazo que de provecho estas armas, declaró que, para vencer a su enemigo, no necesitaba de otras que su propia honda y el cuchillo. Rara vez le viene a uno bien la armadura ajena: lo mas comun es que venga demasiado estrecha, o demasiado holgada.

En fin, o la milicia estranjera sirve de carga muy pesada, o abandona al que la busca cuando podría ser util, o se vuelve contra el mismo que se vale de ella. Carlos VII, padre de Luis XI, despues que con su valor libró a la Francia de los Ingleses y quedó convencido de la necesidad de combatir con sus propias fuerzas, estableció por todo el reino compañías regladas de caballeria y de infanteria. El citado Luis suprimió despues los infantes, y en su lugar sustituyó a los Suizos; mas esta falta, que cometieron tambien sus sucesores, es el oríjen de los infortunios de aquel estado, como se ve en el dia; porque, acreditando estos reyes la milicia helvética, envilecieron la suya propia, que, habiendose acostumbrado a combatir al lado de los Suizos, cree que no puede vencer sin ellos; de suerte que los Franceses ni se atreven a pelear contra los Suizos, ni a hacer la guerra a nadie sin ellos.

Son, pues, los ejércitos franceses en parte mercenarios, y en parte nacionales; mezcla que les hace superiores a las tropas puramente asalariadas o puramente auxiliares, pero inferiores con mucho a las que se forman en el mismo pais. El ejemplo que acabo de citar basta para probar que la Francia sería invencible, si hubiera observado fielmente las disposiciones militares de Cárlos VII; mas llega a tanto por desgracia la imprudencia de los hombres, que entran a ciegas en las empresas prometiéndose ventajas imajinarias y llevandose de apariencias lisonjeras, sin conocimiento ni prevision del mal que está oculto, como sucede con la calentura ética de que ya he hablado.

Así qué no es verdaderamente sabio el príncipe que no conoce los males, sinó cuando ya no es tiempo de remediarlos. Conocerlos a tiempo es ciencia poco comun entre ellos. La primera causa de la decadencia del imperio romano fue haber tomado a sueldo a los

Godos, circunstancia que dió crédito a estos bárbaros a costa de la milicia romana.

Un príncipe que no puede defender sus estados sinó con tropas estranjeras, se halla a la merced de la fortuna y sin recurso alguno en la adversidad. Es máxima jeneralmente recibida, que nada hay tan endeble como el poder que no se apoya en sí mismo; es decir, que no se defiende por sus propios ciudadanos, sinó por medio de estranjeros, ya sean aliados, ya sean asalariados. No es dificil poner en pie una milicia nacional empleando los mismos medios de que se sirvieron con tanta habilidad Filipo, padre de Alejandro Magno, y otros muchos estados, tanto monárquicos como republicanos, de los cuales he hablado ya en mis escritos anteriores: el lector puede consultar las constituciones de aquellos pueblos, para acabar de instruirse en esta materia [17]

NOTAS

17. Nihil rerum mortalium tam instabile ac fluxum est, quam fama patentiæ non sua vi nixæ: «Entre las cosas caducas de este mundo no hay una tan instable y vacilante como la reputacion de una potencia que no puede apoyarse en sus propias fuerzas.» (Tácito, Annal.) ↩

18

Capítulo XIV. De los deberes de un príncipe para con la milicia

Empieza: «CAPITULO XIV»

CAPITULO XIV

El arte de la guerra es el único estudio a que deben dedicarse los príncipes, por ser propiamente la ciencia de los que gobiernan. De sus progresos en ella pende la conservacion de sus propios estados y su acrecentamiento; de modo que, por haberse aventajado en este estudio, han subido muchas vezes los simples particulares a la dignidad suprema, al paso que en otras cayeron de ella vergonzosamente los soberanos por entregarse a un cobarde y afeminado reposo. Ciertamente consiste la pérdida de los estados en el desprecio de un arte tan importante, y en su cultivo la adquisicion de otros nuevos, así como la estable y pacífica posesion de los adquiridos.

Francisco Sforcia de simple particular llegó a ser duque de Milan, porque tenia a su disposicion un ejército que sabía dirijir; y sus hijos, de duques que eran, quedaron reducidos a simples particulares, por no haber heredado el talento de su padre. Nada de estraño hay en esto, porque ninguna cosa contribuye tanto a que pierda un príncipe la autoridad de que goza, como el no ser capaz de ponerse al frente de sus tropas; y por lo mismo de nada debe

cuidar tanto como de no envilecerse en el aprecio de sus súbditos, segun probaré después.

Así como no puede establecerse comparacion alguna entre los hombres armados y los inermes, del mismo modo sería absurdo esperar que los últimos mandasen y los primeros obedeciesen. Un príncipe desarmado no puede tener seguridad ni sosiego en medio de subditos armados; pues estos despreciarán siempre a los demas y le serán justamente sospechosos. ¿Y como podrían trabajar de comun acuerdo? En una palabra, el príncipe que no conoce el arte de la guerra no puede granjearse la estimacion de sus tropas, ni fiarse de ellas [18].

Tienen, pues, los príncipes necesidad de dedicarse enteramente al arte de la guerra, el cual exije, junto con un estudio o trabajo mental, el ejercicio de las armas. Comenzando por este último, debe esmerarse el príncipe en que sus tropas esten bien disciplinadas y ejercitadas con regularidad. La caza le acostumbrará mejor que cualquier otra cosa a la fatiga y al sufrimiento de las intemperies del aire; este ejercicio le enseñará tambien a observar los sitios y las posiciones, a conocer la naturaleza de los rios y de las lagunas, a medir la estension de las llanuras y de los montes; y al mismo tiempo irá adquiriendo el conocimiento topográfico del pais que ha de defender, y se habituará poco a poco a reconocer los lugares donde podrá luego conducir la guerra. Como, por ejemplo, los valles y llanuras de la Toscana, y del mismo modo los rios y pantanos, son semejantes a los de los otros países, el estudio de uno puede servir para el conocimiento de los demas.

Es ciertamente este estudio utilísimo para los que mandan ejércitos; y el jeneral que lo desprecie, no sabrá nunca encontrar al enemigo, ni guiar sus tropas, ni acamparlas, ni dar oportunamente una batalla. Los historiadores griegos y romanos alaban con mucha razon a Filopemen, príncipe de los Aqueos, por su aplicacion suma al estudio del arte militar durante la paz. En sus viajes se detenía muchas vezes con sus amigos, y les preguntaba cual de dos ejércitos tendría superioridad si el uno estuviese colocado sobre tal altura y ocupara el otro tal lugar; como aquel que suponía estar a su mando podría acercarse al contrario y presentarle batalla; como debería conducirse para hacer su retirada, o para dar caza al enemigo en caso que él se retirase. Proponíales del mismo modo todos los lances que pueden ocurrir en la guerra, escuchaba su dictámen con atencion, y por último daba el suyo fundándole. Así rara vez le sucedia ser sorprendido por sucesos imprevistos.

En cuanto a la parte del arte militar que se aprende en el gabinete, debe el príncipe leer la historia, poniendo particular atencion en las hazañas de los grandes capitanes, y examinando bien las causas de sus victorias y de sus derrotas; sobre todo conviene seguir el ejemplo de varios hombres célebres que se propusieron imitar algun modelo de la antigüedad y seguir sus huellas. Alejandro el Grande se inmortalizó procurando imitar a Aquiles; César imitando al mismo Alejandro; y Scipion a Ciro. De manera que, si nos tomamos el trabajo de confrontar la vida de Scipion, y la de Ciro escrita por Jenofonte, veremos que el romano fue jeneroso, afable, humano y continente, como su modelo.

Estas son las ocupaciones mas dignas de un príncipe sabio en tiempo de paz, a fin de que, si la fortuna se muda, pueda ponerse a

cubierto de sus golpes.

NOTAS

18. Se deja conocer que esto es únicamente aplicable al gobierno de uno solo y de un conquistador. ↩

19

Capítulo XV. De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o censurados

Empieza: «CAPITULO XV»

CAPITULO XV

Tratase al presente de examinar la conducta que ha de observar un príncipe con sus súbditos y con sus amigos; y aunque otros han hablado ya de esta materia, no pienso, sin embargo, que se atribuirá a presuncion el atreverme a presentarla aquí de una manera diferente. Como mi objeto es escribir para aquellos que juzgan sin preocupacion, hablaré de las cosas como son en la realidad, y no como el vulgo se las pinta.

Figúrase a vezes la imajinacion repúblicas y gobiernos que nunca han existido; pero hay una distancia tan grande del modo con que se vive al que deberíamos tener de vivir, que aquel que reputa por real y verdadero lo que sin duda debería serlo, y no lo es por desgracia, corre a una ruina segura e inevitable. Así que, no temeré decir que el que quiera ser bueno absolutamente con los que no lo son, no podrá menos de perecer tarde o temprano. Por esto el príncipe que desee serlo con seguridad, debe aprender a no ser siempre bueno, sinó a ser lo que exijan las circunstancias, y el interes de su conservacion.

Dejando a un lado, pues, las ideas falsas que muchos sé forman de los príncipes, y deteniéndose en las que son verdaderas, digo que nunca se habla de un hombre o sujeto determinado, y en especial de un principe, sin atribuírle algun mérito o demérito, alguna buena o mala prenda. El uno es liberal, el otro avaro; aquel da con franqueza, este es codicioso; en una palabra, es un hombre de honor o sin fe, es afeminado y pusilánime, o valeroso y emprendedor, humano o cruel, afable o altanero, de vida arreglada o intemperante, bribon u hombre de bien; docil, o duro y áspero, grave o alocado, relijioso o impío.

Gran dicha sería a la verdad hallar un príncipe que reuniera todas las buenas prendas que he señalado; pero como nuestra naturaleza no es capaz de tanta perfeccion [19], es necesario a lo menos que tenga el príncipe bastante prudencia para preservarse de aquellos vicios y defectos que pudieran perderle. Debe librarse tambien, si le es posible, de los otros defectos menores que no pueden comprometer su seguridad ni la posesion de sus estados; mas, si fuese superior a sus fuerzas el librarse de ellos, no debe incomodarse tanto como por no incurrir en las faltas graves que causarían su ruina. Tampoco debe reparar en que se vituperen en él los vicios que son útiles para la conservacion de sus estados; porque, bien meditadas las cosas, tal calidad, que parece buena y laudable, le perdería inevitablemente, y de tal otra, que parecerá mala y viciosa, dependerá su conveniencia y seguridad.

NOTAS

19. Dice Plinto el menor. «Las virtudes residen en el hombre cerca de algún vicio, y así participan siempre de este fatal contacto.» (Panejírico de Trajano.) ↩

20

Capítulo XVI. De la prodigalidad y de la avaricia

Empieza: «CAPITULO XVI»

CAPITULO XVI

Comenzando por las primeras calidades de que acabo de hablar, confieso que es muy bueno acreditarse un príncipe de liberal; pero peligroso tambien ejercitar la liberalidad de manera que no sea despues temido ni respetado. Voy a esplicarme, Si el príncipe se muestra liberal en el grado conveniente, quiero decir, con medida y discernimiento, contentará a pocos, y será tenido por avaro. Por otra parte, un príncipe deseoso de que su liberalidad sea ponderada, no repara en ninguna clase de gastos; y para mantener esta reputacion, suele luego verse obligado a cargar de impuestos a sus vasallos y a echar mano de todos los recursos fiscales, lo que no puede menos de hacerle aborrecible; fuera de que, agotado el tesoro público con su prodigalidad, no solo pierde su crédito y se espone tambien a perder sus estados al primer revés de la fortuna, sinó que al cabo gana con sus liberalidades mayor número de enemigos que de amigos, como sucede todos los dias. Lo mas singular es que tampoco podrá mudar de conducta ni moderarse, sin que al instante se le tache de avaro.

Supuesto, pues, que un príncipe no puede ser liberal sino a tanta costa, haga poco caso de que le tengan por mezquino y avaro; sobre todo si, mediante la economía, logra que sus rentas alcanzen a cubrir sus gastos, y que sin necesidad de echar nuevas contribuciones, se halla en disposicion de defender sus estados, y aun de intentar empresas útiles.

Cuente entonces con que le tendran por bastante liberal todos aquellos a quienes nada quite, que serán los mas y los mejores, y que al contrario será siempre muy corto el número de los que le acusen de avaro, porque no les dé todo lo que piden. Es notable que en nuestros dias solamente hayamos visto hacer cosas grandes a los que han tenido opinion de avaros, y que se han arruinado todos los demas. Julio II consiguió el pontificado por sus liberalidades; pero luego juzgó muy bien que, para sostener la guerra contra el rey de Francia, le serviría de poco la reputacion de liberal que había adquirido; y así procuró que sus ahorros le pusieran en estado de soportar la guerra sin exigir nuevas contribuciones. El rey que ocupa hoy el trono de España [20], jamás hubiera llevado al cabo sus empresas, si hubiese hecho aprecio de lo que podrían hablar sobre su economía.

Así pues, un príncipe, para no llegar a ser pobre, para poder en caso de invasion defender sus estados y no recargar a sus súbditos con nuevos impuestos, no debe sentir que se le tenga por avaro, supuesto que en este malamente llamado vicio, consisten la estabilidad y la prosperidad de su gobierno. Se dirá acaso que César consiguió el imperio por sus liberalidades, y que otros muchos se han elevado por el ejercicio de la misma calidad; mas a esto respondo que es muy diferente el estado de un príncipe del de un hombre que aspira a serlo. Si César hubiera vivido mas, o

perdiera la reputacion de liberal que le abrió el camino del imperio, o se hubiera perdido a sí mismo queriendo conservarla.

Se cuentan, no obstante, algunos príncipes que han hecho proezas con sus ejércitos, distinguiéndose siempre por su liberalidad; pero esto dependia de que sus dádivas no eran gravosas al tesoro público: tales fueron Ciro, Alejandro y el mismo César. El príncipe debe usar con economía de sus bienes y de los de sus súbditos; pero debe ser pródigo de los que tomare al enemigo, si quiere ser amado de sus tropas. No hay virtud que tanto se gaste por si misma, si puede decirse así, como la jenerosidad. El demasiado liberal no lo será largo tiempo, se quedará pobre y será despreciado, a menos que no sacrifique a sus súbditos con continuos tributos y demandas; y entonces se hará odioso. Nada debe temer tanto un príncipe como ser aborrecido y despreciado; y la liberalidad conduce a estos dos escollos. Si fuese necesario escojer entre dos estremos, siempre valdría mas ser poco liberal que serlo demasiado; puesto que lo primero, aun cuando sea poco glorioso, no acarrea menos, como lo segundo, el aborrecimiento y el menosprecio.

NOTAS

20. Fernando V, el Católico. (N. del T.) ↩

21

Capítulo XVII. De la crueldad y la clemencia, y si es mejor ser amado que temido

Empieza: «CAPITULO XVII»

CAPITULO XVII

Paso ahora a tratar de las otras calidades que se requieren en los que gobiernan. ¿No hay duda en que un príncipe debe ser clemente, pero a tiempo y con medida. César Borja fue tenido por cruel; mas a su crueldad debió las ventajas de reunir a sus estados la Romanía, y de restablecer en esta provincia la paz y la tranquilidad de que se habia visto privada largo tiempo. Bien considerado todo, se confesará que este príncipe fue mas clemente que el pueblo de Florencia, el cual, por evitar la tacha de cruel, dejó destruir a Pistoya. No debe hacerse caso de la nota de crueldad, cuando se trata de contener al pueblo dentro de los límites de su deber porque al fin se halla que ha sido uno mas humano haciendo un corto número de castigos indispensables que aquellos que, por demasiada induljencia, provocan el desórden, de que resultan luego la rapiña y la muerte; como que los tumultos comprometen la seguridad del estado, o lo destruyen, tal paso que la pena impuesta por el príncipe a los delincuentes tan solo recae sobre algunos particulares.

Pocas vezes un príncipe nuevo se salva de la nota de cruel, porque está llena de peligros toda dominacion nueva, y asi Dido (en Virgilio) se disculpa de la severidad de que usaba con el apuro a que la había reducido el interés de sostenerse en un trono que no había heredado de sus abuelos: Res dura, et regni novitas me talía cogunt moliri, et lalé fines custode tueri.

No es conveniente tampoco que el príncipe tenga miedo de su sombra, ni que escuche con demasiada facilidad las relaciones siniestras que le cuenten; antes bien debe ser muy circunspecto, tanto para creer como para obrar, sin desentenderse de los consejos de la prudencia, pues hay un medio racional entre la seguridad loca y la desconfianza infundada. Algunos políticos disputan acerca de si es mejor que el príncipe sea mas amado que temido, y yo pienso que de lo uno y de lo otro necesita. Pero, como no es fácil hacer sentir en igual grado a los mismos hombres estos dos efectos, habiendo de escojer entre uno y otro, yo me inclinaría al último con preferencia. Es preciso confesar que jeneralmente los hombres son ingratos, disimulados, inconstantes, tímidos e interesados. Mientras se les hace bien, puede uno contar con ellos: nos ofrecerán sus bienes, sus propios hijos, su sangre, y hasta la vida; pero, como ya tengo dicho, todo ello dura mientras el peligro está lejos, y cuando este se acerca, su voluntad y la ilusion que se tenia desaparecen al mismo tiempo. El príncipe que hiciera caudal de tan lisonjeras palabras, y no cuidará de estar preparado para cualquier evento que pudiese sobrevenir, se hallaría muy espuesto a arruinarse; porque los amigos que se adquieren a costa de dinero, y no en virtud de las prendas del ánimo, rara vez se conservan durante los contratiempos de la fortuna; y no hay cosa mas frecuente que verse uno abandonado de ellos al llegar la ocasion en

que mas los necesita. Jeneralmente se hallan los hombres mas prontos a contemplar al que temen, que al que se hace amar, lo cual consiste en que siendo esta amistad una union puramente moral o de obligacion nacida de un beneficio recibido, no puede subsistir contra los cálculos del interés; en lugar de que el temor tiene por objeto el apartamiento de una pena o castigo, de cuya idea la impresion que recibe el ánimo es mas profunda. Sin embargo, el príncipe no debe hacerse temer tanto, que deje de ser amable y merezca que le aborrezcan; no siendo difícil encontrar un buen medio, y mantenerse en él. Bástale para no ser aborrecido respetar las propiedades de sus súbditos y el honor de sus mujeres. Cuando se halle en la necesidad de imponer la pena de muerte, manifieste los motivos que tuviere, y sobre todo no toque a los bienes de los condenados, porque es preciso confesar que mas pronto olvidan los hombres la muerte de sus parientes que la pérdida de su patrimonio. Por otra parte, tiene el príncipe sobradas ocasiones de tomar los bienes ajenos, si se propone vivir de la rapiña; al paso que son mucho mas raras las de derramar la sangre de sus súbditos, y se acaban mas pronto.

Pero, hallándose el príncipe al frente de su ejército y teniendo bajo sus órdenes una multitud de soldados, no debe hacer caso de que entre ellos se le tenga por cruel, respecto a que le será útil esta misma reputacion para mantener la tropa en la obediencia y para evitar toda especie de faccion.

Entre otras prendas admirables poseía Aníbal la de hacerse temer de sus soldados en tanto grado, que, habiendo conducido a pais estranjero un ejército numerosísimo, compuesto de todo linaje de jentes, no tuvo que castigar el menor desórden, ni la falta mas lijera contra la disciplina, ya siéndole la fortuna favorable, ya siéndole

contraria; efecto que solamente puede atribuirse a su estremada severidad y a las demas dotes que le hacian respetar y ser temido del soldado, sin lo cual ni su injenio ni su valor le hubieran sido útiles.

Hay, sin embargo, escritores tan poco juiciosos en mi opinion, que, aunque hagan el debido elojio de las grandes empresas de Aníbal, no aprueban semejante máxima; pero nada le justifica tanto en esta parte como el ejemplo de Escipion, uno de los mayores capitanes que nos da a conocer la historia de Roma. La escesiva induljencia suya con las tropas que mandaba en España no produjo sinó desórdenes, y últimamente una insurreccion jeneral; por lo que Fabio Máximo le echó en cara delante del senado pleno, que había estragado la milicia romana. Habiendo dejado sin castigo el mismo general la bárbara conducta de uno de sus tenientes con los Locrienses, dijo un senador, para justificarle, que había hombres a quienes era mucho mas fácil no cometer yerros que castigarlos. Semejante esceso de induljencia hubiera con el tiempo deslucido la reputacion y gloria de Escipion, si hubiese continuado mandando y conservára las mismas disposiciones; pero, lejos de perjudicarle, redundó todo en mayor honra suya, porque vivía bajo el gobierno del senado.

Concluyo, pues (volviendo á mi primera cuestion acerca de si vale mas ser amado que temido), que, como los hombres aman por libertad o por capricho, y por el contrario, temen segun el gusto del que los gobierna, un príncipe prudente no debe contar sinó con lo que está a su disposicion; pero sobre todo cuide, segun ya tengo advertido, de hacerse temer, sin llegar a ser aborrecible.

2 2

Capítulo XVIII. De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas

Empieza: «CAPITULO XVIII»

CAPITULO XVIII

Ciertamente es muy laudable en un príncipe la exactitud y fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, y que no eche mano de sutilezas y artificios para eludirle; pero la esperiencia de estos tiempos nos demuestra que entre los mas que se han distinguido por sus hazañas y prósperos sucesos, hay muy pocos que hayan hecho caso de la buena fé, o que escrupulizaran de engañar a otros cuando les tenia cuenta y podian hacerlo impunemente [21].

Sépase, pues, que hay dos modos de defenderse: el uno con las leyes, y el otro con la fuerza: el primero es propio y peculiar de los hombres, y el segundo comun con las bestias. Cuando las leyes no alcanzan, es indispensable recurrir a la fuerza, y así un príncipe ha de saber emplear estas dos especies de armas, como finalmente nos lo dieron a entender los poetas en la historia alegórica de la educacion de Aquiles y de otros varios príncipes de la antigüedad, finjiendo que le fue encomendada al centauro Quiron; el cual, bajo figura de hombre y de bestia, enseña a los que gobiernan que, segun convenga, deberán valerse del arma de cada una de estas dos

clases de animales, porque sería poco durable la utilidad del uso de la una sin el concurso de la otra.

De las propiedades de los animales debe tomar el príncipe las que distinguen de los demas al leon y a la zorra, y valerse de ambas. Esta tiene pocas fuerzas para defenderse del lobo, y aquel cae facilmente en las trampas que se le arman; por lo cual debe aprender el príncipe, del uno a ser astuto para conocer la trampa, y del otro a ser fuerte para espantar al lobo. Los que solamente toman por modelo al leon, y se desdeñan de imitar las propiedades de la zorra, entienden muy mal su oficio [22], en una palabra, el príncipe prudente, que no quiere perderse, no puede ni debe estar al cumplimiento de sus promesas, sinó mientras no le pare perjuicio, y en tanto que subsisten las circunstancias del tiempo en que se comprometió.

Ya me guardaría yo bien de dar tal precepto a los príncipes, si todos los hombres fuesen buenos; pero, como son malos y están siempre dispuestos a quebrantar su palabra, no debe el príncipe solo ser exacto y celoso en el cumplimiento de la suya [23]; él siempre encontrará fácilmente modo de disculparse de esta falta de exactitud. Pudiera dar diez pruebas por una para demostrar que en cuantas estipulaciones y tratados se han roto por la mala fe de los príncipes, ha salido siempre mejor librado aquel que ha sabido cubrirse mejor con la piel de la zorra [24]. Todo el arte consiste en representar el papel con propiedad, y en saber disimular y finjir; porque los hombres son tan débiles y tan incautos que, cuando uno se propone engañar a los demas, nunca deja de encontrar tontos que le crean.

Solamente citaré un ejemplo tomado de la historia de nuestro tiempo. El papa Alejandro VI se divirtió toda su vida en engañar; y aunque su mala fe estaba bien probada y reconocida, siempre le salían bien sus artificios. Jamás se detuvo en prometer ni en afirmar sus palabras con juramento y las mas solemnes protestas; pero tampoco se habrá conocido otro príncipe que menos se sujetara a estos vínculos, porque conocía a los hombres y se burlaba de ellos.

No se necesita, pues, para profesar el arte de reinar, poseer todas las buenas prendas de que he hecho mencion: basta aparentarlas; y aun me atreveré á decir que a las vezes sería peligroso para un príncipe hacer uso de ellas, siéndole útil siempre hacer alarde de su posesion. Debe procurar que le tengan por piadoso, clemente, bueno, fiel en sus tratos y amante de la justicia; debe tambien hacerse digno de esta reputacion con la práctica de las virtudes necesarias; pero al mismo tiempo ser bastante señor de sí mismo para obrar de un modo contrario cuando sea conveniente. Doy por supuesto que un príncipe, y en especial siendo nuevo, no puede practicar indistintamente todas las virtudes; porque muchas vezes le obliga el interés de su conservacion a violar las leyes de la humanidad, y las de la caridad y la relijion; debiendo ser flexible para acomodarse a las circunstancias en que se pueda hallar. En una palabra, tan útil le es perseverar en el bien cuando no hay inconveniente, como saber desviarse de él si el interés lo exije. Debe sobre todo hacer un estudio esmerado de no articular palabra que no respire bondad, justicia, buena fe y piedad relijiosa; poniendo en la ostentacion de esta última prenda particular cuidado, porque jeneralmente los hombres juzgan por lo que ven, y mas bien se dejan llevar de lo que les entre por los ojos que por los

otros sentidos. Todos pueden ver, y muy pocos saben rectificar los errores que se cometen por la vista. Se alcanza al instante lo que un hombre parece ser; pero no lo que es realmente; y el número menor, que juzga con discernimiento, no se atreve a contradecir a la multitud ilusa, la cual tiene a su favor el esplendor y la majestad del gobierno que la proteje.

Cuando se trata, pues, de juzgar el interior de los hombres, y principalmente el de los príncipes, como no se puede recurrir a los tribunales, es preciso atenerse a los resultados: así lo que importa es allanar todas las dificultades para mantener su autoridad; y los medios, sean los que fueren, parecerán siempre honrosos y no faltará quien los alabe [25]. Este mundo se compone de vulgo, el cual se lleva de la apariencia, y sólo atiende al éxito: el corto número de los que tienen un injenio perspicaz no declara lo que percibe; sinó cuando no saben a que atenerse todos los demás que no lo tienen.

En el dia reina un príncipe, que no me conviene nombrar [26], de cuya boca no se oye mas que la paz y la buena fé; pero, si sus obras hubiesen correspondido a sus palabras, mas de una vez hubiera perdido su reputacion y sus estados.

NOTAS

21. Los romanas pintaban a Jano con dos caras, y le veneraban como al mas prudente de todos los antiguos reyes de Italia por la doblez de sus tratos y palabras, en que consistía toda su prudencia, según Macrobio. ↩

22. Esta era, según Plutarco, la máxima favorita del célebre Lysandro, que acabo la guerra interminable del Peloponeso, destruyó la democracia en Atenas y se señalo por el número y lustre de sus conquistas. Echábanle en cara que habia alcanzado algunos triunfos por medios ruines y artifciosos; y él respondía riéndose, que «creia haber debido valerse de la astucia de la zorra, cuando no era suficiente la fuerza del leon, y que el fraude y la maña alcanzáran lo que no

pudieran los medios razonables y equitativos.» Este mismo Lysandro decia que a los hombres se los entretiene con palabras y juramentos, asi como se divierte a los niños con juguetes y meriñaques (In Lacedem.) ↩

23. Par pari refertar. ↩

24. Con efecto, podia Maquiavelo sacar muchos ejemplos de la historia antigua, como el de Archidamo, que inducia a los Griegos a violar sus tratados con Antígono y Cratero, diciéndoles: «que Dios había dado a la oveja un lenguaje solo, y al hombre muchos, distintos unos de otros para que pudiera emplearlos todos en el logro de sus deseos.» Refiriendo Plutarco estas espresiones de Archidamo, añade que por ellas daba a entender que un estado, o el príncipe su representante, pueden quebrantar la palabra dada cuando les tiene mucha cuenta, conviniendo realmente el filósofo griego en que de todos los animales no hay uno cuya voz sea susceptible de tantas modificaciones como la del hombre. (Plut. in Lacedem.)Al fin del siglo pasado escribía Mably que de estas máximas de Maquiavelo podían sacarse consecuencias útiles para la humanidad, sobre lo cual véanse en sus Principios de las negociaciones los consejos que da a las potencias de segunda órden. ↩

25. Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinenda dominationis honesta. «No hay gloria en lo que se compromete la autoridad, ni deja de ser licito lo que sirvo para mantenerla». Esto decia Salustio. ↩

26. Habla de Fernando V, rey de Aragon y de Castilla, que conquistó les reinos de Nápoles y Navarra. ↩

2 3

Capítulo XIX. De qué modo debe evitarse ser despreciado y odiado

Empieza: «CAPITULO XIX»

CAPITULO XIX

He tratado con separacion de las cualidades principales que deben adornar a un principe; y ahora, para abreviar, comprenderé todas las demas bajo un título general, diciendo que este debe guardarse cuidadosamente de todo aquello que pudiere hacerle aborrecido o menospreciado. Aunque tenga cualquier otra tacha, no arriesgará por eso su autoridad, ni dejará de haber cumplido con su deber.

Nada en mi opinion hace tan odioso a un príncipe, como, la violacion del derecho de propiedad, y el poco miramiento que tuviere al honor de las mujeres de sus súbditos, los cuales, fuera de esto, estarán siempre contentos con él, y no le dejarán otro tropiezo que el de las pretensiones de un corto número de ambiciosos, que se cortan con facilidad.

Un príncipe es menospreciado cuando se acredita de inconstante, de lijero, pusilánime, irresoluto y afeminado [27]; defectos de que deberá guardarse como de otros tantos escollos, esforzándose siempre en manifestar grandeza de ánimo, gravedad, valor y enerjía en todas sus palabras y acciones. Sus juicios en los negocios de particulares deben ser definitivos e irrevocables, para que nadie

pueda jactarse de que le hará mudar de parecer o engañarle. De este modo se granjeará la estimacion y aprecio de los súbditos, y evitará los golpes que se intenten dar a su autoridad. Tambien tendrá menos miedo del enemigo esterior, el cual no vendría de buena voluntad a acometer a un príncipe que se hallara respetado de sus vasallos. Los que gobiernan tienen siempre dos especies de enemigos: unos esteriores, y otros interiores. Rechazará a los primeros con buenos amigos y buenas tropas; y en cuanto a los otros, ¿quién ignora que siempre hay amigos teniendo buenos soldados? Por otra parte, es cabido quería paz interior no se turba sino por medio de conspiraciones, las cuales no son peligrosas sinó cuando están sostenidas y fomentadas por los estranjeros; y estos no se atreven a escitarlas, cuando sabe el príncipe acomodarse a las reglas que llevo indicadas, y sigue el ejemplo de Nabis, tirano de Esparta.

Por lo que toca a los súbditos, hallándose el príncipe sin cuidado por fuera, solamente tiene que temer las conjuraciones secretas, que desconcertará fácilmente, y aun prevendrá, absteniéndose de todo lo que pueda hacerle odioso o despreciable, como ya llevo dicho. Además que pocas vezes o nunca se conspira sinó contra aquellos príncipes cuya ruina y muerte fueran agradables al pueblo; sin lo cual se espondría cualquiera a todos los peligros que llevan consigo semejantes proyectos.

La historia está llena de conjuraciones; pero ¿de cuántas se cuenta que hayan tenido un éxito feliz? Nunca conspira uno solo; y aquellos que se asocian en los peligros de la empresa, son descontentos, que, llevados muchas veces de la esperanza de una buena recompensa por parte del mismo de quien es tán quejosos, denuncian a los conjurados, y así hacen abortar sus designios. Los

que por necesidad hay que agregar a la conjuracion, se encuentran perplejos entre la tentacion de una ganancia considerable y el miedo de un gran peligro; de manera que, para encontrar uno digno de que se le confie el secreto, es preciso buscarle entre los amigos mas íntimos de los conjurados, o entre los enemigos irreconciliables del príncipe.

Reduciendo la cuestion a términos mas sencillos, digo que por parte de los conjurados no hay mas que miedo, recelos y sospechas, al paso que el príncipe tiene en su favor la fuerza, el esplendor y majestad del gobierno, las leyes, el uso y sus amigos particulares, dejando aparte el afecto que el pueblo profesa naturalmente a los que le mandan; de suerte que los conjurados, antes y despues de la ejecucion de sus designios, tienen mucho que temer, pues que, estando el pueblo contra ellos, no les quedaría recurso alguno. Pudiera presentar en prueba de lo que digo cien hechos diferentes, recojidos por los historiadores; pero me contentaré con uno solo, del cual ha sido testigo la jeneracion pasada.

Aníbal Bentivoglio, abuelo del de hoy dia, y príncipe de Bolonia, fué muerto por los Cannechi [28] de resultas de una conspiracion; de manera que no quedó de esta familia mas que Juan Bentivoglio, que aun estaba en mantillas. Sublevóse el pueblo contra los conjurados, y degolló toda la familia de los matadores; y para manifestar todavía mas su afecto a los Bentivoglios, no habiendo ninguno que pudiese ocupar el puesto de Aníbal, reclamaron del gobierno de Florencia un hijo natural del príncipe cuya muerte acababan de vengar, el cual vivía en aquella ciudad agregado a un artesano que pasaba por padre suyo, y le confiaron la direccion de los negocios hasta que Juan Bentivoglio tuvo edad para gobernar.

Poco, pues, tiene que temer el príncipe las conjuraciones si su pueblo le quiere; y tampoco le queda ningun, recurso faltándole este apoyo. Por lo cual una de las máximas mas importantes para todo príncipe prudente y entendido es contentar al pueblo, y contemplar a los grandes sin exasperarlos con demasías.

La Francia ocupa un lugar distinguido entre los estados bien gobernados. La institucion de los parlamentos, cuyo objeto es atender a la seguridad del gobierno y a la conservacion de los fueros de los particulares, es sapientísima. Conociendo sus autores por una parte la ambicion e insolencia de la nobleza, y por otra los escesos a que contra ella pudiera arrojarse el pueblo, trataron de encontrar un medio apropiado para contener a unos y a otros independientemente del rey; quien no pudiera por lo mismo tomar partido por el pueblo sin descontentar a los grandes, ni favorecer a estos sin granjearse el aborrecimiento del pueblo. Para este efecto instituyeron una autoridad especial que pudiese sin la intervencion del rey enfrenar el orgullo de los nobles, y al mismo tiempo protejer a las clases inferiores del estado; medio ciertamente muy adecuado para dar firmeza al gobierno, manteniendo la tranquilidad pública. De aquí deben tomar leccion los príncipes para reservarse la distribucion de las gracias y los empleos, dejando a los majistrados el cuidado de decretar las penas y en jeneral la disposicion sobre negocios que pueden escitar descontento [29].

Un príncipe, repito, debe manifestar su aprecio a los grandes; pero cuidando al mismo tiempo de no granjearse el aborrecimiento del pueblo. Acaso se me seguirá oponiendo la suerte de muchos emperadores romanos que perdieron el imperio y aun la vida, a pesar de haberse conducido con bastante sabiduría y de haber

mostrado valor y habilidad. Por esto me parece conveniente examinar el carácter de algunos de ellos, como Marco Aurelio el filósofo, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Severo, Antonino, Caracala su hijo, Macrino, Hiliogábalo, Alejandro y Maximino, para responder a esta objeccion: exámen que me conducirá naturalmente a esponer las causas de su caida, y a comprobar lo que ya llevo dicho en este capítulo sobre la conducta que deben observar los príncipes.

Es necesario tener presente que los emperadores romanos, no solo tenían que reprimir la ambicion de los grandes y la insolencia del pueblo, sinó tambien pelear con la avaricia y la crueldad de los soldados. Muchos de estos príncipes perecieron por haber tocado en este último escollo, tanto mas difícil de evitar, cuanto es imposible satisfacer a un mismo tiempo la codicia de las tropas y no descontentar al pueblo, el cual suspira por la paz, al paso que aquellas desean la guerra; de suerte que los unos quisieran un príncipe pacífico, y los otros un príncpe belicoso, atrevido y cruel; no a la verdad con respecto a la milicia, sinó con relacion al pueblo en jeneral, para lograr paga doble y poder saciar su ansia y su ferozidad. De este modo los emperadores romanos, a quienes no dió la naturaleza un carácter tan odioso o no supieron apropiársela, perecieron casi todos miserablemente por la impotencia en que se veian de tener a raya al pueblo y a las lejiones. Así es que la mayor parte de ellos, y especialmente aquellos cuya fortuna era nueva, desesperados de poder conciliar intereses tan opuestos, tomaban el partido de inclinarse a las tropas, haciendo poco caso de que el pueblo estuviera descontento; partido mas seguro en realidad, porque, en la alternativa de escitar el odio del número mayor o menor, conviene decidirse a favor del mas fuerte.

He aqui porque aquellos Césares que, habiéndose alzado a la suprema dignidad por si mismos, necesitaban para mantenerse en ella de mucho favor y estraordinario esfuerzo, se unieron antes a las tropas que al pueblo; y cuando cayeron, fué por no haber sabido conservar el afecto de los soldados. Marco Aurelio el filósofo, Pertinax y Alejandro, príncipes recomendables por su clemencia, por su amor a la justicia y por la sencillez de sus costumbres, perecieron todos menos el primero, que vivió y murió honrado, porque, habiendo adquirido el imperio por herencia, no se lo debía a las tropas ni al pueblo, y junto esto con las demas escelentes prendas suyas, pudo hacerse querer y hallar con facilidad los medios de contener a todos en los límites de su obligacion. Pero Pertinax, aunque fue nombrado emperador contra su deseo, habiendo intentado sujetar las lejiones a una disciplina severa, y muy diferente de la que observaban en tiempo de Cómodo, su antecesor, pereció pocos meses despues de su elevacion, víctima del aborrecimiento delos soldados, y acaso tambien del desprecio que inspiraba su mucha edad. Es cosa notable que se incurre en el odio de los hombres, tanto por proceder bien como por proceder mal; y así el príncipe que quiere sostenerse, se ve obligado muchas vezes a ser malo, segun ya he dicho, porque, cuando el partido que necesita halagar y tener a su favor está viciado, ya sea el pueblo, ya los grandes o la milicia, es indispensable contentarlo a cualquier costa, y renunciar desde luego a obrar bien.

Pero volvamos a Alejandro (Severo), de cuya clemencia han hecho muchos elojios los historiadores, y no obstante fue menospreciado por su molicie, y porque se dejó gobernar de su madre. El ejército conspiró contra este príncipe, tan bueno y tan clemente, que en el discurso de catorce años de reinado a nadie condenó a muerte sin

juzgarle; y con todo eso pereció a manos de sus soldados. Por otra parte, Cómodo, Septimio Severo, Caracala y Maximino, habiéndose entregado a todo linaje de escesos por contentar la avaricia y crueldad de las tropas, no tuvieron mejor suerte, si de ellos esceptuamos a Severo, que reinó pacíficamente. Pero este príncipe, aunque oprimió al pueblo por captarse la benevolencia de la milicia, poseía otras muchas escelentes prendas que le granjeaban el afecto y la admiracion de uuos y otros. Mas como de simple particular ascendió al imperio, y por esta razon puede servir, de modelo a los que se encuentren en iguales circunstancias, me parece conveniente decir en pocas palabras como supo tomar alternativamente la figura del leon y la de la zorra, animales de cuyas propiedades ya he hablado.

Conociendo Severo la cobardía del emperador Juliano, persuadió al ejército que mandaba en Iliria, de que era preciso ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, degollado por la guardia pretoriana. Bajo este pretesto, y sin que nadie sospechase que aspiraba al imperio, llegó a Italia antes que allí se tuviera noticia de su partida. De este modo entró en Roma y metió miedo al senado, que le nombró emperador, e hizo morir a Juliano; pero todavía le quedaban dos grandes obstáculos que superar para hacerse señor de todo el imperio. Pescenio Niger y Albino, que mandaban, el uno en Asia, y el otro en el Occidente, eran ambos competidores suyos, y el primero acababa tambien de ser proclamado emperador por sus lejiones. Viendo Severo que sin mucho riesgo le era imposible atacar a un tiempo a los dos, tomó el partido de declararse contra Niger, y engañar a Albino ofreciéndole que dividiría con él la autoridad; proposicion que este aceptó inmediatamente. Mas, apenas aquel hubo vencido y quitado la vida a Niger, pacificado el

Oriente y vuelto a Roma, se quejó amargamente de la ingratitud de Albino; y acusándole de que habia intentado darle muerte, pretestó «que se hallaba obligado a pasar los Alpes, decía él, para castigarle por lo mal que habia correspondido a sus beneficios.» Llegó Severo a las Galias, y Albino, vencido, perdió a un tiempo la vida y el imperio.

Si se examina con atencion la conducta de este emperador, se verá que es muy dificil reunir en tan alto grado las fuerzas del leon y la astucia de la zorra. Supo al mismo tiempo hacerse temer y respetar del pueblo y de las tropas; por lo cual nadie estraña ver a un príncipe nuevo mantenerse en la posesion de tan vastos dominios, considerando que el afecto y la admiracion que se granjeaba, desarmaron el odio que debían haber escitado sus rapiñas [30]

Antonino Caracala, su hijo [31], poseia tambien muchas cualidades escelentes que le hacían querer de las lejiones, y ser respetado del pueblo: era buen soldado, enemigo constante de la molicie y del regalo, y por esto ídolo del ejército; pero llegó a tal punto su ferozidad que al cabo pueblo, milicia y hasta su propia familia concibieron contra él un odio irreconciliable. Pereció luego a manos de un centurion; venganza corta para reparo de tanta sangre como habia hecho derramar en Roma y en Alejandría, donde a ninguno de sus habitantes dejaron de alcanzar los efectos de su crueldad.

Obsérvese aquí que los príncipes estan espuestos a semejantes atentados, hallándose su vida pendiente de la resolucion de cualquiera que no tema morir; mas como estos por fortuna no han sido frecuentes, dan poco cuidado. Sin embargo, guárdese el príncipe de ofender gravemente a los que andan cerca de su

persona; pues esta falta que cometió Antonino, manteniendo entre sus guardias un centurion a quien amenazaba con frecuencia después de haber dado ignominiosa muerte a un hermano suyo, le costó la vida.

A Cómodo bastábale para mantenerse en la posesion del imperio seguir las huellas de su padre, que se lo habia dejado; pero como era brutal, cruel y codicioso, muy pronto se trocó la disciplina que antes reinaba en el ejército en la licencia roas desenfrenada: además se granjeó el menosprecio de las tropas por el poco caso que hacia de su dignidad; llegando al estremo de no avergonzarse de lidiar brazo a brazo con los gladiadores en el anfiteatro. Así no tardó en ser victima de una conspiracion, movida por el odio y desprecio que habia provocado con sus bajezas, con su avaricia y ferozidad. Fáltame hablar de Maximino.

Habiéndose deshecho las lejiones de Alejandro por su escesiva afeminacion, pusieron en su lugar a Maximino, varon muy belicoso, pero que no tardó tampoco en hacerse aborrecible, y perder el imperio y la vida. Se hizo odioso y despreciable por dos motivos: el primero, la bajeza de su nacimiento, porque sabe todo el mundo que fue porquero en Tracia; y el segundo, la poca dilijencia que puso en pasar a Roma para tomar posesion del imperio, granjeándose entre tanto la opinion de hombre muy cruel por los castigos que dieron sus prefectos en la capital y en las provincias de orden suya; de modo que muy pronto llegó a hacerse por un lado tan vil y despreciable, y por otro tan universalmente aborrecido, que, primeramente el Africa, después el senado con el pueblo de Roma, y luego toda la Italia, se levantaron contra él, ayudando a unos y otros su propio ejército, que al fin, cansado de

sus crueldades y de la larga duracion del sitio de Aquileya, le quitó la vida, sin temor de que hubiera quien la vengara.

No hablaré de Heliogábalo, de Macrino, ni de Juliano, que murieron, mas o menos pronto, cubiertos de oprobio; pero diré, por conclusion, que los principes de nuestro tiempo no necesitan usar de tanto miramiento con sus tropas, porque no forman como en Roma un cuerpo independiente, ni disfrutan de un poder absoluto en el estado. Las lejiones romanas, permaneciendo largo tiempo en las provincias, identificaban su interes con el del inmediato jefe que las mandaba, y a vezes contra el del jefe del gobierno, haciéndose árbitras de su suerte [32]; así era indispensable tenerlas contentas y contemplarlas. Ahora basta tratarlas con aprecio y de un modo regular; procurando antes ganarse el afecto del pueblo, que en nuestros estados modernos, esceptuando únicamente los de Turquía y Ejipto, es mas fuerte y poderoso que los soldados. Esceptúo al turco, porque necesita tener en pié un ejército de doce mil hombres de infantería y quince mil de caballería, del cual dependen la seguridad y la fuerza de su imperio; y como este soberano no hace el menor aprecio del pueblo, necesita absolutamente que aquella guardia se mantenga adicta a su persona. Lo mismo sucede con el soldan de Ejipto, cuyas tropas tienen, por decirlo así, el poder en la mano, y por consiguiente deben ser tratadas con mucho miramiento, y contempladas mas que el pueblo, de quien nada hay que temer. Este último gobierno no tiene semejante, si no lo es el pontificado cristiano, porque no puede llamarse principado hereditario, ni principado nuevo, puesto que, muerto el soldan, no recae el reino en sus hijos, sinó en aquel que es elejido por las personas autorizadas para hacer la eleccion; y al mismo tiempo es muy

antigua esta institucion, para poderse mirar como nuevo semejante gobierno. Asi es que en Ejipto el príncipe electo esperimenta tan poco trabajo en hacerse reconocer de sus súbditos, como en Roma el nuevo papa de los suyos.

Volviendo ahora a mi asunto, digo que quien reflexione en lo que llevo espuesto, verá que el aborrecimiento o el menosprecio fueron causa de la ruina de los emperadores que he citado, y sabrá tambien la razon porque, habiendo unos obrado de un modo y otros del contrario, solo uno consiguió acabar bien, cuando todos los demas, por la una o por la otra vía, tuvieron un fin desdichado. Se potará al mismo tiempo como a Pertinax y a Alejandro les fue, no solamente inútil, sinó muy perjudicial el haber imitado a Marco, respecto a que los dos primeros eran príncipes nuevos, y este último adquirió el imperio por derecho de sucesion. El designio que de imitar a Severo formaron Caracala, Cómodo y Maximino, les fue funesto tambien, porque no tenían la fuerza de ánimo correspondiente para seguir en todo sus pisadas.

Infiérese, pues, que un príncipe nuevo en un principado nuevo se arriesga imitando la conducta de Marco, y no es indispensable que siga la de Severo, sinó que debe tomar de este las reglas que necesite para fundar bien su estado, y de Marco lo que hubiere de conveniente y glorioso para mantenerse en la posesion de otro ya fundado y establecido.

NOTAS

27. Vitelio era tenido en poco, aunque le temían, porque súbitamente pasaba de las ofensas a los halagos.» ↩

28. Familia rival de los Bentivoglio» , en el año de 1445. ↩

29. Jenofonte decia: «Tratándose de aplicar penas, dejo el príncipe a otros este cuidado; pero el de premios y recompensas, distribuyalos él solo. ↩

30. Segun lo que nos cuenta Dion del carácter de Septimio Severo, tuvo mas inclinacion a las ciencias que buena disposicion; pero fue firme e incontrastable en sus designios, lo preveía todo, y en todo pensaba. Amigo constante y jeneroso, así como enemigo violento y terrible, era por otra parte, doble, disimulado, embustero, pérfido, perjuro, codicioso, y todo lo que obraba era con relación a su interes personal. ↩

31. Caracala se mandaba llamar Antonino el Grande y Alejandro. ↩

32. Las lejiones de Alemania, admitidas en los ejércitos romanos se gloriaban de que podían disponer del imperio. ↩

2 4

Capítulo XX. Si las fortalezas y otras cosas que hacen los príncipes son útiles o no

Empieza: «CAPITULO XX»

CAPITULO XX

Príncipes hay que, para mantenerse en sus estados, desarman a sus vasallos; otros fomentan la discordia en las provincias sujetas a su dominio; los ha habido que de intento se procuraron enemigos; algunos trabajan para ganar la voluntad de aquellos que en el principio de su reinado les parecieron sospechosos; éste manda construir fortalezas, y aquel demolerlas. No es facil determinar lo que hay de bueno y de malo en todo esto, sin entrar antes en el exámen de los diferentes estados y circunstancias a que hayan de aplicarse las reglas que se dieren; y así me ceñiré a hablar de un modo jeneral, y segun lo requiere la materia.

Nunca es conveniente que el príncipe nuevo desarme a sus súbditos: por el contrario, debe luego armarlos, si los encontró desarmados. Todas las armas que entonces distribuya se emplearán en favor suyo; las personas que antes le serian sospechosas, se agregarán a su partido, y las fieles y leales lo serán mas.

Imposible es, sin duda, armar a todos los hombres; pero el príncipe que sabe ganar a aquellos a quienes da armas, nada tiene que temer de los que por necesidad quedan inermes; porque le cobran afecto los primeros por está preferencia, y le escusan fácilmente los demas, suponiendo mas mérito en aquellos que se esponen a mayor peligro. Bien al contrario, un príncipe que desarma a sus súbditos, los ofende inclinándoles a creer que desconfía de ellos; y no hay cosa mas eficaz para escitar el aborrecimiento del pueblo. Además esta determinacion pondría al príncipe en la necesidad de recurrir a la milicia mercenaria, cuyos peligros he manifestado ya con bastante estension; y aun cuando no tuviera tantos inconvenientes este recurso, seria siempre insuficiente contra un enemigo grande y con vasallos sospechosos.

Así vemos todos los dias a los nombres que por sí mismos se elevan a la soberanía, armar a sus nuevos súbditos; mas, si se tratara de reunir un estado nuevo a otro antiguo o hereditario, entonces convendría al príncipe desarmar a sus vasallos nuevos, esceptuando siempre a aquellos que antes de la conquista se hubiesen declarado en favor suyo; aunque procure siempre irlos debilitando para que en el estado antiguo se concentre toda la fuerza militar.

Nuestros antepasados, especialmente aquellos que merecieron la reputacion de sabios, decian que era necesario contener a Pistoya por medio de las discordias domésticas, ya Pisa por las fortalezas. Así pues, rara vez se descuidaban en fomentar divisiones en las ciudades, cuyos habitantes eran sospechosos: escelente política atendiendo al estado de fluctuacion en que se hallaan las cosas de Italia, en aquella época, pero inadaptable a la del día, porque una ciudad dividida no pudiera defenderse de un enemigo poderoso y

diestro; el cual no dejaria de ganar a una de las dos facciones, y por este medio se haría dueño de la plaza.

Por un efecto de esta misma política los Venecianos favorecían alternativamente a los Guelfos y a los Jibelinos en las ciudades sujetas a su dominio, y no dejándoles que llegasen a las manos, no cesaban de soplar el fuego de la discordia entre ellos, a fin de distraerlos de la idea de sublevarse. Verdad es que esta república no sacó el fruto que esperaba de semejante conducta, porque, derrotados sus ejércitos en Vaila, una de estas facciones se propuso dominarla, y lo consiguió.

Síguese pues, que tal política es el recurso de la debilidad, y por lo mismo un príncipe poderoso no sufrirá jamás semejantes divisiones, que, cuando no sean enteramente perjudiciales en tiempo de paz, porque ofrecen un medio eficaz de distraer a los súbditos de toda idea de rebelion, son en tiempo de guerra las que ponen mas en descubierto la impotencia del estado que se vale de ellas. Venciendo obstáculos, se engrandecen los príncipes; y por eso suele la fortuna ensalzar a algunos en el principio de su carrera, suscitándoles enemigos y ofreciéndoles dificultades que enciendan su jenio, ejerciten su valor y les sirvan como de otros tantos escalones para llegar a un alto grado de poder. Por esta razon piensan muchos que alguna vez le conviene a un príncipe buscar enemigos, para que le obliguen a salir de una peligrosa inercia, y le proporcionen ocasiones de hacerse admirar y querer de sus súbditos, tanto leales como rebeldes.

Los príncipes, y especialmente los nuevos, han sido servidos a las vezes con mas zelo y fidelidad de aquellos súbditos en quienes no tenian al principio una entera confianza, que de otros que en su

opinion eran absolutamente fieles. Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, con mejor voluntad se valía de los primeros que de los últimos; pero es dificil fijar reglas jenerales en un punto que varía segun las circunstancias: solamente advertiré que, si los hombres, a quienes el príncipe miraba como enemigos en los primeros años de su reinado, tienen necesidad de su apoyo y proteccion, podrá ganárselos fácilmente; y aunque nuevos partidarios suyos, le serán tanto mas fieles, cuanto mayor esmero necesiten poner en borrar por medio de sus servicios la opinion poco favorable que su anterior conducta habia producido. Al contrario, aquellos que nunca han estado opuestos a los intereses del príncipe, cuando llega el caso de necesitarlos, suelen servirle con la flojedad y descuido que enjendra la misma seguridad [33].

Esta materia me presenta oportuna ocasion de hacer a los príncipes nuevos una advertencia importante, y es que, si han ascendido a la dignidad suprema por favor del pueblo, indaguen atentamente la causa y los motivos de tanta benevolencia; porque, si proviene menos del verdadero interes que les inspire su persona, que de odio al gobierno antiguo, podrá luego costarles trabajo mantenerse en la gracia de sus súbditos por la misma dificultad de contentarlos.

Habrá hombres que, aunque aborrecieran el gobierno antiguo, vivirian con él sin violencia; otros de carácter inquieto y duro que no podrian aguantar los abusos de la administracion pasada; y de estos últimos, aun cuando hayan contribuido a la elevacion del príncipe nuevo, es mas difícil ganarse la amistad que de los primeros. Basta tener una leve tintura de la historia antigua y moderna para convencerse de esta verdad.

Los príncipes construyen las fortalezas para mantenerse con mas facilidad en sus estados frecuentemente amenazados por los enemigos estertores, y para contener el primer ímpetu de una revolucion. Este método es muy antiguo y me parece bueno [34]: no obstante, hemos visto en nuestros tiempos que Nicolás Vitelli mandó demoler dos fortalezas en la ciudad de Castello para seguridad de su estado. Guido de Ubaldo, duque de Urbino, habiendo recobrado su estado ducal, de que le habia deposeido César Borja, mandó arrasar todas las fortalezas, pensando que sin ellas podria mantenerse en su posesion con mas facilidad [35]. Los Bentivoglios hicieron otro tanto en Bolonia, luego que recobraron el dominio de este estado [36].

Infiérese pues, que las fortalezas son útiles o inútiles segun las circunstancias; y si por un lado aprovechan, son perjudiciales por otro. El príncipe que teme mas a sus súbditos que a los estranjeros, debe fortificar sus ciudades, y abstenerse de hacerlo en el caso contrario. El castillo que Francisco Sforza mandó construir en Milan, ha causado y causará mas daños a esta casa que todos cuantos desórdenes han aflijido a aquel ducado [37].

No hay fortaleza mejor que el afecto del pueblo; porque un príncipe aborrecido de sus súbditos debe contar con que el enemigo estranjero volará a ayudarles luego que los vea en armas. No se sabe que las fortalezas hayan aprovechado a los príncipes de nuestro tiempo, si esceptuamos a la condesa de Forli, viuda del conde Jerónimo; la cual por este medio tuvo disposicion de recibir los socorros que la enviaba el estado de Milan y de recuperar el suyo; bien que la favorecieron mucho las circunstancias, no pudiendo sus vasallos ser socorridos de los estranjeros. Pero cuando mas adelante fue acometida esta condesa por César Borja,

y el pueblo a quien en ella habia tenido por enemigo, se juntó con el estranjero, de muy poco la sirvieron sus fortalezas; verificándose siempre que la hubiera valido mas que tenerlas el no ser aborrecida de sus súbditos.

De todo lo que va dicho se infiere que igualmente pueden ser dignos de elojio el que construye y el que no construye fortalezas; pero siempre son reprensibles los que, fiándose en ellas, hicieren poco caso de que el pueblo los aborrezca.

NOTAS

33. Celso fue fidelísimo a Oton, aunque había sido antes un amigo incorruptible de Galba. ↩

34. A la muerte de Felipe María Visconti, último duque de su dinastía en Milan, cuando los ciudadanos formaron una república, nombrando comandante jeneral de sus tropas a Francisco Sforza, este les persuadió a que demolieran la ciudadela que habían construido los Visconti. Pensaba que amenazaba a su libertad aquel baluarte, y los Milaneses lo echaron por tierra; mas no tardaron mucho en arrepentirse, porque no pudieron luego defenderse bien, y tuvieron que abrir las puertas de la ciudad al mismo Francisco Sforza, cuando les combatió con sus propias armas; y al momento que fue proclamado duque de Milan, volvió a reedificar la ciudadela. Llevaban a mal los Milaneses este designio; y para calmarlos, discurrió Sforza el ardid de someter el proyecto al exámen de los ciudadanos mismos, distribuidos en diferentes asambleas por cuarteles, poniendo en cada una de ellas oradores de su confianza; los cuales desempeñaron tan bien su papel que la reedificacion de la ciudadela parecia ser pedida al duque por el mismo pueblo. Entonces la volvió a levantar mas fuerte, mayor que la que habia tenido antes; y para tapar la boca a los murmuradores, mandó construir al mismo tiempo en la ciudad un hospital magnífico. ↩

35. Dice Maquiavelo en sus Discursos que el duque de Urbino demolió sus fortalezas, porque , siendo muy amado de sus súbditos, temía hacerse aborrecible mostrando desconfianza de su fidelidad,y que por otra parte no podia defender aquellas plazas contra los enemigos sin poner en campaña un buen ejército. (N. del T.) ↩

36. Los Bentivoglios, segun Maquiavelo, se hicieron advertidos a costa del papa Julio II, el cual, habiendo construido una ciudadela en Bolonia y puesto en ella un gobernador que asesinaba a los Boloñeses, perdió la ciudad y la fortaleza, luego que estos se amotinaron contra el gobernador. (Discursos sobre la primera década.) ↩

37. La ciudadela que Francisco Sforza construyó en Milan, sirvió únicamente para hacer mas osados, mas violentos y aborrecibles a los príncipes de su familia, dice Maquiavelo en sus Discursos, y añade que en la adversidad de nada sirvió este castillo a los Sforzas ni a los franceses que sucesivamente lo poseyeron: muy al contrario, les perjudicó mucho, porque, exaltado su orgullo con aquella posesion, ni unos ni otros trataron al pueblo con la benignidad y consideracion que se merece. «Si levantas fortalezas, continúa Maquiavelo, te podrán servir en tiempo de paz para que, exento de temor, maltrates a tus súbditos; mas en tiempo de guerra, de nada le valdrán si te vieres acometido por enemigos esteriores y por tus propios súbditos, pues no podrán entonces defenderte de unos ni de otros. Si te propones recobrar un estado perdido, no lo conseguirás por medio de tus fortalezas, si te falta un buen ejército con que puedas arrollar al que te despojó; y si lo tienes, podrás muy bien recobrar tu estado, aun cuando no tengas fortalezas.» ↩

2 5

Capítulo XXI. Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado

Empieza: «CAPITULO XXI»

CAPITULO XXI

Nada influye tanto en que un príncipe sea estimado como las grandes empresas, y en jeneral las acciones estraordinarias. A Fernando V, hoy dia reinante en España, se le puede mirar como un príncipe nuevo, puesto que de simple rey de un estado pequeño ha llegado a ser por su grande reputacion y gloria el primer rey de la cristiandad. Si se consideran sus acciones, se hallará en todas ellas un carácter de elevacion tan estraordinario, que algunas parecen ya desmesuradas.

Apenas subió este príncipe al trono, cuando dirijió sus armas contra el reino de Granada; guerra que fue el fundamento de su grandeza, pues, distraídos los magnates de Castilla con las batallas, estuvieron muy lejos de fijar su atencion en las novedades políticas, y de advertir la autoridad que el rey iba acrecentando cada dia a costa de ellos, manteniendo con los caudales del pueblo y de la Iglesia los ejércitos que le elevaban al alto grado de poder en que le vemos.

Para formar luego empresas todavía mas brillantes, se cubrió mañosamente con la capa de relijion, y por un afecto de piedad

bárbara y cruel, lanzó a los Moros de sus estados; rasgo de política verdaderamente deplorable y sin ejemplo.

Vistiose tambien Fernando del mismo disfraz para invadir sucesivamente el África, la Italia y la Francia, alimentando siempre los proyectos mas vastos, y al mismo tiempo mas idoneos para concentrar la atencion de sus súbditos en los sucesos de su reino. Asi es como este príncipe ha sabido disipar las tormentas que se formaban contra él, y le hemos visto luego conseguir sus fines sin encontrar obstáculos de parte de sus súbditos.

Tambien es útil a vezes decretar castigos ejemplares y conceder recompensas estraordinarias, porque esto causa mucho ruido y produce siempre grande impresion en los animos: Bernabé Visconti, señor de Milan, puede servir de ejemplo en esta parte. En fin, los que gobiernan deben jeneralmente esforzarse para parecer grandes en todas sus acciones [38], y evitar todo lo que dé indicios de debilidad o de incertidumbre en sus designios. El príncipe que no sepa ser amigo o enemigo decidido, se granjeará con mucha dificultad la estimacion de sus súbditos. Si estan en guerra dos potencias vecinas, debe declararse por una de ellas, sopena de hacerse presa del vencedor, sin ningun recurso, y alegrándose el mismo vencido de su ruina; porque el vencedor no podrá mirar con buenos ojos a un amigo incierto que le abandonaría al primer revés de la fortuna, y el vencido nunca le perdonará que se haya mantenido tranquilo espectador de sus derrotas.

Habiendo entrado Antioco en la Grecia, llamado por los Etolios para echar de allí a los romanos, envió a los Aqueos, amigos de estos últimos, un embajador con el fin de persuadirles que se mantuvieran neutrales, al mismo tiempo que los romanos les

metían priesa para que tomaran las armas a favor de ellos. Juntos en consejo los Aqueos para deliberar sobre este punto, tomó la palabra el enviado de los romanos despues del de Antioco, y les dijo: «Os engañan aconsejándoos que no tomeis parte en la guerra que sostenemos, como el partido mas prudente que podeis escojer para la conservacion y la utilidad de vuestros estados: muy al contrario, yo pienso que no pudiérais adoptar otro peor, porque, manteniendoos neutrales, quedareis infaliblemente a la discrecion del vencedor, cualquiera que este sea, y tomaréis sobre vosotros dos riesgos por uno [39].»

Considera que no es tu amigo quien te pide la neutralidad, y que lo es o puede serlo aquel que te induce a tomar las armas para ayudarle. Los príncipes irresolutos, que solo atienden a salir del apuro, adoptan el partido de la neutralidad, que las mas vezes les conduce a su ruina. Cuando un príncipe se declara paladinamente por una de las potencias belijerantes, si triunfa aquella con quien se junta, aunque él quede despues a su discrecion y ella sea muy poderosa, no tendrá que temerla, porque le quedará reconocida y habrá formado con la mísma estrechos vínculos de amistad. No son los hombres tan imprudentes que den a menudo ejemplos de una ingratitud igual a la que resultaría de oprimirte en semejantes circunstancias; ademas de que nunca son tan prósperas y cumplidas las victorias que permitan al vencedor faltar impunemente tanto a la consideracion de sus aliados y al miramiento que siempre se debe a la justicia. Si, por el contrario, fuere vencido aquel por quien te declararas, no podrá olvidar el beneficio que le hicieres; y si llega algun dia a mejorar de fortuna, podras contar recíprocamente con su auxilio, habiéndose hecho, en cierto modo, compañero de tu fortuna.

En el otro caso, es decir, si las potencias que están en guerra no pueden inspirarte temor, sea quien quiera el que venza, la prudencia te aconsejará igualmente que te declares a favor de una de ellas; pues de este modo concurrirás a la ruina de la otra, sirviéndote de auxiliar la primera, que, si fuera discreta, debería salvarla. Como será imposible que aquella no triunfe con tu auxilio, su victoria lo dejará tambien sometida a tu discrecion.

Obsérvese aquí que, habiendo un príncipe de acometer a otros, debe huir de toda alianza con quien sea mas poderoso que él, no obligándole a hacerla la necesidad, como llevo dicho mas arriba; porque, si este vence, quedarás en cierto modo sometido a su poder: situacion violenta que debe evitar todo el que aprecia como debe su independencia. Así es como se perdieron los Venecianos, por haberse aliado sin necesidad a la Francia contra el duque de Milán. Los Florentinos no fueron tan reprensibles en haber abrazado el partido del papa y del rey de España, luego que marcharon las tropas de estos contra la Lombardía, porque obedecian a la dura ley de la necesidad, segun ya he probado antes. Por último, no hay un partido perfectamente seguro, y muchas vezes tan solo se evita un peligro para caer en otro mayor. La prudencia humana sirve solamente para escojer el menos perjudicial de los males conocidos [40].

Los príncipes deben honrar mucho el talento, y protejer las artes, especialmente el comercio y la agricultura. Importa sobre todo inspirar seguridad a los labradores contra la opinion que suelen tener de que serán recargados con tributos y despojados de sus tierras después que las hayan mejorado por medio de un buen cultivo. Últimamente el príncipe no se descuidará en ciertos tiempos del año en dar al pueblo fiestas y espectaculos [41], ni faltará

a honrar con su presencia las juntas de los diferentes gremios de oficios, desplegando en todas estas ocasiones la magnificencia propia del trono, y dando muestras de bondad, sin comprometer la dignidad del rango a que se ha elevado.

NOTAS

38. La principal atencion del príncipe debe emplearse en aumentar sn reputacion. (Tacit.) Ha de ser como Muciano, que sabia dar realze a cuanto hablaba y a cuanto hacía. ↩

39. En este caso, dice Tito-Livio, perdida la honra y sin ninguna consideracion, quedareis para premio del vencedor. Solamente es buena la neutralidad para un príncipe mas poderoso que otros dos que están en guerra, porque de este modo se hace árbitro de ellos cuando quiere: siempre es perjudicial para los príncipes pequeños. Es indispensable ser el mas fuerte, o estar con el mas fuerte. ↩

40. El famoso frai Pablo Sarpi decía: «En todas las cosas de este mundo he observado que nada lleva mas apriesa al peligro, que el escesivo cuidado de apartarse de él, y que la demasiada prudencia dejenera en imprudencia ordinariamente. ↩

41. Mas bien contenian los romanos a los pueblos sometidos procurándoles placeres, que destrozándolos con las armas. Agrícola domó la ferozidad de los ingleses por medio del lujo; de modo que llamaban moderacion y dulzura al arte que empleaba para esclavizarlos. De este mismo modo obraba Augusto. El pueblo que gusta de placeres celebra que concurra a ellos el príncipe, para tenerle por compañero en cierto modo. Cuando llegaba el tiempo de la eleccion de les cónsules, se metía Vitelio como un particular, entre los pretendientes, y procuraba ganarse los votos y el afecto del pueblo, presidiendo las funciones del teatro y del circo. (Tácito.) ↩

2 6

Capítulo XXII. De los secretarios del príncipe

Empieza: «CAPITULO XXII»

CAPITULO XXII

La eleccion de ministros es una de las cosas mas importantes y que da mejor a conocer la sabiduría de los que gobiernan, porque no es de príncipes ordinarios emplear bien su confianza. En esto se echa de ver al momento su talento, pues el que tuviere para otros negocios no se descubre sinó al paso que se ofrece la ocasion, y esta no se presenta con frecuencia. La reputacion de un príncipe pende muchas vezes del mérito de las personas que le rodean [42]. Todos los que conocían al señor Antonio de Venafro, no podían menos de hacer justicia al tino y a la sabiduría de Pandolfo Petrucci, príncipe de Sena, por la eleccion que hizo de un hombre tan habil para administrar sus estados.

Hay tres especies de talentos: unos que saben descubrir cuanto les importa saber; otros que disciernen con facilidad el bien que se les propone; y en fin los hay que no entienden por sí, ni por medio de otro. Los primeros son sobresalientes, los segundos buenos, y los terceros absolutamente inútiles. Pandolfo pertenecía cuando menos a la segunda clase, porque el príncipe que sabe distinguir lo que es útil de lo que es perjudicial, puede, sin ser hombre de grande

injenio, formar juicio de la conducta de sus ministros, y aprobarla o tacharla con discernimiento, de manera que, estando estos persuadidos de que no pueden engañarle, le servirán con celo y fidelidad.

Pero ¿qué medios hay de conocer los ministros? He aquí uno infalible, que consiste en observar si se ocupan mas en sus intereses propios que en los del estado. Un ministro debe dedicarse enteramente a los negocios públicos, y no entretener jamás al príncipe con sus asuntos particulares. A este le toca cuidar de los intereses del ministro que, por decirlo así, se olvida de sí mismo, y colmarle de honras y bienes [43]: de este modo le quitará el pensamiento de buscar mas riquezas y otras dignidades. Sobre todo, debe reducirle a términos de temer y alejar cualquier mudanza perjudicial o funesta al soberano, su amo; único arbitrio para establecer entre el príncipe y los ministros una confianza útil, y al mismo tiempo noble y honrosa.

NOTAS

42. Según dice Tácito, todos pensaron favorablemente del reinado de Neron al ver que nombraba a Corbulon jeneral de sus ejércitos, indicando esta eleccion que estaba abierta al mérito la puerta del valimiento, y que el príncipe se había dirijido por buenos consejeros. ↩

43. «No tengas cuidado de los intereses de tu familia, que yo lo hago por ti, decía Tiberio a Seyano, ahora no te digo mas; pero a su tiempo me mostraré agradecido a los servicios recibidos.» Felipe II, de España, decía a su primer ministro Rui-Gomez: «Haz tu mi negocio, que yo haré el tuyo.» ↩

2 7

Capítulo XXIII. Cómo huir de los aduladores

Empieza: «CAPITULO XXIII»

CAPITULO XXIII

No puedo menos de hablar de la adulacion que reina en todas las cortes; vicio sobre el cual los príncipes deben estar siempre alerta, y de que no se verán libres, sinó es valiéndose de la prudencia y de mucha habilidad. Tienen los nombres tanto amor propio y tan buena opinion de sí mismos, que es muy difícil preservarse de tal contajio; además de que, queriéndolo evitar, pudieran tambien disminuir su justo aprecio. El mejor arbitrio que pueden tomar los príncipes para librarse de los aduladores, es manifestar que no les ofende la verdad; pero, si cualquiera tuviera la libertad de decirles lo que quisiera, ¿en qué vendría a quedar entonces el respeto debido a la majestad del soberano? [44] El príncipe prudente guarda un justo medio, escojiendo hombres sabios por consejeros, y permitiéndoles a ellos solos que le digan francamente la verdad sobre las cosas que les pregunte, y nada mas. Y debe ciertamente preguntarles y oir su parecer en cuanto le incumbe; mas luego determinarse a aquello que le dicte su propia opinion, conduciéndose de manera que todas las jentes estén convencidas de que con cuanta mayor libertad se le habla; tanto mas se le

agrada [45]. Tocante a los otros, no debe oírlos el príncipe, sinó seguir derechamente el camino que se ha propuesto sin apartase de él.

Un príncipe que se porta de diferente modo, o se pierde por escuchar a los lisonjeros, o tiene una conducta incierta y variable, que le quita todo su crédito. Voy a citar en apoyo de esta doctrina un pasaje de la historia de nuestro tiempo. Dice el clérigo Luc del emperador Maximiliano, su señor, hoy dia reinante, «que de nadie se aconseja, y sin embargo, jamás obra siguiendo su propio dictámen [46].» Esto es seguir un camino diametralmente opuesto al que acabo de señalar. Como S. M. I. es un señor muy misterioso, que no da parte a nadie de sus proyectos hasta el momento mismo de llevarlos a ejecucion, apretado entonces por el tiempo, por los reparos que le ponen sus ministros y por las dificultades imprevistas que encuentra, tiene que ceder a la opinion de los demas y trastornar todo lo que había concebido. Y ahora pregunto yo: ¿qué cuenta hay que tener con un príncipe que deshace hoy lo que hizo ayer?

Siempre está bien al jefe de un estado tener consejeros y consultarlos; pero haciéndolo cuando a él le acomode, y no cuando quieran sus súbditos. Ha de procurar, por el contrario, que nadie se meta a darle consejos, sin que él los pida, aunque convenga que sea a vezes gran pregunton, que oiga atentamente lo que le digan, y manifieste descontento, si advierte que los que están a su lado titubean en decirle todo lo necesario.

Es un error grosero creer que será menos estimado un príncipe aconsejándose de otros, y que entonces se le tendrá por incapaz de conocer las cosas por sí mismo; porque el que está falto de luzes jamás acierta a aconsejarse bien, a menos que tenga la rara

felizidad de encontrar un ministro hábil y honrado, en quien pueda descargarse de todo el peso y cuidados del gobierno; y aun entonces correrá el riesgo de verse despojado de sus estados por aquel mismo a quien imprudentemente confie toda su autoridad. Para ponerse a salvo de este peligro, si en lugar de un consejero solo tiene muchos, y destituido de talento quiere conciliar los pareceres distintos de sus ministros, que acaso se ocuparán mas del interés propio suyo, que de los del estado, sin recelarlo él siquiera, ¿cómo podrá evitar su perdicion? [47] Por otra parte los hombres en jeneral son malos, y no se inclinan al bien sinó obligados por la fuerza; de lo que se infiere que la sabiduría sola del príncipe es la que ha de producir los buenos consejos [48], y que los buenos consejos nunca o rara vez suplan la sabiduría del príncipe.

NOTAS

44. Tiberio aborrecía la lisonja, y por eso muchas vezes no acertaban los romanos a hablar delante de él. (Tácito.) ↩

45. Teniendo un cortesano que pedir un empleo a Juan II, rey de Portugal, principió a adularle, y este monarca le respondió: «Amigo, está reservado para un hombre que nunca me haya adulado.» ↩

46. Este emperador tenía buenas ocurrencias. Quiso ser cólega del papa, e igual suyo aun en materjas de relijion, y por eso se hacia llamar Pontifex maximus. Decía tambien que si hubiese nacido Dios y tuviera dos hijos, el primogénito sería Dios y el segundo rey de Francia. ↩

47. Claudio, segun Tácito, no sabia dejarse llevar por el consejo de otro, ni guiarse por el suyo propio. ↩

48. Alfonso, rey de Aragon, tenía por el mayor absurdo que los reyes se dirijiesen por sus ministros, y los jenerales de un ejército por sus tenientes. (Panormi. De rebus gestis Alfonsi.) ↩

2 8

Capítulo XXIV. Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados

Empieza: «CAPITULO XXIV»

CAPITULO XXIV

Un príncipe, aunque sea nuevo, se mantendrá tan facilmente en la posesion de sus estados, como aquel que reine por título de herencia, si se conduce con arreglo a las máximas que acabo de esplicar; y aun en el primer caso su condicion será preferible bajo ciertos respectos a la de un príncipe hereditario, porque, como se examina con mas atencion el sistema de un príncipe nuevo, principalmente si gobierna con tino y sabiduría, este mismo mérito suyo le captará el afecto y la estimacion de los pueblos, mucho mejor todavía que la lejitimidad del título de su dominio. Siendo cierto, por otra parte, que los hombres atienden mas a lo presente que a lo pasado, y no piensan en variar cuando se hallan bien, un príncipe que llena cumplidamente sus deberes nunca debe temer que le falten su defensores. Lejos de ser un motivo para disminuir su aprecio la novedad de su fortuna, doblará por el contrario su gloria, como que su mérito solo será el que haya vencido todos los obstáculos que se le presentaron; y al paso que el reino de este adquiere mas esplendor por las buenas leyes que establece, por la institucion de una milicia respetable, por los amigos útiles que se ha granjeado, y por empresas brillantes consumadas con buen

éxito, asimismo se envilece y degrada aquel que por su impericia o por su culpa pierde los estados que había heredado de sus mayores.

Si se examina la conducta del rey de Nápoles, la del duque de Milan y la de otros que han perdido sus dominios en nuestros dias, se advertirá que han incurrido todos en un grande error, por haberse descuidado en levantar una milicia nacional, y además en no haber hecho caso de ganarse el afecto de los pueblos, captando al mismo tiempo la voluntad de los magnates: tan cierto es que por desaciertos de esta naturaleza puede perderse un estado respetable, y capaz por sí mismo de poner en campaña un ejército numeroso. Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro-Magno, sinó el que fué derrotado por Tito Quintio [49], poseía un estado muy poco considerable, comparado con el de Roma y los de la Grecia, contra cuyas fuerzas combinadas tuvo que defenderse. Resistió, no obstante, a estas grandes potencias, y en muchos años que duró la guerra, tan solo perdió unas cuantas ciudades; pero este príncipe era un guerrero distinguido, sabía además contemplar a los grandes y hacerse amar del pueblo.

No deben, pues, nuestros príncipes de Italia echar la culpa a la fortuna de haber perdido sus estados, sinó a su cobardía y a su falta de prevision; porque estaban tan distantes de creer posibles semejantes trastornos (como sucede de ordinario a los gobiernos que han gozado de tranquilidad por algun tiempo), que, cuando vieron acercarse al enemigo, huyeron en vez de defenderse, contando conque los pueblos, cansados bien pronto de la insolencia del vencedor, no tardarian en volverlos a llamar.

Cuando no hay otro partido que tomar, no es tan malo el último; pero considerando que es una vergüenza despreciar los medios

honrosos de evitar su ruina, y dejarse asi caer con la esperanza de que otros nos levantará; esperanza por lo regular vana, pero que, aun teniendo algun fundamento, es espuesta, porque aquel que confia en el socorro estranjero, debe temer el hallar un dueño en su vencedor. El príncipe ha de buscar recursos en sí misma y en su valor contra la mala fortuna.

NOTAS

49. Felipe, padre de aquel Perseo, último rey de Macedonia. ↩

2 9

Capítulo XXV. Del poder de la fortuna en las cosas humanas y de cómo resistirla

Empieza: «CAPITULO XXV»

CAPITULO XXV

No ignoro que han creído muchos, y piensan todavía, que las cosas de este mundo se gobiernan de tal modo por la Providencia o por la fortuna, que ningun poder tiene la prudencia humana contra los acontecimientos; y es por lo mismo inútil tomarse cuidado por lo que ha de suceder en ciertas ocasiones, o tratar de evitarlo o impedirlo [50].

Las revoluciones de que hemos sido y somos todavía testigos, son muy propias para acreditar una opinion semejante, de la cual aun a mí mismo me cuesta muchas vezes trabajo defenderme, considerando cuanto estos sucesos han pasado mas allá de lo que podíamos conjeturar. Sin embargo, como tenemos un libre albedrío, yo pienso, y es necesario reconocer, que la fortuna no gobierna el mundo en tales términos, que no le quede a la prudencia humana una gran parte de influjo en todos los sucesos que vemos.

Yo compararía el poder ciego de la fortuna con un rio violento, que, cuando sale de madre, inunda los campos, arranca de cuajo los árboles, derriba y se lleva los edificios, trasporta las tierras de un lugar a otro, y nadie se atreve ni puede oponerse a su furor; todo lo cual no impide el que luego que vuelve a sujetarse dentro de sus márjenes, se construyan diques y calzadas para precaver nuevas inundaciones y estragos. Lo mismo sucede ciertamente con la fortuna, que ejerce su poder, sí no se le opone alguna barrera.

Echando una mirada a la Italia, teatro de frecuentes convulsiones, que ella misma ha provocado, se advierte que es un pais falto de diques y sin defensa. Si se hubiera puesto en estado de resistir a sus enemigos, a imitacion de España, Francia y Alemania, o la irrupcion de los estranjeros hubiera sido menos considerable y desastrosa, o no hubiera sido invadida.

Ya no hablaré mas sobre los medios jenerales de vencer la mala fortuna; pero, limitándome a ciertas particularidades, debo notar que aun en el dia no es cosa rara ver a príncipes que han caido de un estado de prosperidad en la desgracia, sin que pueda esto atribuirse a alguna mudanza en su conducta o en su carácter; lo cual en mi juicio proviene de las causas que he manifestado antes con bastante estension, a saber: que los príncipes que se fian demasiado en la fortuna, se arruinan cuando ella los abandona. Aquellos que arreglan su conducta a las circunstancias, rara vez son desgraciados, porque la fortuna se muda solamente para los que no saben acomodarse al tiempo. Prueba de esto es la diversidad de caminos que toman los que corren en pos de la gloria, o de las riquezas: el uno se dirije hacia su objeto a bulto y a la buena ventura, el otro con discernimiento y medida; este usa de la astucia, y aquel de la fuerza; uno tiene espera, otro es impaciente; y

no obstante, vemos a muchos conseguir su intento por estos medios tan diversos y aun contrarios; y algunas vezes de dos que siguen la misma senda, el uno llega a su destino, y el otro se estravía. La diferencia de tiempos puede unicamente descifrar la estravagancia de los sucesos.

Las circunstancias deciden tambien si en tal o cual ocasion un príncipe se ha conducido bien o mal. Hay tiempos en que es necesario valerse de suma prudencia, y hay otros en que el príncipe puede o debe dejar alguna cosa la casualidad; pero nada es tan difícil como mudar de intento y a tiempo de conducta y de carácter, ya sea porque no sepa uno resistir a sus hábitos e inclinaciones, o ya porque con dificultad se abandona un camino que siempre nos había dirijido bien [51].

Julio II, de un jenio violento y arrebatador salió felizmente de todas sus empresas, sin duda porque las circunstancias en que este pontífice gobernaba la Iglesia, requerian un jefe de semejante carácter. Aun hay memoria de su primera invasion del territorio de Bolonia, viviendo Juan Bentivoglio, con la que dió celos a los Venecianos, a la España ya la Francia; pero no se atrevieron a incomodarle unos ni otros: los primeros, porque no se consideraban con fuerzas suficientes para resistir a un pontífice de aquel carácter; la España, porque ella misma tenia que recobrar el reino de Nápoles; y la Francia, por que además del interes que advertía en contemplar a Julio II, queria humillar tambien a los Venecianos, de suerte, que no titubeó en conceder al papa los socorros que le habia pedido.

Así es como Julio II salió felizmente de una empresa en que hubieran sido intempestivas la prudencia y la circunspeccion; y sin

duda esta misma empresa hubiera tenido mal éxito, dando tiempo a la España y a los Venecianos para reconocerse, y a la Francia para que la entretuviera con escusas y dilaciones.

Julio II manifestó en todas sus empresas el mismo carácter de violencia, justificándolo el éxito plenamente; pero acaso no vivió bastante para probar la inconstancia de la fortuna, porque, si hubiese llegado tiempo de valerse de la prudencia y la circunspeccion, inevitablemente hubiera encontrado su ruina en aquella inflexibilidad de carácter e impetuosidad, que eran tan naturales en él.

De todo esto es preciso concluir que aquellos que no saben mudar de método cuando los tiempos lo requieren, prosperan sin duda mientras van del acuerdo con la fortuna; pero se pierden luego que esta se muda, no sabiendo; seguirla en sus frecuentes variaciones.

Por último, opino que mas vale ser atrevido que demasiado circunspecto; porque la fortuna es de un sexo que únicamente cede a la violencia [52], repele siempre a los cobardes, y, si suele declararse por los jóvenes, es porque son ellos mas emprendedores y atrevidos.

NOTAS

50. Tácito nos ofrece un ejemplo en la persona de Claudio, que la fortuna habia designado para el imperio, siendo el sujeto en quien menos pensaban los romanos. ↩

51. Maquiavelo dice tambien en sus Discursos «que la causa porque la fortuna abandona a un principe, es que ella muda los tiempos, y entonces el principe no muda de sistema ni de recursos.» Acusábase de mudable a un rey de Esparta, que sabia obrar segun las circunstancias: «No soy yo quien varía, respondía él, sino los negocios.» ↩

52. Anibal llamaba a la fortuna madrastra de la prudencia. ↩

3 0

Capítulo XXVI. Exhortación a liberar Italia de los bárbaros

Empieza: «CAPITULO XXVI [[53]]»

CAPITULO XXVI [53]

Cuando repaso las materias que contiene este libro, y me detengo a examinar si las circunstancias en que nos hallamos serán o no favorables para el establecimiento de un gobierno nuevo, que fuese tan ventajoso para Italia, como honroso a su autor, me parece que no ha habido ni habrá tiempo mas oportuno de llevar a ejecucion una empresa tan gloriosa.

Si fue preciso que el pueblo de Israel estuviera esclavizado en Ejipto para apreciar las raras prendas de Moisés; que los Persas jimiesen en la opresion de los Medos para conocer todo el valor y la magnanimidad de Ciro; en fin, si los Atenienses no hubieran percibido tan vivamente la importancia de los beneficios de Teseo, a no haber esperimentado los males inherentes a la vida errante y vagamunda; ha sido necesario tambien que, para apreciar el mérito y talento de un libertador de Italia, se viera nuestro infausto pais maltratado mas cruelmente que la Persia; que sus habitantes hayan estado mas dispersos que los Atenienses; y en fin, que hayan vivido sin leyes y sin jefes, saqueados, divididos y esclavizados por los estranjeros.

Alguna vez, en verdad, han aparecido varones de un mérito tan singular, que pudiera habérseles creido enviados por Dios para libertarnos; pero no parece tambien sino que la fortuna celosa se empeñó en abandonarlos en la mitad de su carrera [54]; de suerte que nuestra desgraciada patria jime todavía exánime, y se consume esperando algun redentor que ponga fin a la devastacion y frecuente saqueo de la Lombardía, de la Toscana y del reino de Napoles; pide al cielo que levante algun príncipe poderoso para sacarla del yugo pesado y aborrecible de los estranjeros, para cicatrizar las hondas llagas que tiene abiertas tanto tiempo ha, y para conducirla bajo sus estandartes a una victoria permanente contra tan crueles opresores.

Pero ¿en quién podrá la Italia poner los ojos sinó en vuestra casa, que, sobre hallarse visiblemente favorecida del cielo, y en el dia encargada del gobierno de la Iglesia [55], posee además la sabiduría y el poder necesarios para intentar una empresa tan noble? Yo no creo que os presente obstáculos invencibles la ejecucion de este proyecto, si considerais que los grandes príncipes, que os pueden servir de norma, no eran mas que hombres poderosos como vos, aunque su mérito les haya elevado sobre los demas de su especie; y a la verdad ninguno de ellos se halló en una situacion tan favorable como la vuestra. Debo añadir que, estando tambien la justicia de vuestra parte, su causa no podia ser mas lejítima, ni Dios estar por ellos mas bien que por vos. Toda guerra es justa desde que es necesaria; y es humanidad tomar las armas por la defensa de un pueblo, cuando está en ellas su único y postrer recurso. Todas las circunstancias concurren a facilitar la ejecucion de un designio tan noble; y basta para llevarle a buen término, caminar por las huellas que dejaron los hombres ilustres que os he dado a conocer en el

discurso de esta obra. ¿Es acaso necesario que hable el cielo? Pues ya ha manifestado tambien su voluntad por señales prodijiosas. Se ha visto al mar abrirse y dar paso por sus abismos; a una nube señalar el camino que se debe seguir; brotar agua de una roca, y caer maná del cielo. Todo lo demas debemos hacerlo nosotros, pues Dios no nos ha dotado de intelijencia y de voluntad sinó es para alcanzar a porcion de gloria que nos está reservada.

Si ninguno de nuestros príncipes ha podido hasta ahora hacer lo que se espera de vuestra ilustre casa, y si la Italia ha sido en sus guerras constantemente desgraciada, consiste en que no ha acertado a reformar sus instituciones militares aboliendo el antiguo método de pelear, y tomando otro mas adaptable a las luzes del dia.

Nada honra mas a un principe nuevo, ni influye tanto en alcanzarle la admiracion y respeto de sus súbditos, como las instituciones y leyes nuevas que establece, cuando estas son buenas y van acompañadas de un carácter de grandeza. La Italia se halla indudablemente bien dispuesta para recibir nuevas formas. A sus habitantes de ningun modo les falta valor; les faltan buenos jefes: y prueba de esto es, que los italianos son muy diestros en los desafios y en otras contiendas particulares, al paso que en las batallas aparece casi apagado su coraje. Un fenómeno tan raro no puede atribuirse sinó a la debilidad e impericia de los oficiales, que no saben hacerse obedecer por aquellos que conocen o presumen conocer el oficio de la guerra; y así vemos que las órdenes de los principales capitanes de nuestro tiempo no se han ejecutado jamás con exactitud y celeridad. Hé aquí porqué los ejércitos levantados en Italia para las guerras que hemos tenido de veinte años acá, han

sido casi siempre derrotados. Basta acordarse de las batallas de Tar, Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Maestri.

Proponiéndose, pues, vuestra ilustre casa imitar a aquellos antepasados nuestros, que libertaron a su pais del dominio de los estranjeros, debe antes de todo formar una milicia nacional, que es la única buena, y en cuya fidelidad puede tenerse confianza; siendo de notar que, aun cuando cada soldado en particular sea bueno, llegarán a ser todavía mejores todos reunidos, viendo que el príncipe los lleva por sí mismo al combate, los honra y recompensa.

Siguese de aquí que es indispensable tener tropas sacadas del mismo pais, si se quiere que este no sea invadido por los estranjeros. La infantería suiza y la española son muy apreciables; pero ni la una ni la otra carecen de defectos que pueden evitarse en la formacion de la nuestra, y hacerla superior a ellas. Los españoles no pueden resistir el choque de los escuadrones, ni los suizos sostenerse al frente de una infantería tan valiente y obstinaba como la suya, sin volverle la espalda. En efecto, se ha visto y se verá mucho tiempo que las tropas de infantería española no pueden resistir el choque de la caballería francesa, y que a la infantería suiza puede arrollarla la infantería española. Si se dudara de este último supuesto, traería a la memoria la batalla de Rábena [56], en que la infantería española peleó con las tropas alemanas, que guardan en el combate el mismo orden que los suizos. Habiéndose arrojado los españoles con la impetuosidad que acostumbran, y abrigados con sus broqueles, en medio de las picas de los alemanes, fueron estos precisados a replegarse; y hubieran sido derrotados enteramente, a no haber caido sobre los españoles la caballería.

Trátese, pues, de formar una milicia que no tenga los defectos de la infantería suiza, ni los de la española, y que pueda sostenerse contra la caballería francesa: nada hay mas propio para que un príncipe nuevo ilustre su reino y adquiera una gran reputacion.

Es harto escelente para dejar perder la ocasion que se presenta, y ya es tiempo que la Italia vea quebrantadas sus cadenas. ¿Con qué demostraciones de gozo y de reconocimiento recibirían a su libertador estas desgraciadas provincias que jimen tanto tiempo ha bajo el yugo de una dominacion odiosa? ¿Qué ciudad le cerraría sus puertas, o qué pueblo sería tan ciego que rehusara obedecerle? ¿Qué rivales tendría que temer? ¿Habría un solo italiano que no corriera a rendirle homenaje? Todos se hallan ya cansados de la dominacion de estos bárbaros. Dígnese vuestra ilustre casa, fortalecida con todas las esperanzas que da la justicia de nuestra causa, formar una empresa tan noble, a fin de que recobre nuestra nacion bajo vuestras banderas su antiguo lustre, y sea tal que pueda cantar con mejores auspicios aquellos versos de Petrarca:

Virtú contro al furore

Prenderá l'arme, e fia il combatter corto,

Che l' antico valore

NOTAS

53. Este capítulo está suprimido en varias traducciones a diversos idiomas; pero nosotros hemos creido conveniente no mutilar en nada la obra. ↩

54. Parece que el autor hace aquí alusion al P. Savenarois. (Véase su Historia de Florencia). ↩

55. Julian de Médicis, electo papa en el año de 1513, y que tomó el nombre de Leon X, llamado comunmente el restaurador de las bellas letras. ↩

56. Se dio el dia 11 de abril de 1542; y aunque en ella quedó victoriosa la Francia, tuvo que llorar la pérdida irreparable del vencedor, el malogrado jóven Gaston de Foix, sobrino de Luis XII. No contento con haberle cubierto de gloria delante de Rávena, de haber antes rechazado un ejército de suizos, y lanzado al papa de Bolonia, atravesando rápidamente cuatro rios, perseguía a un cuerpo de españoles que iba de retirada, cuando fue muerto. ↩

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Nicolás Maquiavelo y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗